

MIGUEL OTTERO SILVA



LA PIEDRA QUE ERA CRISTO

Editorial
Caja Negra

- [LA PIEDRA QUE ERA CRISTO](#)
 - [La piedra que era Cristo](#)
 -
 - [=](#)
 - [=](#)
 - [Juan el Profeta](#)
 - [Juan el Bautista](#)
 - [Juan el Menguante](#)
 - [Juan el Prisionero](#)
 - [Juan el Degollado](#)
 - [Satanás](#)
 - [Los Doce](#)
 - [Los Milagros](#)
 - [El Sermón de la Montaña](#)
 - [Caifás](#)
 - [Judas](#)
 - [Poncio Pilato](#)
 - [Barrabás](#)
 - [El Gólgota](#)
 - [María Magdalena](#)
-

Autor: Otero Silva, Miguel
ISBN: 47326472465712
Generado con: QualityEbook v0.35

A mi hija Mariana Otero

"...la piedra que era Cristo, por el cual yo te dejaba!"
San Juan de la Cruz

TODOS SE ARRIMARON al pozo en busca del agua, luego se pusieron a hablar entre sí aunque nunca se habían visto antes.

Eleazar llegó seguido por dos camellos cargados de géneros, las sombras del hombre y sus animales cruzaron bajo el resplandor blanco del mediodía un brazo de desierto gris, la tarde les salpicó lampos de oro, el anochecer les empavonó franjas violetas.

Gamaliel descendió de Jericó con sus burritos, ufanos ellos del donaire de su andadura, engalanados por el tricolor de las manzanas y el aroma de la albahaca.

Tomás o Teoma, así llamado por haber nacido hermano mellizo de otro Tomás, era un marinero de barba bermeja y cuadrada, dejó barca y remos abandonados en un recodo del lago Tiberiades para venir a escuchar la voz del profeta.

El viejo Jacobo trajo el polvo irredento del éxodo en las sandalias, las cenizas de Babilonia en el pensamiento y las brumas opacas del mar Muerto en las pupilas.

La única mujer del grupo era Micaela, cántaro colorado al cuadril, velo azul celeste apaciguando el negror de los cabellos, inmensos ojos rielosos de asombro.

Dijo el viejo Jacobo:

-Por todos los atajos de las montañas de Judea anda dando tumbos la historia de Juan el Profeta.

(Sus padres, el sacerdote Zacarías y su esposa Elizabet, ambos de religiosa estirpe, eran dos ancianos justos y amorosos, pero entecos y sin hijos. Al principio no lograron traerlos al mundo porque Elizabet era estéril, se lo habían avisado los médicos doctos y las curanderas ensalmadoras, ella misma lo percibía en el rezongo áspero de sus entrañas. Por último se resignaron a no tener más travesuras a su cuidado que las siete llamas saltarinas del candelabro, más arrullo en sus labios que el rumor impersonal de las oraciones, más ternura a su vera que la fragancia de los rosales. Zacarías había cumplido ochenta años y el sexo era para él apenas una empañada remembranza.)

Siguió diciendo el viejo Jacobo:

—De súbito, una mañana, cuando se hallaba abstraído en la penumbra del santuario, soplando las brasas del incienso, levantó Zacarías los ojos hacia el altar y vio entre jirones de nubes la figura del arcángel Gabriel que había bajado a la tierra para anunciarle una portentosa noticia.

(Era aquella la tercera aparición de Gabriel, mensajero de Dios, entre nosotros los nacidos de mujer. Las dos primeras fueron motivadas por el encargo de revelarle a Daniel, el último entre los profetas mayores, las duras guerras del porvenir y sus desenlaces, y predecirle a la par la época del nacimiento de un príncipe Mesías que sería suprimido por los hombres. Ahora retornaba el arcángel, mas esta vez no traía consigo las formas humanas ni el vestido de lino, sino desplegaba como velamen sus grandes alas policromadas, erguía su cuerpo diamantino como forjado en lava de los volcanes, incendiaba las cosas con sus ojos como emanados del relámpago, su palabra atronaba como el clamor de todo un pueblo amotinado. Pero ningún otro ser sino Zacarías alcanzaba a verlo y oírlo, pues sólo para mostrarse a él y hablarle a él había bajado en vuelo desde los cielos.)

Y así siguió diciendo el viejo Jacobo:

—Las rodillas de Zacarías entrechocaban como platillos de címbalo, sus manos tiritaban como cervatos en cautiverio.

(Mas el ángel no había venido a aniquilarlo sino a colmarlo de gozo. La melancolía de sus soledades estaba a la orilla de finalizar. Elizabet dará a luz un niño que por mandato de Dios deberá llamarse Juan, un hijo que crecerá rebosado de Espíritu Santo, y logrará atesorar en su pecho el hálito y la pujanza del profeta Elías, y sus palabras prepararán al pueblo de Israel para recibir al Mesías cuyos pasos ya están en camino a través de los vientos y las estrellas. El vaticinio de tanta dicha y tan excelsa gloria trastornó el ánimo asustadiza del anciano sacerdote. "¿Un hijo a mis avanzados años, un niño concebido en la carne yerma de mi pobre Elizabet?", balbuceó cual si hablara consigo mismo. "¿De qué modo lo reconoceré?", preguntó luego receloso al arcángel, repitiendo la frase que dijo Abraham cuando el Señor le dio a conocer que le sería donada en propiedad la tierra de Canaán. "Se te pegará la lengua al paladar y quedarás mudo hasta que los hechos te convenzan, y tu mudez será la señal que pides para aceptar la verdad del prodigio cumplido", dijo el ángel, y su visión se esfumó rasgo a rasgo en medio de una dulcísima música de laudes que nadie podía oír, ni siquiera Zacarías pues ya se había vuelto sordo a más de mudo. Viose obligado a explicar por signos cuanto había sucedido, y la gente que se apiñaba a la puerta del templo no logró entender el acontecimiento que ansiaba relatar, tan crecidas eran su turbación y su torpeza. Lo entendieron, sí, cinco meses más tarde, cuando el vientre de Elizabet dio muestras de haberse liberado del oprobio de su esterilidad, y lo celebraron con gran alborozo cuando ella dio a luz un niño y, tal como había ordenado el verbo de Gabriel, éste fue presentado al templo bajo el nombre de Juan que significa "Jehová ha sido misericordioso", y Zacarías recuperó entonces el habla, y compuso un cántico de veintisiete versos para su hijo en el cual auguraba: "A ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos".)

Tomás, el marinero de la barba bermeja y cuadrada, fue el primero en responder:

—Para creer en la aparición del arcángel Gabriel tendría que haberla visto con mis propios ojos, no con la pupila envejecida y febril de Zacarías. Como tampoco admito sin recelos esa historia de una anciana que, pasados ochenta años de vida inútil, rompe su esterilidad y echa al mundo una criatura.

(Más, ¿qué importa que Tomás no crea en leyendas accesorias, si cree en la noticia que su alma rastrea sin sosiego? La noticia esencial es que un profeta llamado Juan anda descalzo por entre rocas y follajes, y predica poseído por el lenguaje y la cólera de Elías, y anuncia para el pueblo de Israel la cercana presencia del Redentor. El Cristo vendrá a nosotros como rey de reyes, hijo de David y depositario de su fortaleza, y humillará la altivez de nuestros enemigos, y los hará pedazos como tazones de arcilla. El pueblo, y cuando Tomás dice pueblo quiere decir los pobres, el pobre pueblo de Israel llora que llora siglo tras siglo, sometido a las amarras y al desprecio de invasores envilecidos por la idolatría y la maldad: persas, griegos, egipcios, partos, sirios, y éstos de hoy que nadie se arriesga a nombrar. En el presente somos una raza miserable y triste, no la que guiada por el cayado de Abraham doró de trigo los collados de Canaán, no la que llegó campante a la tierra prometida en pos del estandarte de Moisés ya muerto, no la que edificó con mármoles y oro el templo de Salomón, nunca la que libró cien mil batallas del brazo y del aliento. Con arrebatos de campanas saludará el espíritu sublevado de Tomás la prédica de un profeta llamado Juan que estremece los arenales anunciando la proximidad del Mesías vengador y todopoderoso.) Entonces dijo Micaela la aguadora: —Por la cañada vi pasar ayer su tamaño y su sombra.

El profeta bajaba hacia la ribera del Jordán, seguido por un puñado de discípulos que marchaban deslumbrados detrás de él.

(Jamás la habían mirado ojos tan desolados y tan roturados de ira como los suyos. Sobre la frente le caían las greñas como hervidero de serpientes. Es tan alto como los cedros que se le cruzan en su camino. De la piel de camello que lo cubre asoman al andar sus muslos macizos como torres de metal fundido y sus rodillas huesudas y punzantes. Tanto lo ha quemado el sol del desierto que más parece un ángel negro que un hombre blanco. Sus ojos son fogatas maldicientes o tal vez oleaje tenebroso de la noche. Sus sermones se vuelcan en la resignación de los oprimidos y la convierten en implacable riada de condena. Aunque Micaela llegase a vivir mil años como los antiguos patriarcas, jamás se le

amustiarán el destello de su mirada y el llamado de su voz.)

Eleazar, el comerciante en géneros que había torcido el rumbo de sus camellos para venir a escuchar al profeta, dijo:

—¿Quién es? ¿Qué reclama de nosotros? ¿Qué intenciones sagradas o impías encaminan sus pasos?

(¿Es acaso un saduceo poderoso que se ha despojado de sus suntuosas vestiduras para descender hasta el sudor de los de abajo y hacerse perdonar sus complacencias para con los extranjeros; un saduceo hijo y nieto de sacerdotes que se disfraza de ermitaño para encubrir la codicia que lo encadena a sus bienes terrenales? ¿O es un fariseo enardecido de patriotismo y pasión religiosa, fanático de la letra de los libros, soñador en persecución de un Cristo que transforme en realidad verdadera sus vaporosas ilusiones de justicia? ¿O es un esenio desmontado de sus escarpados monasterios para predicar a campo abierto la castidad de cuerpo y la comunidad de bienes como trasuntos de la pureza interior que se requiere para recibir con dignidad al Maestro de Justicia? ¿O es tal vez un celote con una daga curva oculta en su cinturón de cuero, un sicario insumiso y furioso que sigila bajo su ramazón de palabras los propósitos de motín que le justifican la vida?)

Volvió a hablar el viejo Jacobo:

—No, no es ninguna de esas cosas. Pudo ser un saduceo prominente si lo hubiera querido, porque su sangre es savia destilada del gran árbol sacerdotal, sus huesos descienden de los de Aarón y Nadab, y en sus manos estaba medrar y avasallar si hacia tales predominios materiales se hubiera inclinado su apetencia. Pudo ser un fariseo respetable porque bebió sabiduría en el templo y en las sinagogas, es piadoso de índole y su naturaleza lo impulsa a mezclarse con los infelices y hacerse amar de ellos. Pudo ser un esenio puro e inalterable porque odia la riqueza, la esclavitud y la guerra, tanto como ama la castidad, el trabajo y el estudio. Pudo ser un celote irreductible porque desconoce el miedo y se haría matar con agrado por sus principios. Pero no es ninguna de esas cosas, hijos míos, sino el regreso corporal del profeta Elías que hemos esperado tan alargadamente. Helo aquí, violento y visionario como Elías, enemigo obstinado como Elías de la idolatría y la impostura. Es él la voz clamante en el desierto prevista por Isaías en su libro revelador. Atravesando cinco centurias de silencio y tinieblas ha brotado en el desierto de Israel un profeta definitivo. Él desbroza de piedras y ortigas el camino del Mesías que viene en pos de él. Entre tanto purifica nuestras almas por virtud del agua lustral con que nos bautiza.

Tomás, el marinero de la barba bermeja y cuadrada, volvió a dudar:

—¿Pretende lavar de pecados nuestras almas bañando nuestros cuerpos con las aguas pantanosas de los vados del Jordán, charcas meadas por los camellos y cagadas por las borricas?

Gamaliel el hortelano dijo a su vez:

—He oído murmurar a los levitas en los mercados que el rito de sumergirse en las aguas de los ríos en ruego de perdones ha sido cultivado en tiempos pasados por otras religiones y otros pueblos.

La paciencia del viejo Jacobo era una ciudadela inexpugnable. Se acarició la barba algodonosa, se acercó dos pasos hacia los desconfiados y replicó:

—El bautismo que reparte el profeta con sus propias manos no encuentra referencia en libro alguno, salvo en los oráculos de Ezequiel cuando predijeron que Jehová purificaría a los hombres valiéndose para ello de la inocencia del agua. Nada importa que hoy sea el agua mancillada del Jordán, o que mañana sea el agua inmaculada de los manantiales, ya que ella no salta de los dedos del Bautista para dar limpieza a la piel del hombre sino para empollar un hombre nuevo debajo de cada piel. Juan vendimia nuestro arrepentimiento, despinta nuestras culpas con el agua del bautismo y nos lanza a volar una vida diferente. Dijo ya al final Micaela la aguadora: —No es su mirada sino su voz el ventarrón que nos desnuda, su voz la trompeta que nos subleva, su voz el caramillo que nos apacienta.

(Su garganta es como el clamor de los esclavos que amedrenta a los príncipes, como la centella justiciera que hace retroceder a los salteadores, como el alba que aclara la cerrazón del bosque. Micaela atravesaría de rodillas el desierto si fuera ésa la única ruta que la llevara a escuchar su discurso.)

Después quedáronse en turbado silencio porque comenzaba a anochecer, primero lo anunció el gemido de la tórtola y luego la leche rosada del poniente. Juntos emprendieron el descenso por entre tierras no sembradas y roquedales gibosos. El viejo Jacobo marchaba a la zaga de todos mascullando salmos y quejumbres. En la hondonada se elevó un remolino de humo y ondularon las llamas de una hoguera. Por sobre el ruido de las aguas del río, sobreponiéndose al zumbido de la muchedumbre, restallaba la palabra de Juan el Bautista:

Yo soy una voz que clama en el desierto, desarrapada voz del pensamiento y de la sangre; soy el gruñido del trueno anunciador de aguaceros frenéticos, y el aliento de la noche que abrillanta colores y luces en el yunque donde los herreros del Señor forjan la aurora.

Yo soy una voz desgarrada por el viento, soy el viento mismo que silba en las arenas para exaltar la natividad tangible del reino de Dios: ya se vislumbran los perfiles indelebles de sus rasgos, se percibe la resonancia exquisita de su aroma, se escucha el invicto redoble de sus tambores, se saborea la ambrosía de sus manjares, se palpa la tersura de su corteza inmaterial. Yo soy una voz que clama en el desierto, voz heredera de legiones de otras voces ya muertas, voz milenaria que os requiere la pesadumbre de vuestras culpas, pues sólo los limpios de corazón serán convidados a la fiesta del reino de Dios. Yo os anuncio el advenimiento del reino de Dios que será tal como si la verdad y la justicia desbordaran por la tierra sus mares de igualdad. Yo os anuncio la aparición del fuego que hará arder el palacio del usurero, y del hacha que derribará los reductos del déspota, y de la piedra que aplastará los sesos del traidor. Los buitres devorarán con saña los ojos y las tripas de aquellos que convirtieron su nación en herramienta de opresores, su poderío en acoso de desdichados, su religión en látigo, su linaje en cuchillo.

Yo os digo que la soberbia es una yerba ponzoñosa, que la arrogancia es un áspid escondido entre las hendiduras del alma, que el espíritu de casta es una hiena devoradora de la ternura humaría.

Somos hijos de Abraham, es cierto, pero está ciego quien no sabe que el brazo del Señor es capaz de hacer parir hijos de Abraham al peñasco, hijos de Jacob al birro, hijos de Moisés al leño, si así lo decide su santa voluntad.

No son la aldea de nacimiento ni el tinte de la piel las virtudes que salvarán al hombre de la gehena sino la pequeña colmena donde se le endulza el corazón y la lamparilla azul que le ilumina la conciencia.

Más merecedores de abrigarse en el regazo del Señor son un árabe famélico, un babilonio andrajoso, un egipcio mendigo, que un israelita adinerado y poderoso, si éste amasó sus tesoros manipulando inicua mente los Libros Sagrados y edificó su potestad torciendo el conocimiento de los proverbios para perder a los humildes.

Amasijo de víboras trenzadas por la concupiscencia y la avaricia, labios tramposos ensalivados por la maledicencia y la mentira ávidas manos enjuagadas en llanto de pobres y en sangre de inocentes, santurrones hediondos a vómitos de ebrios y a sudor ceniciento de ramerías, no os atañe la insignia de Israel que usurpáis, no os pertenece el nombre de hijos de Sión que deshonráis.

El reino de Dios está cercano, os lo anuncio sacudido de gozo y alegría, y os prevengo que a su recinto no entrarán los malvados, ni los rencorosos, ni los vertedores de sangre, ni los ladrones, ni los corrompidos.

PARA BAJAR al meandro del Jordán donde Juan bautizaba era forzoso atravesar macizos de rocas arrugadas por los siglos y los ventarrones, pasadizos de piedra cobriza y convulsionada, resequidos declives de las dunas. De improviso se interponía un absurdo olivar de hojas cetrinas, mas a los pocos pasos se recaía en el dominio de la arena y el risco, del risco y la arena, del amarillo y el blanco: los residuos terrenales del sol.

Eran tan numerosos los caminantes que bastaba seguir su procesión para llegar sin preguntas al remanso de Betania donde Juan purificaba las almas de los arrepentidos. Los ojos desalentados por la empedernida aspereza de la comarca recobraban su brillo al asomarse a la ensenada del rito. No podía adivinarse si aquellas aguas de tan tranquila transparencia declinaban hacia el mar Muerto, o más bien ascendían hacia una ilógica desembocadura, o tal vez se habían estancado allí para siempre. Sólo lo sabían los juncos que doblegaban sus tallos hacia la indiferencia del río, y las palmeras que atisbaban reflejos desde la playa, y los islotes de zarzas salvajes que se desgrefaban en mitad de las aguas.

En la caravana iban el que sembraba su trigo en las colinas de Corozain, el que destilaba su aceite en los lagares de Getsemaní, el que apacentaba sus cabras y ovejas en los prados de Efraín, el que pregonaba sus vasijas en los bazares de las aldeas, el que fabricaba sandalias con el cuero de los becerros victimados en los sacrificios, el que vendía palomas y carneros a la puerta del templo, el que arqueaba a martillazos las rigideces del hierro y del bronce, el que hilaba y tramaba las fibras de la lana en los suburbios más sórdidos de Jerusalén, el que convertía las telas lisas en túnicas vistosas y mantos borlados, el que transformaba los tablones del Libano en tálamos y mesas familiares, el que auxiliaba a las parturientas y aliviaba a los ulcerosos, el que arrancaba a las canteras sus vértebras de granito y mármol, el carnicero empurpurado de sangre y el panadero encalado de harina, y el que acarreaba la basura y el estiércol a los muladares, y el que protegía las tumbas de profanaciones y saqueos, y el execrado cobrador de impuestos, y el soldado escabullido de un campamento de Herodes Antipas, y el esclavo que había adquirido conciencia de su sustancia libre, y también la prostituta que hasta la noche de ayer se había retorcido como pulpo de lujuria en las yacijas de los lupanares.

¿Por qué han venido? Los israelitas soportaron largos procesos de vasallaje, de destrozo, de diáspora, sin despojarse jamás de su orgullo de raza ni de su fe en Yahveh. Los griegos habían llegado a manejar una sabiduría filosófica y artística muy adelantada a la de ellos, la ciencia de los egipcios aventajaba en grado sumo a sus dogmas intolerantes, pero ninguna otra nación acumulaba esa alucinada confianza en la existencia de un Dios único que los prefería, un Dios señero que hoy los castigaba y mañana los salvaría. Ese Dios les había prometido, a través de los libros proféticos del glorioso Isaías y del escueto Malaquías, que una garganta clamorosa preludiaría el advenimiento del Cristo, que el propio Elías sería enviado a Palestina para revelar la inminencia del día grande y terrible del Señor. No obstante, Malaquías aparecía como el último de los profetas, y después de su muerte se abatieron más de cuatro siglos de vicisitudes y desalientos sobre el pueblo de Israel, desollado por coyundas de guerreros paganos, expoliado por traficantes gentiles, burlado por las artimañas de falsos profetas, sin que el Mesías prometido acudiese en su rescate.

Ahora emerge al borde del desierto un hijo del sacerdote Zacarías, llamado Juan, que los incita a recibir en breve, él dice en breve, al Salvador, y a disfrutar sin tardanza, él dice sin tardanza, el reino de Dios. Y son tales el brío de su verbo, el ascetismo de sus costumbres y la dureza de sus inculpaciones, que un júbilo determinista sacude a los menospreciados pobladores de Judea, Galilea y Perea. Un apocalíptico presentimiento de liberación, de justicia, de revancha, los arrastra como un raudal de almas hasta la orilla del Jordán. Aunque él se aferre en negarlo, Juan no es otro personaje sino el profeta Elías que, resucitado o sin haber muerto nunca, descendió al lugar idéntico del desierto de donde había sido arrebatado por un carro con caballos de fuego; es Elías que retorna mal cubierto por sus mismas vestiduras zafias, inflamado por su imperecedera voluntad de exterminar a los más poderosos adversarios de las creencias de Israel. Juan previene que es preciso arrepentirse de las maldades y someterse a penitencia si se aspira a hallar refugio en una pequeña celda del reino de Dios; Juan afirma que es requisito ineludible bautizarse en las aguas de un río si se quiere iniciar una existencia nueva y límpida. Nos arrepentiremos públicamente, lavaremos nuestros cuerpos desnudos en el Jordán, renunciaremos al alegrón del vino y a los goces de la fornicación, haremos todo cuanto nos ordene este solitario misterioso y violento detrás de cuya sombra aguja su filo la espada del Mesías decidida a saldar cuentas y a cobrar agravios.

Mezclados a la muchedumbre de creyentes se emboscan unos cuantos escribas y sacerdotes, no movidos por intenciones de enmienda sino por el ánimo de confundir y zaherir al profeta, amparados en su conocimiento minucioso de las Escrituras y en sus mañas aprendidas en avezados años de vida pública. Se han colado igualmente espías del Sanedrín, confidentes de Caifás que guardarán en la memoria las palabras equívocas que Juan pronuncie para repetir las luego al oído de las autoridades que los alquilan. Juan los escucha a los unos y a los otros sin parpadear, tal como escucha las confesiones de los penitentes y los titubeos de los indecisos, y a todos les responde con descarnada voz.

-¿Eres tú, por ventura, Elías? -dice un escriba.

-No, no soy Elías, no he venido a desatar la guerra como Elías, no hago milagros como Elías, no descifro el porvenir de la historia como Elías. Mi sola profecía es anunciar el amanecer del reino de Dios.

-Entonces, ¿eres tú el Cristo?

-No, no soy el Cristo. He gritado a todos los vientos que soy apenas un labrador que escarda sin fatiga para alisar los senderos del Señor. No soy el Cristo pero os digo que el Cristo está al límite de nuestros valles, y que es mucho más poderoso que yo, y que yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias. Yo bautizo con agua pero él bautizará con Espíritu Santo y fuego.

-¿Por qué razones pregonas tu bautismo como si fuese una ceremonia desconocida e incomparable? ¿No se ha practicado secularmente la inmersión en las aguas convertida en liturgia por las doctrinas más dispares? Nuestros propios antepasados, anteriores a Abraham, ¿no ahogaban a sus primogénitos en los ríos como sacrificio ofrecido a Dios? ¿No se bautizaban los babilonios, los asirios, los persas, los egipcios? -pregunta un sacerdote.

-El bautismo que yo doy es diferente. El bautismo que yo doy es una acción de penitencia, un afán de purificación, un blanqueo de las almas para que así inmaculadas reciban con decoro al ungido que ha de venir.

-A más de arrepentimos y bautizarnos, ¿qué debemos hacer? -dice un fariseo.

-El que tenga dos túnicas, dé una al que no la tiene; y el que tenga alimentos, compártalos por mitad con el hambriento; y el que tenga una casa, aposente en uno de sus cuartos al errabundo sin hogar.

-Nosotros, los recaudadores de impuestos, ¿qué debemos hacer? -dice un publicano.

-No cometáis exacciones con el pueblo; no exijáis jamás un milésimo de dracma más de lo que está tasado.

-Nosotros, los hombres de armas, ¿qué debemos hacer? -dice un soldado.

-No ejerzáis violencia sobre nadie; no obtengáis dinero bajo amenazas; conformaos con vuestra paga.

-Si ya he enumerado y deplorado mis culpas en soledad con mi conciencia, ¿qué motivo me obliga a proclamarlas también ante la muchedumbre? -dice un saduceo de remilgados modales.

-A la hora de la justicia no os valdrán a vosotros, los hipócritas, pretextos ni disimulos, porque aquel que viene trae el aventador en la mano para airear las mieses trilladas, y limpiará su era, y juntará el trigo en su granero, y quemará la paja sobrante en una hoguera inapagable, y todo árbol que no dé fruto será cortado y arrojado al fuego.

-Será cortado y arrojado a ese fuego que no se apaga el árbol del imperio que desde remotas colinas nos tutela y protege, y también las sabias manos de real origen que en Galilea y Perea gobiernan en su nombre? ¿O, por lo contrario, todos ellos serán guardados como trigo selecto en los graneros del Señor? -dice un espía.

Un escalofrío de indignación estremece los huesos de Juan, mas no tiene ocasión de responder al desafío porque en ese preciso instante se abre paso por entre las filas se sitúa frente a él un carpintero de nombre Jesús que ^avenido caminando desde Nazaret. Es un hombre de espaldas encorvadas, lo que le hace parecer de mediana estatura, pero cuando eleva la mirada y la frente hacia los cielos, como lo está haciendo ahora, su tamaño crece en forma imprevisible y ninguno de cuantos le rodean le da por los hombros. Viste una túnica de color blanco que no logró manchar el lodo salpicador de los caminos ni tampoco las cenizas oscuras que arrastra el viento. Del cordón de la cintura le pende un trozo de madera que es emblema testimonial de su oficio. Su cabellera negra y encrespada se parte en dos bandas que le caen armoniosamente sobre las espaldas. Es asimismo negra su barba, y negros tal vez sus ojos pero éstos se aclaran en casi ópalo cuando les habla a los niños, como se entintan en casi basalto cuando oye discursar a los escribas. En su rostro de alargados rasgos y huesudos pómulos, las cejas se fusionan en una intensa línea inalterable, y la nariz desciende en aristas severas como talladas por el más perfecto marmolista griego. Así como el caballero lleva consigo dondequiera que va un vaho de crines y ronzales, así el carpintero de Nazaret esparce a su alrededor una fragancia de listón de cedro, baya de enebro, resina de bálsamo, leño de sándalo, o todo mezclado. No tiene pecados que decir, mentiría si los dijera. Y cuando se despoja de sus vestiduras para sumergirse en el río, surge de los pliegues de la túnica un fornido torso varonil, aún más blanco que las telas que lo cubrían.

Juan intuye de pronto que ha llegado el que había de venir. Juan oye resonar clarines de oro y plata que nadie toca, ve saltar los cerros como cabritos verdes, las aguas del Jordán desnudan la visión de sus peces, un coro de ángeles canta allá lejos sobre los farallones del mar Muerto. "Este es aquel que venía detrás de mí y se ha colocado delante de mí porque existía antes que yo", piensa Juan, pero se limita a decir a la multitud:

-Entre vosotros hay uno a quien no conocéis.

Jesús finge no haber escuchado aquellas palabras que lo aluden Bajando la mirada se adelanta hasta rozar las manos del profeta y le dice:

-Estoy aquí para que me bautices.

Juan responde:

—Soy yo quien debe ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?

Jesús dice:

—Yo soy un hombre como todos los hombres, Hijo del hombre y hermano de los demás hombres. Bautízame.

Juan replica por última vez:

—Mi bautismo es de penitencia para la remisión de pecados que tú no has cometido.

Pero Jesús concluye:

—Déjame hacer ahora la voluntad de Dios, pues conviene que cumplamos toda justicia, y que nos sometamos al designio trazado por la mano del Señor.

Jesús se sumerge resueltamente en las aguas del río; a Juan le tiemblan los dedos por vez primera en la fase decisiva del rito; deja caer unas gotas sobre la cabeza del carpintero y dice:

—Te bautizo en nombre del Espíritu del Señor para que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale.

Jesús junta las palmas de sus manos y murmura una plegaria:

—¡Bendice, alma mía, al Señor! ¡Que se acaben los pecadores en el mundo; que los malvados no existan más! ¡Bendito sea el Señor, refugio de los oprimidos y de los pobres y de los desvalidos! ¡Que su gloria colme la tierra para siempre porque es eterna su misericordia y es eterno su amor! ¡Amemos la paz y la alegría que son los regalos más dulces que nos ha hecho el Señor! ¡Bendito sea el Señor!

Y eso fue todo cuanto vieron y oyeron los hombres y mujeres que se apiñaban confusos en la orilla izquierda del río. Mas de pronto retumbó contra las rocas la voz de Juan el Bautista:

Sin ser ciegos no habéis tenido ojos, sin ser sordos no habéis tenido oídos, sin hallaros ausentes no habéis alcanzado a presenciar la tempestad de gloria y el arco iris de ternura que fulguraron frente a vosotros.

No habéis visto cómo las aguas del Jordán se volvían una escala de zafiro y subían en remolino hasta el techo del universo, acuchillando nubes y desgajando estrellas.

No habéis visto cómo el cielo se abría cual un inmenso embalse, y un diluvio de luz se volcaba de sus entrañas para ofuscar el rumbo de los pájaros y tapizar de oro los abismos.

No habéis visto volar una paloma, más blanca que la flor del limonero, más suave que la paz, más pura que la virginidad, más sagrada que el amor; una paloma que bajó hasta nosotros para posarse en la cabeza del elegido y entretener su nido en la espesura de su corazón.

No habéis oído el lloviznar de cítaras, el granizar de címbalos, el centellear de trompetas, el tronar de tambores, que aclamaron el aleteo del Espíritu Santo por en medio de las tinieblas y los soles.

No habéis oído una voz, la misma voz excelsa que le habló a Abraham, y a Moisés y a Isaías; una voz cuyo acento sumió en silencio los sonidos del cosmos y amordazó las resonancias de la naturaleza, y dijo:

"Tú eres mi hijo predilecto, a quien yo quiero".

Yo os digo que ante vuestra presencia de ausentes y ante vuestras miradas de ciegos, el Padre y el Espíritu Santo han consagrado al Hijo como cordero de redención.

JESÚS PERMANECE siete días al lado de Juan y sus discípulos, ensimismado en la meditación de la realidad maravillosa que ha germinado al borde del remanso de Betania, deslumbrado por el desciframiento del mensaje del profeta. Juan, el hijo de Zacarías, ha venido del desierto para revelar a los hombres el advenimiento del Mesías, y también para infundir en el alma del Mesías la convicción de su secreta identidad. Yo soy un humilde carpintero de Nazaret, conocedor de mi oficio porque José mi padre me lo enseñó con entendimiento y devoción, sabedor de los libros que José mi padre puso bajo mis ojos, enamorado de los pobres porque hacia el mar de la pobreza corre mi sangre tributaria, con el brazo predispuesto a dar batalla y a vencer a Satanás que se ha apoderado del universo e impone su iniquidad sobre los pueblos. He venido desde Nazaret para que Juan me bautice como a los otros, y he aquí que Juan ha descubierto mi condición de hijo predilecto del Señor. A partir de este anuncio he dejado de ser un simple carpintero de Galilea para asumir el encargo que el Padre me ha confiado, el riesgoso compromiso de levantar a los pobres de su miseria y abrir para ellos, y solamente para ellos, las puertas del reino de Dios.

Jesús admira en el Bautista la fogosidad de su palabra, su gallardía para apedrear con anatemas implacables a los ricos y a los poderosos su don mágico de atraer y persuadir al gentío. El Nazareno se queda sentado horas enteras a la sombra de un terebinto, contemplando cómo Juan reparte el agua lustral con elegantes gestos sacerdotales que dignifican a los harapos que lo cubren, saboreando las cambiantes inflexiones de sus discursos que fustigan a los culpables y cautivan a los inocentes.

Esta tarde, ya concluidos los rituales del bautismo, ya en dispersión las bandadas de arrepentidos y purificados, Juan y Jesús se alejan juntos por un sendero que bordea los matorrales, y entran finalmente a la gruta donde Juan mora.

Toman asiento en el piso de tierra, el uno frente al otro, aclarados a vetas sus rostros por la luz de una lámpara de aceite que Juan ha encendido. Es la última vez que se ven en este mundo, y ambos lo saben. Jesús se marchará al amanecer en busca de su muerte y Juan se quedará al margen del desierto en espera de la suya.

Dice Juan:

—Se acerca la alborada grande del Señor, el mediodía de su rugiente cólera, la noche funesta para los criminales y los perjuros. No se escapará ni uno solo entre los malvados porque el Señor los arrancará del abismo donde se escondan, los bajará de los riscos donde se trepen, los sacará de lo hondo de la mar donde se sumerjan. Lo dice el texto aterrador de Sofonías: "Ese día será un día de cólera, de angustia y aflicción, día de derribo y desolación, día de oscuridad y tinieblas, día de trompetas y alaridos. La sangre de los hombres se derramará como polvo, y sus entrañas como estiércol, el día de la ira del Señor".

Piensa Jesús:

(La justicia del Señor es un manantial infinito de misericordia y bondad, una torrencial lluvia de amor que se vierte sobre las cabezas sosegadas de los justos y salpica a conciencia las sienes atormentadas de los pecadores. José mi padre solía recitar un salmo de David que reza de esta manera: "El Señor es clemente y compasivo, paciente y generoso, no un permanente acusador ni un cultivador de rencor perpetuo".)

Dice Juan:

—Yo, bautizo con agua pero el Hijo del hombre bautizará con fuego inextinguible que quemará la paja innecesaria y el ramaje reseco. El fuego atizado por el Hijo del hombre será como lava hirviente que calcinará las mentes manchadas de abominaciones, y reducirá a cenizas las lenguas de los que juraron en falso y las manos de los que hicieron humear su incienso ante los altares de dioses extranjeros.

Piensa Jesús:

(El Hijo del hombre bautizará con fuego y Espíritu Santo, fue eso lo que tú anunciaste a la muchedumbre. El fuego del Espíritu Santo no es una pira de destrucción y retaliaciones sino la llama purificadora que nombra el Libro de Malaquías, la fragua que suaviza los metales, el horno que cuece el pan, el pabito ardiendo que da luz a las velas, la candela que en la lobreguez de la noche muestra el camino a los extraviados.)

Dice Juan:

—Encontré la verdad en el desierto, en los páramos desamparados donde Moisés y Elías oyeron atronar los mandatos de Yahveh. Templé las cuerdas de mi garganta, ensordecido por el silencio del desierto que clama en mis arengas como un simún de acusaciones.

Piensa Jesús:

(Pero el desierto por sí mismo es apenas una llaga árida y desprovista de pueblo, un escarmiento del Señor para aquellos que abandonaron el cultivo de los campos. En el desierto no hay acacias ni mirtos sino serpientes y escorpiones de fuego. El desierto es enemigo del agua, y el agua es la más clara bendición de Dios. En el desierto no hay gacelas, ni niños, ni amor. Iré al desierto a luchar cuerpo a cuerpo contra Satanás en sus propios dominios, en su desolada palestra.)

Dice Juan:

—El ayuno, el sufrimiento y la castidad nos aproximan a Dios, nos vuelven más recios para librar el combate contra Satanás que es de nuestra incumbencia. Si nos toca seguir las huellas de Elías, es preciso cruzarlas por entre cardos y sequedales, con el hambre a costas como un flagelo espoleador.

Piensa Jesús:

(Tú te sustentas con saltamontes hervidos y raíces de retama. Yo valoro tus privaciones y ensalzo tu esforzada voluntad, mas no imitaré tu ejemplo porque no pretendo diferenciarme de los hombres comunes sino confundirme con ellos. Comeré pan, y beberé vino, y me sentaré a la mesa del prójimo si soy convidado de buena gana. En verdad te digo que nuestras costumbres disímiles no nos harán distintos a los ojos de nuestros adversarios ni aplacarán en lo más mínimo el odio que nos profesan. Ellos te llamarán a ti endemoniado porque vives entre peñascos y cubierto por pelos de camello. Ellos me llamarán a mí comilón y borracho porque no rechazo el plato de viandas ni el vaso de vino. A los fariseos y a los juristas no los desvela la desigualdad de nuestros alimentos sino el hambre y la sed de justicia que tanto tú como yo llevamos dentro.)

Dice Juan:

—Nuestros más enconados enemigos son aquellos que se lucran con las creencias y el trabajo de los pobres, los sacerdotes enriquecidos al cobijo del templo, los sabios corrompidos por el mal uso de sus lecturas, los mercaderes que invocan el judaísmo para comerciar con los cerrojos y las maderas de la Ciudad santa, los mojigatos que andan por las calles alardeando de piadosos y son tan sólo sepulcros blanqueados por la hipocresía y el engaño.

Piensa Jesús:

(Tienes razón.)

Dice Juan:

—Nuestros amigos, en cambio, son los humillados y los desvalidos, los huérfanos y las viudas, los atribulados y los enfermos, los que piden a voces auxilio y los que sollozan íntimamente su desventura. Yo viví largos meses entre los monjes que han cimentado sus ermitas en las escarpas pedregosas del mar Muerto. Nadie como ellos se consagra con tanto apego a la meditación y la plegaria; nadie como ellos practica con tanto

de los profetas; únicamente ellos comparten con sus hermanos de fe los alimentos y las vestiduras, pues para ellos las cosas son propiedad comunitaria de todos los hijos de la luz. Sin embargo, me aparté de su compañía porque a sus soledades no subía el pueblo, ni tampoco ellos bajaban a buscarlo. Yo acudí a encontrarlo en las orillas del Jordán, y los pecadores en tropel se acercaron a oír mi profecía y a recibir de mis manos el agua que los depuraba.

Piensa Jesús:

(Tienes razón, pero a veces no es suficiente tener razón. El pescador de peces no deja su bote anclado a escasas varas de la playa sino se parte lejos con él, en persecución de las aguas profundas donde se aquerencian las más pobladas ribazonas, y esquivo con sus velas los chubascos torcidos, y le disputa con sus redes la presa a las gaviotas. De igual manera, el pescador de almas abandonadas no se sembrará en su sitio como un eucalipto, esperando que las almas vengan a él, sino saldrá diligente a dar con ellas dondequiera que existan: en las aldeas jornaleras que se asoman al lago de Genezaret, en las pequeñas sinagogas de Cafarnaún y de Magdala donde van a rezar los marineros, en las mesas del tributo donde los pastores y los labradores pagan sus diezmos, en las colinas donde trisca la oveja perdida del aprisco, en los mercados donde los vendedores de tórtolas se lamentan de su penuria, en los atrios donde se guarecen los ciegos y los tullidos, en los socavones donde arrastran su maldición los leprosos, para decirles a todos por medio de las parábolas más simples que el Padre no será para ellos un asignador de castigos sino un Dios de indulgencia, puesto que ya excesiva expiación han padecido los desdichados de la tierra por obra de Satanás que esparce el mal y el dolor. Para transmitirles a todos el nacimiento del reino de la alegría y el acabamiento de la congoja que les nubla las almas.)

Dice Juan:

—Yo exijo a quien quiera oírme y aspire a salvarse que se atenga escrupulosamente a lo escrito en la Ley, que libe inspiración y experiencia en los libros de los profetas, que no se salte uno solo de los preceptos señalados por las sagradas Escrituras.

Piensa Jesús:

(Yo no he venido a derogar la Ley ni a desquiciar en modo alguno el lenguaje de los profetas. Yo he venido tan sólo a proclamar el reino de Dios y a explicar su decisivo misterio. Pero en verdad te digo que nadie mete remiendo de paño nuevo en vestido viejo, porque el paño se quedaría roto y el pedazo nuevo desluciría al viejo. Nadie echa tampoco vino nuevo en odres viejos porque el vino nuevo reventaría los odres, y de ese modo el vino se derramaría y los odres se echarían a perder. Y además te digo que nadie podrá anular la palabra de Dios ni encerrarla como un trasto venerable en el torreón de las tradiciones.)

Dice Juan:

—El reino de Dios está cerca. Por sus puertas entrarán, sin distingos de origen, todos los hombres justos, y también aquellos pecadores a quienes el remordimiento enderezó sus conductas.

Piensa Jesús:

(El reino de Dios es ya presente, con todo el torrente de renovación moral que él trae consigo. Tú has dicho que el reino de Dios está cerca, y es cierto lo que has dicho, mas no "cerca" en la medida del tiempo sino "cerca" en el aire del espacio. Está tan cerca que si extendemos la mano alcanzaremos a tocarlo. El reino de Dios es la presencia del amor que ha comenzado a edificar el destino de los hombres.)

Hablando el uno, callando el otro, se acaba la noche. Ya la luz de la lámpara se ha consumido, y los rostros de ambos han perdido sus líneas cuando lentamente comienza a diseñarlos de nuevo la madrugada. Una bocanada de aire húmedo atraviesa los pedregales para llegar hasta ellos, y llega también una algazara de pájaros y un aullido remoto de fiera en celo. Jesús se levanta del polvo y se dispone a partir. Entonces entran por el boquete del refugio tres seguidores de Juan, quizás sus discípulos más fieles. El profeta, señalando a Jesús, les dice:

—He aquí el cordero de Dios que suprime el pecado del mundo. Vosotros no lo conocéis. Yo tampoco lo conocía pero ahora lo he visto y doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

Uno de los discípulos pregunta a Juan:

—Maestro, ¿no eres tú el mensajero del Altísimo?

Juan le responde:

—Nadie puede apropiarse de nada si Dios no se lo permite. Yo os he dicho que no soy el Mesías sino que me han enviado por delante de uno que es más fuerte que yo. Quien viene de arriba está más alto que nadie; quien acepta su testimonio refrenda que Dios dice la verdad, pues el comisionado de Dios comunica los mandatos de Dios, ya que Dios no le escatima el Espíritu. El Padre ama al Hijo y lo ha puesto todo en su mano; quien cree en el Hijo de Dios posee vida eterna; en cambio, quien se niegue a creer en el Hijo no sabrá lo que es vida.

Dice a Juan otro de los discípulos:

—Maestro, hileras incontables de peregrinos seguirán arrimándose a las orillas del Jordán para recibir tu bautismo.

Juan le responde:

—Y yo los bautizaré. Mas mi misión de heraldo de la aurora ha terminado. Tal como las flores se convierten en frutos, mi esperanza se ha convertido en fe. Y dirigiéndose a Jesús añade: —A ti te toca crecer, y a mí menguar. Jesús no dice nada. Murmura un "adiós, hermano" que nadie alcanza a entender, cruza las peñas de la entrada, y emprende sin apuro un largo camino que no lo devolverá a Galilea sino lo llevará al desierto. Al poco trecho vuelve la cabeza y ve que los tres discípulos de Juan han partido en su seguimiento. Uno de ellos es Tomás, el marinero de la barba bermeja y cuadrada. Jesús espera a que se le junten y entonces les dice:

—Él afirma que menguará mientras yo crezca, pero yo os digo que, al menguar su figura corporal, crecerá su sombra por los siglos de los siglos. Juan es una antorcha viva y resplandeciente, y el pueblo le da la razón al pedirle su bautismo. Juan no es una caña mecida por el viento como quisieran verlo los levitas, ni un cortesano cubierto de delicados trajes como quisieran verlo en las casas de los reyes, sino un profeta. Mucho más que un profeta. El es aquel Elías que tenía que venir, es Elías el Precursor que ya se hizo presente. De cierto os digo que entre los nacidos de mujer, ningún otro es más grande que Juan el Bautista.

Habla con tan convincente lealtad y con tal abundancia de amor que Tomás el mellizo está a punto de volverse al remango de Betania.

EN AQUEL SALÓN oscurecido por el ébano que enmaderaba sus paredes, Herodes Antipas recibía en audiencia a los dignatarios y senescales, a los sacerdotes que venían a tratarle asuntos del templo, a los administradores de sus ingresos, a los enviados de países amigos, a los parientes pedigüeños. En el centro del rectángulo se alzaba un estrado y sobre el estrado destacaba una silla de ambiguo estilo, blanca marquetería y brazos dorados, que el Tetrarca ocupaba a manera de trono. El visitante permanecía de pie, o se sentaba con arrinconado recogimiento en un banco liso desde el cual se miraba la figura del Tetrarca como la de un ídolo suspendido del techo por escondidas cuerdas.

Sebasto, capitán de la guardia, un samaritano de mirada oblicua y pesadas manos que jamás accionaban, rendía cuentas de la misión que le había sido encomendada:

—Ya el profeta no bautizaba en el vado de Betábara, como al principio, sino en Enón, cerca de Salín, paraje donde los manantiales son copiosos. Un obcecado rebaño de hombres escuchaba sus sermones y anhelaba el momento de recibir el agua que él ofrecía como liberadora del pecado. Sus palabras eran un desagüe de hieles y afrentas, amasijos de lodo pútrido arrojados a la cara de las reputaciones más honorables. Denigraba de los ricos y de las nobles familias, amenazaba con un hacha que estaba puesta al pie de los árboles y con una hoguera exterminadora que nunca se apagaría. Voceó falsos testimonios contra ti y contra tu esposa Herodías; no llegó a pronunciar vuestros nombres pero todos comprendieron a quiénes se refería. Llegado a este punto, di ordenes a mis guardias de hacerlo prisionero. Era tan hirviente el borbollón de su furia cuando acusaba y tan demoníaco el rebrillo de sus ojos cuando callaba, que pensé: "Ofrecerá resistencia a los soldados; las centenas de fanáticos que lo siguen se echarán sobre nosotros y nos harán pedazos". Pero, ante mi asombro, el profeta contuvo a su hueste con un gesto de mansedumbre y se dirigió a mí para decirme: "¿Quién te manda y a qué te manda?" Yo le respondí: "Me manda el tetrarca Herodes Antipas y traigo el encargo de llevarte preso para acallar tus denuestos". Él se redujo a mirarme con un inexplicable desprecio en sus pupilas de loco y luego dijo: "Vamos". Y, tras de hacer un nuevo signo apaciguador a los exaltados que rezongaban su descontento, se puso al frente de nuestra pequeña tropa como si le fuese familiar el camino, y emprendió resueltamente la vereda tallada en precipicios que trae a Maqueronte. Desde entonces no ha vuelto a pronunciar una sola palabra.

—¿Dónde lo habéis encerrado? —dijo Herodes Antipas.

Respondió el capitán de la guardia:

—Tú mandaste que lo tratáramos con bondad, Tetrarca. Lo hemos alojado en una galería de la torre, su cuerpo está libre de cadenas, sus ojos disfrutan luces de claraboyas que se abren hacia el mar.

—Traedme al prisionero; quiero hablarle —dijo Herodes Antipas.

El Tetrarca se quedó solo en el recinto, en espera del extraño predicador descalzo que osaba desafiar su poderío, y junto con él desafiaba a la nobleza sacerdotal, a los adinerados saduceos, a los enredadores fariseos, y tal vez a Roma, aunque esto último era demasiado insensato para pensarlo. Una mariposa negra entró en vuelo por el pórtico que daba al jardín, a través desconcertada la sombría austeridad de la estancia, rebotó contra las paredes tan oscuras como sus alas, la detuvo en seco el alabastro de los ventanales cuando trató de escapar a través de aquel trasluz velado, y finalmente descubrió con alborozo la claridad que antes había abandonado y regresó al cielo del jardín en una fuga desalada.

Ese mismo pórtico enmarcó luego la figura de Juan el Bautista que avanzó paso a paso, dejando el tizne de sus pies desnudos en los mosaicos color jalde del piso. Los guardias que lo trajeron se habían quedado apostados en el umbral. Juan el Bautista se detuvo frente al estrado del Tetrarca y se cruzó de brazos como si aguardara un veredicto. La raída piel de camello que lo cubría, el enredo montaraz de su barba y de sus cabellos, contrastaban ásperamente con la hermosa túnica a rayas blancas y negras del Tetrarca, con sus guedejas ensortijadas y perfumadas por un barbero de la Corte, con sus ensayados gestos de príncipe perdonador.

Dijo el Tetrarca:

—Hasta mí ha llegado que eres un hombre justo, que tus discursos exhortan al pueblo a no apañarse del buen camino de la equidad, a conducirse en la vida con modestia, a confiar en la misericordia de Dios. Hasta mí ha llegado que tropeles de peregrinos se acercan a ti para escuchar tu palabra y elevar sus almas a la luz de tus enseñanzas. Otros me han dicho que eres la voz clamante anunciada por el más sublime de los profetas, que conoces con prolija sapiencia los cinco rollos de Moisés y los tres cantos de Isaías. Te he hecho venir a mi presencia para que me asistas en la interpretación de esta profecía del visionario Daniel: "Desde que se decretó la reconstrucción de Jerusalén hasta la aparición del Mesías pasarán siete semanas". Ahora bien, la reconstrucción de Jerusalén y del templo fueron obra de mi padre Herodes el Grande, y ya han transcurrido treinta años después de su muerte. Quiero saber cuánto significan, en el registro de nuestro tiempo, aquellas siete semanas que Daniel predecía. Te exijo la respuesta yo, Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perca, hijo legítimo de Herodes el Grande.

Juan el Bautista comenzó a hablar sin mirar al Tetrarca, tal como si no hubiese escuchado su pregunta, simulaba no dirigirse a él sino a un dormiente de ébano que atravesaba el techo o a la luna difusa de los ventanales:

—No son los mercenarios helenos los autorizados a tasar la grandeza de un monarca, los cetros y las coronas no bastan para acrecentar el corazón de un hombre, reyes hubo en Babilonia y Asiria que en ninguna época rebasaron su pequeñez, rey grande fue David que derribó el orgullo de Goliat y restauró el honor de su pueblo, rey grande fue Salomón cuya prudente sabiduría llenó la tierra y la cubrió con cánticos de oro, rey grande fue Ciro porque está escrito que era ungido del Señor y que el Señor lo llevaba de la mano a doblegar naciones, no es grandeza nacer nieto de libertos y pretenderse vástago de noble encina, no es grandeza destruir los archivos del templo para falsificar una casta que nunca se ha tenido, no es grandeza exprimir a los pobres por obra de tributos doblegantes como cargas de leña, no es grandeza corromper a las doncellas ni mancillar a la mujer ajena, no son grandeza sino penuria de espíritu el lujo y la ostentación. Edificar un templo para tratar de conquistar la amistad imposible de un pueblo agraviado, saquear los tesoros de la tumba de David, erigir ciudades y fortalezas en homenaje servil a un imperio pagano, asesinar a su esposa y a cinco de sus propios hijos, valerse del relato ingenuo de unos magos para degollar a veinte niños tiernos en una aldea de Judea, hacer quemar vivo a todo hombre justo o rebelde que abriera los labios para pedir justicia, ¿es eso grande?

El rostro de Herodes Antipas iba adquiriendo una rigidez amarilla de antiguo pergamino a medida que hablaba el profeta. Se había propuesto bajo juramento no perder ni una migaja de su tría dignidad, guardar un silencio impasible de centinela ante los gritos de aquel intolerable predicador de maldiciones. Sin embargo, se sintió súbitamente arrastrado a interrumpirlo:

—¡Basta, víbora! Con tus palabras te has condenado a ti mismo a sufrir la pena de mil latigazos, has forjado los clavos que van a crucificarte, has amolado la espada que te degollará, ya estás muerto y sangrante bajo el sol como un buey descuartizado, aun cuando tus despojos pretendan seguir profanando la memoria de mi padre. Deja la tumba de mi padre en paz y cúbreme de injurias a mí, si te place y si te atreves. Juan el Bautista respondió sin inmutarse: —Está escrito: "Si uno toma para sí la desnudez de su cuñada es una inmundicia, porque ofende a su propio hermano". La sombra del incesto se posa como una plaga de moscas sobre los barbechos de Galilea y Perca; la pestilencia del incesto se esparce como un estero de excrementos sobre las llanuras de Judea. Volvió a interrumpirlo Herodes Antipas: —¡Basta, víbora! Juan el Bautista añadió:

—El hijo virtuoso sigue las huellas del padre justo, y el hijo infame imita el ejemplo del padre ruin. Si el padre desparrramaba nubarrones de espías para dañar al pueblo con sus delaciones, aún más numerosos y malignos son los soplones que el hijo utiliza. Gritó Herodes Antipas por tercera vez: —¡Basta, víbora! Y se puso a llamar a grandes voces: —¡Sebasto! ¡Sebasto!

Acudió presuroso el capitán de la guardia y entonces el Tetrarca dio la orden de sepultar al prisionero en una cisterna del foso, cargarlo de cadenas, llevarle pan y agua como único sustento.

—Así se mantendrá hasta la hora de su muerte, que de cierto no está lejana —dijo el Tetrarca.

Juan el Bautista avanzó hacia la claridad del pórtico con los mismos pasos tardos que lo habían traído y al llegar al umbral recitó entre dientes:

—"Se agosta la hierba, se marchita la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre."

Al atardecer llegó Herodías, la esposa del Tetrarca, acompañada por dos esclavas nabateas a quienes despidió con un ademán brusco. El cuerpo de la mujer exhalaba un intenso aunque dulce olor a bálsamos insólitos, confusa mezcla de lágrimas de mirra y flores de cinamomo. No se sentó en el banco de los cortesanos, ni se mantuvo de pie como los servidores, sino subió al estrado por las gradas de bronce, tomó la mano derecha del Tetrarca entre las suyas y le preguntó: —¿Qué te dijo el profeta? Respondió Herodes Antipas:

—Desvaría y está poseído por el diablo. Nunca se abrirán mis labios para repetir las inmundicias que salieron de su garganta. Herodías insistió:

—¿Qué te dijo el profeta?

Herodes Antipas comenzó a divagar. Habló de un emisario romano que vendrá antes de la Pascua y traerá un mensaje del emperador Tiberio. Será conveniente festejarlo con gran pompa. Le daremos como presente la más linda yegua de nuestras pesebreras, aquella blanca con las crines de encaje. Herodías preguntó sin oírlo: —¿Que te dijo el profeta?

Entonces la voz afilada y mentirosa de Herodes Antipas rasgó las palabras como la hoja de una cuchilla:

—Sólo movió la lengua para echar sobre tus hombros un tardo de abominaciones. Dijo que tú me habías seducido carnalmente en Roma, me habías instigado a engañar a mi hermano Herodes Boethos que era tu legítimo esposo, me habías obligado a traerte conmigo a Palestina.

Dijo Herodías:

—Esa historia no es verdadera, y tú lo sabes. Fuiste tú el seductor, y tú lo sabes.

Herodes Antipas soliviantó a la mujer con nuevas invenciones diciendo:

—La historia no es verdadera, pero él la cuenta en todos lados. Desfoga sobre ti las mismas acusaciones terribles que lanzó el profeta Ezequiel contra Oholá y Oholibá, las naciones impuras. Dice que tu ambición y tu lujuria son serpientes ponzoñosas que nos perderán a ambos. Dice que el aire de nuestro palacio de Tiberíades es humo sofocante por culpa del hedor de tus depravaciones. Dice que te escurres a medianoche por los callejones del puerto, para abrirle las piernas al primer marinero que topas. Dice que te place fornicar con los egipcios de grandes miembros como onagros, y con los sirios que te cabalgan cinco veces sin fatigarse. Dice que no cobras el precio como las prostitutas sino sobornas con regalos a tus amantes para que se tiendan agradecidos bajo tus sábanas. Dice que te revuelcas desnuda en las alfombras de los babilonios para oírlos rugir mientras te poseen y para recibir en tus entrañas su esperma de sementales. Dice que para darles solaz a todos ellos te maceras los senos con ungüentos perfumados, sometes tus nalgas a los puñetazos de los masajistas, te pintas los ojos con zumo de violetas, remojas las vergüenzas de tu cuerpo en espesos cocimientos de mandrágora.

Herodías extendió las manos al cielo y gritó:

—¿Dijo tales calumnias contra mí en tu presencia y tú no lo mataste? ¿Por qué no lo mataste, Tetrarca?

Herodes Antipas respondió:

—El pueblo se reúne a su alrededor y escucha con embeleso sus infames sermones. Nada me colmaría de tanto gozo como exterminar de raíz su voz y su existencia, mas si lo hago ajusticiar sin previo proceso, multitudes de israelitas se levantarán a cobrar su martirio, será inevitable aniquilarlos a todos y quebrantar la paz que he prometido preservar. No olvido un instante que mi vara de tetrarca depende de Roma, Roma me la dio, y Roma es capaz de arrebatármela cuando se le antoje. No olvido un instante que el emperador Augusto depuso y desterró a mi hermano Arquelao para castigar la decapitación de tres mil rebeldes que dicho hermano mío Arquelao había ordenado ejecutar en el patio del templo. Ansío la ventura de dar muerte a Juan el Bautista sin que su sangre traiga la sedición a Palestina, sin que un tumulto vuelva odioso mi nombre en el pensamiento de Tiberio.

Preguntó Herodías:

—¿Qué más te dijo el profeta?

Herodes Antipas siguió mintiendo y azuzando el rencor de la mujer:

—Dice que te ocultas bajo las cortinas del aposento donde duerme el eunuco Gabazá, y lo despiertas a la medianoche para morderle las mamas flácidas, lamerle las piltrafas de sexo que le restan y clavarle las uñas en los ijares mantecosos. Dice que te haces llevar a tu lecho niñas idumeas para desgarrarles la virginidad con tus largos dedos de bruja, y niños sirios para circuncidarlos con tus dientes y saborear como un néctar el bermellón que te mancha la boca. Dice que te cueles al amanecer en los establos para masturbar a los caballos negros de los coraceros romanos.

Herodías lanzó otro grito:

—¿Dijo tantos embustes y asquerosas fantasías sin que tu mano lo matara? ¿Eres en verdad un hijo legítimo de Herodes el Grande o eres acaso el vástago bastardo de un infeliz mendigo?

Respondió Herodes Antipas:

—No serán solamente los jornaleros y los labriegos quienes reprobarán su ejecución. Juan el Bautista es hijo de un sacerdote noble, fruto preclaro de la tribu de Levi, descendiente del hermano predilecto de Moisés. Algunos escribas admiten que él es realmente la voz que anuncia la venida del Mesías. Si lo hago decapitar sin juzgarlo, los saduceos gruñirán por su estirpe ultrajada, los fariseos fingirán que lo amaban, los esenios se rasgarán las vestiduras, los celotes sacarán al aire sus navajas. Su muerte no explicada puede generar guerras tan sanguinarias como las de Matatías de Modín y Judas Macabeo.

Herodías, enmudecida ahora por un odio sombrío, descendió del estrado y se encaminó hacia el pórtico. Ya cruzaba el umbral cuando oyó resonar la voz del Tetrarca:

—Es preciso alegar una razón que autorice su muerte.

Entre tanto, Juan el Bautista era encerrado en la más oscura cisterna del foso, cubil de alimañas y escurridero de aguas pestilentes. Al tobillo izquierdo le fue remachada una cadena que concluía en una bola de hierro, y a la mano derecha otra cadena que se enganchaba en una inmensa argolla colgante del muro. En la noche vino cojeando el carcelero a traerle una hogaza de pan y un cántaro de agua. El prisionero aceptó el agua y rechazó el pan.

LA FORTALEZA de Maqueronte, que fue levantada por Alejandro Janneo con fines de guerra, arrasada por los romanos y edificada de nuevo por Herodes el Grande, sólo conservaba como atributo militar sus murallas destartadas. Herodes el Grande, al reconstruirla, le imprimió una apariencia interior ajena al tiempo judío. Sus vastos salones se extendían recargados de almohadones y tapices en cuyos tejidos el rojo violento y el negro profundo abrumaban a los demás colores. Largos corredores engalanados por filigranas de piedra se ramificaban como tentáculos de un laberinto. Arcos tachonados de lapislázuli y malaquita servían de enlace a los altos muros. En los patios destechados se abrían múltiples piscinas y cisternas con rebordes de bronce, donde se reflejaban las nubes y se empozaba el agua de las lluvias. Las terrazas de ladrillos multicolores se adelantaban hacia el vacío para contemplar el oleaje brumoso del mar Muerto, o atisbar los rugosos farallones que se escalonaban hasta el desierto de Judea, o espiar los empinados caminos tallados a pico sobre una tierra encarnada que parecía sangrar. En las caballerizas del foso relinchaban rijosos sementales de Arabia. A un nivel todavía más hondo estaba soterrada la mazmorra donde Juan el Bautista había permanecido encadenado diez meses, sin otra compañía viviente que la de los alacranes y las ratas.

El palacio de Maqueronte había sido ataviado con gran fausto para festejar el cumpleaños del tetrarca Herodes Antipas, que era el quincuagésimo según los recuerdos tembleques de Ireneo, su anciano maestro de retórica griega. Junto con el amanecer se inició el desfile de afanosos esclavos cargados de viandas, hacia la inmensa cocina que relucía como una lámpara recién bruñida, y ante cuyos fogones el cocinero mayor, Bocuso, un eunuco gigantesco y caderudo, dirigía las operaciones como un visir. La fragancia de los guisos, de las especias, de las hierbas aromáticas, de los frutos en sazón, se esparcía por los claustros como una brisa succulenta.

Desde la hora quinta comenzaron a llegar los convidados. Eran recibidos en la poterna derecha por los esclavos y libertos de servicio, tomaban la rampa que conducía a la puerta principal, atravesaban la doble hilera de soldados tracios que componían la guardia personal del Tetrarca, y caían en la galería ceremonial donde Herodes Antipas y su esposa Herodías les daban la bienvenida. El más principal entre aquellos esclarecidos visitantes era el romano Lucio Vitelio, que para ese entonces andaba por las ciudades de Siria y Palestina con rango de emisario del emperador Tiberio, distinción alcanzada tras paciente despliegue de rebajamientos y adulaciones. Lucio Vitelio escaló plácidamente la cuesta de la montaña, tendido en una litera de toldo verdinegro que cargaban seis esclavos nubios y custodiaban diez decuriones provistos de yelmos, escudos, lorigas, espadas, polainas metálicas y sandalias ferradas, cuyas resonancias castrenses ponían en fuga a las espantadizas lagartijas. Jineteando un caballo zaino con atavíos de lata, y seguido por una comitiva de apuestos oficiales, hizo su aparición Herodes Filippo, hermano del Tetrarca y tetrarca a su vez de Iturea y Traconítida. También a caballo, alazano éste y más brioso que el anterior, llegó Arbelao, príncipe de Capadocia, cuyas ostentosas vestiduras no lograban atenuar la dislocada fealdad de su rostro. Trepados a fornidas muías rucias, cubiertas varias de ellas por gualdrapas azules y emparejadas todas por el campanileo de los cascabeles que les colgaban del pescuezo, vinieron desde Jerusalén muy elevados personajes. El Sanedrín envió a Gersón ben Janún, miembro de la familia sacerdotal de Anas y Caifás. En mutua compañía viajaron el rico terrateniente José de Arimatea y Simeón ben Yojanán, el más acaudalado entre los comerciantes en vasos de cristal. Abandonó por unas horas sus pergaminos el sabio Isaac Atalef, investigador de las más antiguas utopías. Acudieron a la cita saduceos aristócratas, con los dedos constelados de amatistas y topacios, y fariseos piadosos con mitras de felpa, y circunspectos levitas orgullosos de sus barbas rizadas que remataban en dos puntas. Los últimos en comparecer, montados en caballos media sangre criados en la llanura de Sarón, fueron los funcionarios del gobierno del Tetrarca: el canciller, el ministro del tesoro y el jefe de las tropas.

La sala donde se ofreció el banquete irradiaba como los flancos espectrales de una mar fosforescente. Cuchilladas de luz bajaban del artesonado por emboscadas ranuras y caían en llovizna sobre los manteles y sobre los turbantes de los comensales. Dos grandes candelabros, erguidos como cactus de bronce, blandían la florescencia de sus velas. Alrededor de una mesa central, enguinaldada de pámpanos y ramos de alhucemas, se extendían formando triángulo los lechos de Herodes Antipas, el romano Lucio Vitelio y Herodías. A las mujeres de Palestina les estaba vedado participar en la vida pública, mas el Tetrarca suplicó y obtuvo la venia de sus convidados para que su esposa, mi amadísima esposa dijo, no se privara de asistir al festín de su cumpleaños. En los braseros se quemaban resinas perfumadas, bálsamos de nardo que endulzaban el aire y aligeraban los sentidos. A la cadencia de las arpas se sumaron los trinos de las flautas, el respunteo de las cítaras y el repiqueteo de los crótalos, y entre todos hilaron una música tan melodiosa como el lenguaje de la Sulamita. Esclavos y esclavas de diferentes razas transportaban en alto las bandejas de plata portadoras de manjares ideados por el eunuco Bocuso, indiscutible inventor de la nueva cocina de Oriente. Caldos de huevos aderezados con nueces de Esmirna, sopas de leche agria servidas en fuentes de loza china y ornadas con umbelas de hinojos, lubinas del mar Grande escarchadas con semillas de sésamo y raíces de jengibre, truchas del Jordán yacentes entre uvas frescas y pasas de Corinto, tajadas de antílope sumergidas en salsas de bayas de mora, liebres adobadas con clavos y canelas de Ceilán, pichones de tórtola sahumados al vapor de menta, ánades salvajes tapizados por gordas aceitunas de Perea, perdices arrebuajadas entre lentejas tiernas y coronadas por higos maduros y albaricoques secos, quesos cuajados con leche de cabras de la Montaña Real, fresas de Jericó empapadas en jarabe de naranjas y espolvoreadas con pimienta verde de Madras, pasta ligera de almendras maceradas en pétalos de rosas y miel de romero. Y a su debido tiempo las ánforas de vino que se vaciaban una y otra vez para colmar las copas, vinos de Judea exprimidos en los lagares de Queruhain y Atulain, vinos olorosos traídos de Biblos y Damasco, vinos dulces de Samos y resinosos de Esparta.

Súbitamente se elevó el acento bizarro de una trompeta y al punto enmudeció la música y dejaron de escucharse el rumor de las conversaciones y el tintineo de las copas. Se plegó como un inmenso abanico la cortina dorada que fulguraba al fondo de la sala, y apareció entre nubes de incienso la princesa Salomé, hija de Herodías y su primer marido Herodes Boethos el Abandonado. Salomé tenía apenas trece años pero ya era esbelta como el árbol del dátíl y su cintura se cimbraba como las espigas del trigo. La envolvía una capa azul y roja, tal como la que llevaban los jeques beduinos, y sobre sus hombros caía la cabellera tan solo embridada por la cintilla de oro y pedrería que cruzaba su frente. Sus pies, calzados por mínimas chinelas de raso recamado de plata, avanzaron hasta los bordes mismos de las mesas engalanadas. En ese sitio se libró de la capa que la cubría, y a un leve gesto suyo volvieron a sonar las arpas y las flautas, y desnudó sus pies como dos lirios, y comenzó a bailar.

Salomé tenía apenas trece años pero ya sus senos eran recién nacidas gacelas y sus pezones hociquitos de grana. Tenía trece años pero sus manos se crispaban en el éxtasis de la danza como las de una cortesana sacudida por la penetración despaciosa del falo de su amado. Tenía trece años pero sus muslos firmes de mujer entera se entreabrían como invitando al desfloramiento. Tenía trece años y jamás había recibido hombre en su lecho pero sus ojos alumbraban como verdes candelas de deseo, y su ombligo era un mínimo temblor de rosadas medusas, y su sexo se abultaba bajo los brocados como un fruto palpitante y maligno.

Salomé no estaba desnuda, pero ellos la veían desnuda. Una princesa herodiana, una virgen de raza asmodea no podía desnudarse jamás delante de aquellos hombres, pero ellos la veían desnuda. Cuando concluyó la danza, quedó tendida en tierra, corza asesinada por la espada filosa de la música. Y luego, cuando se apagaron las voces del coro y ella se alzó, diosa resurrecta y despiadada, los convidados se hundieron en un mutismo de granito, como si la pantera de la lujuria hubiera aniquilado de un zarpazo sus gestos y sus voces. Herodes Filippo, tetrarca de Iturea

y Traconítida, desvió el rostro hacia el vecino lecho triclinar que ocupaba su hermano Herodes Antipas y le dijo:

—¿Cuántos años tiene la princesa Salomé?

Herodes Antipas le respondió:

—Cuarenta menos que tú.

—Me casaré con ella —dijo Herodes Filipo.

—Quise avisarte que todavía no ha cumplido trece años —dijo Herodes Antipas.

—Me casaré con ella —dijo Herodes Filipo como si hablara consigo mismo—. Me casaré con ella antes de que maduren las mieses.

—Está bien, te casarás con ella —accedió sonriente Herodes Antipas.

En ese instante percutieron levemente los tamboriles y Salomé se encaminó a pasos leves hacia el triclinio que presidía el Tetrarca.

—Has bailado como ningún ángel del cielo bailó jamás —dijo Herodes Antipas y su ruidosa aclamación fue oída por todos los presentes—.

Pídeme lo que quieras y yo te lo doy. Aunque me pidas la mitad de mi reino, será tuyo.

Salomé tenía trece años y no supo qué responder, estuvo a punto de decir que nada deseaba, que ella no había bailado en espera de recompensa, pero su madre le susurró al oído:

—¡Pide la cabeza de Juan el Bautista!

Salomé tenía trece años y no conocía la existencia del profeta ni adivinaba los motivos que movían a su madre a solicitar la decapitación de aquel oscuro personaje.

—Pídeme la mitad de mi reino y será tuyo —suplicó Herodes Antipas mirando a la madre mientras hablaba a la hija.

—¡Pide la cabeza de Juan el Bautista! —repitió la voz enconada de Herodías.

Entonces dijo Salomé:

—Pido la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja de plata.

Herodes Antipas clavó sus ojos desolados en los convidados, con mayor insistencia en los sacerdotes fariseos que eran los más trastornados por la inaudita demanda de la princesa. Luego dijo:

—No me exijas tal cosa, Salomé. Juan el Bautista es un profeta andrajoso que no hace daño a nadie con sus insultos y diatribas. Yo suelo bajar a visitarlo en la cisterna donde yace, para reconfortarlo y aconsejarlo. Te suplico que en lugar de su muerte me pidas la mitad de mi reino. Te regalaré el más hermoso de los palacios que se elevan a orillas del mar de Galilea, enjorjoraré tu cuerpo con diamantes y perlas, te haré tejer una corona de zafiros y topacios, pasearás por las ciudades de Judea en una carroza de plata y oro tirada por caballos color marfil, te casarás con mi hermano Herodes Filipo que es el discreto y espléndido tetrarca de Iturea y Traconítida, pero no me pidas la cabeza del prisionero. La voz de la madre la acosaba: —¡Pide la cabeza de Juan el Bautista! Salomé decidió liberarse de aquella pugna malsana cuyo sentido no lograba entender. Dijo a Herodes Antipas: —Has empeñado tu palabra, Tetrarca. Reclamo ante doscientos testigos que para cumplir tu promesa me hagas traer la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja de plata.

Herodes Antipas fingió desplomarse en su lecho triclinar, hundida la barba cenicienta entre los pliegues de la túnica. El verdugo, que había presenciado la escena desde una pared lateral, las piernas abiertas como la estatua de un coloso y un sable descomunal empuñado entre ambas manos, se adelantó a recibir la orden que presentía:

—¡Córtale la cabeza al prisionero del foso y tráela en una bandeja de plata!

Tocaron otra vez las cítaras y las flautas, ensombrecidas ahora por una cadencia fúnebre y tensa. Los esclavos sirvieron en ánforas de oro el último vino, que era el más licoroso y espeso, pero las copas se quedaron sobre las mesas, sin ser probadas. Ningún ojo se apartaba de la puerta por donde había desaparecido la figura del verdugo y por donde muy pronto resurgiría.

Resurgió portador de la horrible cabeza cortada. Las largas greñas desbordaban los márgenes de la bandeja de plata y destilaban goterones de sangre sobre las baldosas damasquinadas, coágulos negros se endurecían entre la pelambre de la barba, la boca se retorció en un rictus irreductible de rebelión y aborrecimiento, los ojos no cerrados por nadie seguían mirando con furia impávida de lobo acechante.

El verdugo atravesó la sala y tendió a Salomé el pavoroso presente que había demandado, mas la niña le dio la espalda y se alejó sollozando por los corredores, y no se detuvo sino cuando llegó a su aposento y se arrojó convulsa sobre los almohadones del lecho.

Al poco tiempo entró de puntillas Herodes Filipo, tetrarca de Iturea y Traconítida, y Salomé comprendió enseguida que venía a violarla. No opuso resistencia porque se sentía extenuada por los revuelos de la danza y paralizada por la visión de la cabeza sin cuerpo. Y existía otra razón no menos determinante: su padrastro Herodes Antipas le había anunciado su casamiento próximo con aquel sujeto lascivo que jadeaba penosamente al desnudarla.

Herodes Filipo la violó una sola vez porque carecía de fuerzas para intentarlo la segunda, bien lo sabía. Se marchó de puntillas, tal como había venido, y dejó a Salomé con su asombro de adolescente en el pensamiento y un rastro de sangre entre los muslos, sangre ésta mucho más clara que la que goteó de las venas truncas del profeta. Salomé tenía trece años y la habían sacudido las emociones más violentas de su vida en aquella noche inacabable. Me casaré con el tetrarca Herodes Filipo, que es mi tío por ser hermano de mi padre Herodes Boethos, y es también mi tío abuelo por ser tío de mi madre Herodías, yo misma soy nieta de Herodes el Grande por la línea de mi padre, y biznieta por la línea de mi madre pues ella es nieta del propio Herodes el Grande y de la asmonea Mariamme, mi padre Herodes Boethos es a su vez hijo de Herodes el Grande y de Miriam que era hija del sumo sacerdote Simeón ben Boethos, en cuanto a Herodes Filipo (el que acaba de deshonorarme y se dispone a ser mi esposo) es hijo de Herodes el Grande y de una judía de Jerusalén llamada Cleopatra, y por último mi padrastro Herodes Antipas es hijo de Herodes el Grande y la samaritana Malthace. ¿Que parentesco consigo mismos uniré a los hijos que tendrá en mi vientre Herodes Filipo? ¿Resultaré yo cuñada de mi padre, tía de mi madre, sobrina nieta de mi esposo y biznieta de mi abuelo? Mientras su pensamiento pateaba en aquella tela de araña, Salomé se quedó dormida.

Herodes Antipas, solo y sombrío, cavilaba en la gran sala del palacio. Los comensales se habían despedido uno por uno, conturbados todos, incluso Lucio Vitelio que estaba habituado a ver morir gladiadores acuchillados en los circos de Roma. Después se esfumaron los músicos, el verdugo, los eunucos, los esclavos, los guardias. La última en dejar al Tetrarca fue Herodías, no deseaba hacerlo pero no pudo soportar por más tiempo los ojos muertos del Bautista fijos en ella. Los servidores apagaron las luces, quedaron apenas temblando en la estancia los copetes amarillos de cuatro cirios. El perfil del profeta destacaba en la penumbra como la testa decapitada de un caballo negro. Entonces Herodes Antipas escuchó la voz de sus labios yertos, los aullidos de su garganta desgarrada, las execraciones que la muerte no lograba acallar:

Tus sesos son estiércol de camello, hervidero de linfa putrefacta en cuyo seno pululan moscas de asqueroso verdor. Tus manos edificaron los torreones de un dominio ilusorio, cimentado sobre arenas de traición y engaño, guarnecido con maderas de adulación y vileza, sostenido por columnas de rapiña y crueldad, batido con argamasa de lágrimas y sangre, usando el sufrimiento de nuestro pueblo como cantera inagotable.

Le arrebataste a tu hermano su mujer legítima para saciar en ella tus apetitos de cerdo fornicador, tu salacidad de bestia sin ternura. Corrompiste a los débiles con añagazas y sobornos, aterristaste a los cobardes con amenazas y torturas, arrendaste la adhesión de los avaros y los orgasmos fingidos de las prostitutas, rendiste culto hipócrita al templo del Señor sin tener la menor fe en su santidad, porque eres pérfido desde

el vientre de tu madre, y por más que lavarás tu corazón con lejía y lo remojarás en esencias, jamás lograrías desteñir sus máculas ni aminorar su hedor.

Para darme muerte criminal empuñaste como alfanje los pies desnudos de una niña, te comprometiste en un juramento público destinado a confundir a quienes no deseaban otra cosa sino ser confundidos, exhibiste a tu esposa como maquinadora de una decapitación, mi decapitación, que tú mismo le habías metido en el alma. Hombres justos caerán mañana en tu añagaza de arrojar mi sangre sobre las cabezas de Salomé y Herodías, pero nunca alcanzarás a engañar al Hijo del hombre; él denunciará tus falsedades de sucia raposa y escupirá sobre tu majestad de Tetrarca su desprecio de carpintero.

Escucha la profecía que me llega de la parte del Señor:

Tú, hijo del primer Herodes, tetrarca de Galilea y Perea, escúchame. El rey de los nabateos no olvidará jamás que repudiaste a su hija sin haber encontrado en ella nada vergonzoso, el rey de los nabateos cumplirá su juramento de vengar la afrenta, sus arietes derrumbarán los muros de tu fortaleza, la polvareda de sus caballos envolverá tus ciudades como un sudario, y en ese mismo tiempo morirá el emperador romano que hoy te ampara y te favorece, y le sucederá otro que prestará oído gustoso a las querellas de tus enemigos, y huirás desterrado de estos montes y llanuras que hoy señoreas, y tus siervos y concubinas negarán el haberte conocido, y atravesarás eriales contaminados por el odio de los ofendidos, y un sólo Herodías compartirá tu desventura, y su presencia de cómplice no te permitirá echar lejos de ti las calles empedradas con cadáveres ensangrentados que quisieras olvidar, y la lepra cubrirá tu cuerpo con su estigma candente, y aullarás de dolor como una parturienta, y los perros famélicos lamerán tus llagas, y únicamente Herodías ya casi loca velará a tu lado en la noche sin llantos de tu agonía.

Oráculo del Señor.

Mi garganta cortada hablará de nuevo para dar testimonio de tus crímenes ante la justicia de Dios. Mis manos revividas restallarán el látigo para hacerte caer de rodillas al pie de los implacables ángeles del castigo, mis brazos resucitados te precipitarán al fuego de la gehena. Y cuando de tu orgullo no resten sino piltrafas de carroña, cuando tu nombre sea apenas un envilecido símbolo de iniquidad, Juan el Bautista será glorificado por los ancianos y los niños del futuro que cantarán los versos de mi padre Zacarías al son de los laudes y me llamarán profeta del Altísimo, porque vine delante del Señor a preparar sus caminos.

Oráculo del Señor.

TRAS SEPARARSE de Juan el Bautista, no permite Jesús que al desierto lo acompañen sus tres seguidores. Los cita en Galilea, Tomás el marinero conoce aquellos parajes como las uñas de sus manos, Andrés y Juan son pescadores mil veces empapados en las aguas del lago, Jesús les promete encontrarlos de nuevo en la sinagoga de Cafarnaún en vísperas de la siembra del trigo. Les revela que, después del bautismo, el Espíritu lo induce a meditar en la aridez del yermo antes de consagrarse por entero a acatar los designios del Padre.

Se aparta del camino que lleva a Jerusalén y toma una pedregosa cañada en ascenso cuyo destino es la mole pardusca y desnuda de un cerro. Para alcanzar el tope es preciso salvar ortigales que rasgan el manto y arañan la piel, tropezar peñascos que hacen tambalear los pasos, improvisar trochas en la maleza tupida. Culebras tortuosas se yerguen en sus lechos de espinos para atisbar al intruso que turba su sueño, arañas enormes se columpian en las ramas de arbustos menguados, carnadas de escorpiones se arrastran en movedizas manchas negras, águilas voraces vuelan a poca altura oteando la menor señal de vida que palpita entre las hierbas muertas.

Jesús llega a la cumbre y escruta los horizontes que la circundan. Hacia el norte las espesuras de Samaria impiden avistar los azules de lago de Genezaret, mas no logran ocultar del todo la testa blanca del monte Hermón que domeña las distancias. Hacia el sur se aleja el surco melancólico del Jordán en fuga. En el poniente está sembrada Jerusalén, y desde aquí se divisan sus murallas, o él cree divisarlas.

Graznidos de aves de rapiña, aullidos de hienas y chacales, ululatos de vientos heridos, son las únicas voces del universo.

Jesús ayuna cuarenta noches y cuarenta días, no acogido a la frescura de los enebros ni servido por ángeles reconfortantes como Elías, sino asumiendo íntegramente sus privaciones. Tan sólo prueba el agua malsana que las últimas lluvias dejaron olvidada en las hendiduras del barranco. Los veinte primeros días se consumen en una procesión de horas sosegadas por la meditación y la plegaria, Jesús escudriña en las sombras el misterio de su propia sustancia, Jesús repite los salmos que su padre José le enseñó: "Señor, aquí está mi corazón como incienso en tu presencia, mis manos levantadas como ofrenda de la tarde", "Sálvanos, Señor, que se acaba la lealtad, que desaparece la sinceridad entre los hombres", Jesús medita asistido por el recuerdo de los libros de Isaías en cuyos folios la profecía mesiánica refulge como un diamante: "Saldrá un renuevo del tronco de Jesé y un vástago brotará de sus raíces, y sobre él reposará el espíritu del Señor". "Habitará el lobo con el cordero, y la pantera se tenderá al lado del cabrito, y el novillo y el león andarán juntos por los campos, y un pequeño niño les servirá de pastor." "Estará llena la tierra del conocimiento del Señor, tal como las aguas colman el mar."

Los últimos veinte días son los más tardos y turbados, sus fuerzas se han ido extenuando como las aguas de las acequias en verano, el apremio vital de alimentarse se ha hecho más lacerante, el sueño y la vigilia comienzan a confundirse en una ambigua sensación, se borran los linderos entre el estar dormido y el estar despierto, ahora afluyen a su mente como un rumor de lágrimas los versos de

Jeremías: "De pura sed, a las criaturas se les pega la lengua al paladar; los niños piden pan y nadie se lo da".

En este trance se aparece Satanás, no entidad corporal escapada de las tinieblas, sí nube color cobrizo y con olor a cobre, sopro cristalizado en los bosques interiores del penitente, principio sin contornos humanos pero provisto de palabras y argumentos. Jesús percibe su presencia y entiende que debe enfrentarse a la circunstancia de ser tentado.

Tentados fueron Adán y Moisés, y el pueblo de Israel como nación muchas veces fue tentado. La tentación es un riesgo inseparable de la existencia racional, y si él aspira a vivir con y como los hombres, es forzoso que se someta a la prueba.

El tentador dice:

—Si eres Hijo de Dios ordena que esas piedras se conviertan en pan.

Jesús le responde:

—Si se estrellaron ayer tus artimañas, derrotadas por la piadosa resignación de Job, ¿con qué fuerzas pretendes hacerme caer a mí en pecado? Por obra de maleficios tuyos le fue arrebatado a Job todo su ganado, un rayo le consumió sus ovejas y sus pastores, tres bandas de caldeos se llevaron sus camellos y apuñalaron a los mozos que los cuidaban, un huracán frenético mató a sus siete hijos y a sus tres hijas, su cuerpo entero se cubrió de llagas malignas, se le pegaron los huesos a la piel, sus hermanos y sus amigos lo abandonaron, su hedor repugnaba a su propia esposa, y sin embargo no lograste que Job dejara de ser justo ni que pecara con sus labios. ¿Crees que es más débil mi voluntad que la de Job? ¿Me supones acaso menos obediente y muy peor súbdito del Señor que Job? ¿O has venido ya resignado al suceso inevitable de tu vencimiento? Jamás convertiré esas piedras en pan, ni esos charcos en tinajas de vino, ni esas breñas en los exquisitos manjares que le eran servidos al rey Salomón. Porque está escrito: "No sólo de pan vive el hombre sino también de todo lo que Dios diga por su boca".

Pregunta Satanás:

—¿Quieres decir que el pan es prescindible, que el alimento exclusivo del hombre es el del espíritu, que la palabra de Dios basta para saciar el hambre de los necesitados?

Responde Jesús:

—Tampoco sólo de espíritu vive el hombre. Vive también de pan. No faltará quien le insinúe al hombre que viva sólo de pan, para esconderle la misión del espíritu. Ni faltará quien le aconseje que viva sólo de espíritu, para negarle su derecho al pan. Ambas propuestas ofenden la justicia del Padre.

Entonces Satanás se echa a volar y se lleva a Jesús consigo, aunque la carne durmiente del Nazareno queda tendida en el polvo. Dos recuas de pequeños diablos, ensogados como traillas de lobos negros, arrastran por los aires la carroza inmaterial que conduce a Satanás y a Jesús. En un breve instante cruzan los cielos de Judea y se hallan subidos al pináculo del templo de Jerusalén, asomados a las balaustradas del pórtico real. La mirada de Jesús desciende rasando los muros de mármol blanco y los vientres de las columnas corintias, se detiene en el atrio donde los sacerdotes y el pueblo se juntan sin mezclarse, y sigue despeñándose hasta las profundidades donde se agrieta el cauce seco del Cedrón.

Al volver el rostro observa que Satanás ha dejado de ser una forma abstracta para transfigurarse en un imponente sacerdote. Lleva puesto un largo vestido de seda blanca, un calzón transparente escarchado en oro y plata, un cinturón de pedrerías, un turbante que remata en plumas de pavón. En un dedo de su mano diestra, que señala hacia el abismo, fulge un rubí.

El tentador dice:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "A mis ángeles he dado órdenes para que cuiden de ti", "Te llevarán en volandas para que tu pie no tropiece con las piedras".

Responde Jesús:

—Primero me pediste que hiciera un milagro para calmar mi hambre y ahora me pides una señal para cautivar el asombro de la muchedumbre. En verdad te digo que hacer prodigios en beneficio de sí mismo es una acción tramposa que convierte en cizaña la semilla del milagro. Se puede mudar la piedra en pan para dar de comer al hambriento, pero nadie se librerá por milagro de su propia hambre. Se puede curar a los enfermos y mitigar los dolores de los que sufren, pero nadie escapará por milagro de su propia agonía ni de su propia muerte. El

poder de Dios no es un embrujo a merced del egoísmo y las ambiciones. Arrojarlo del pináculo del templo para ser salvado en la garganta del abismo por los ángeles del Señor, y causar el deslumbramiento de la gente, no sería signo de divinidad sino ostentoso sortilegio de mago.

Jesús lo mira con desdén y añade:

—No siempre el que se desploma de lo alto es socorrido a medio camino por los ángeles, y tú lo sabes mejor que ninguno. Porque está escrito: "No tentarás al Señor tu Dios".

De nuevo lo traslada Satanás en su carro fabuloso; otra vez huellan los rastros de las estrellas; traspasan nubes encintas de aguaceros y relámpagos; ven nacer y morir amaneceres de nácar, mediodías de esmalte y noches de obsidiana; vislumbran estepas condenadas a blancura perpetua, mares consternados por la sangre de los corales y las mortajas de la espuma, arenales signados por los esqueletos de los beduinos muertos de sea, castillos inexplicables edificados en la despoblada oscuridad de las selvas; y llegan al cabo a una montaña altísima desde cuya cúspide se abarca el esplendor de todos los reinos del mundo.

Satanás se ha metamorfoseado de pronto en un rey próspero y poderoso, con barbas de príncipe asirio que le caen sobre el pecho en ondas ensortijadas. Viste una túnica talar de seda fastuosa, colorida por un añil intenso, que le baja en pliegues desde el cuello hasta los pies y sólo permite ver la punta de sus zapatillas áureas. Una faja de delicado lino torzal le ciñe la cintura. Sobre la túnica se extiende un manto de brocado en el que los hilos de oro tejieron arabescos de capullos y palmas sobre la superficie blanca del raso. Su mano derecha empuña un cetro de plata pura que remata en la figura de un mono también de plata y exquisitamente labrada. La corona es un discreto cinto de oro pálido tachonado de perlas y zafiros. El monarca hace un gesto pomposo que abarca la inmensidad de los valles y dice:

—Te daré todo ese poder y esa gloria porque me han sido dados a mí y yo los doy a quien yo quiero.

Jesús le interrumpe:

—Eres mentiroso y padre de la mentira, tal como fuiste soberbio y padre de la soberbia en tu principio. Esas comarcas que tu mano señala como tuyas, pertenecen a Dios nuestro Señor, porque está escrito: "Tú solo eres el Dios de todos los reinos del mundo".

Porfía Satanás:

—Todo ese poder y esa gloria serán tuyos, si postrado me rindes homenaje.

Responde Jesús:

—La casa de Israel sucumbió no pocas veces a la tentación de idolatría, es cierto. Aarón, hermano de Moisés, fundió un becerro de oro para que el pueblo lo adorase, es cierto. En épocas más cercanas, la casa de Israel rindió culto a Baal; ofreció perfumes y vertió libaciones a los pies de dioses ajenos, es cierto. Como es también verdad que fue humillado en adoración ante ti, Satanás, el enemigo del Señor, cuando le has ofrecido talegas de dinero para saciar su codicia y hogueras de violencia para ejecutar sus venganzas. Mas yo resistiré a todas las tentaciones que han hecho claudicar a la casa de Israel, porque mi reino no es de este mundo donde prevalecen el despotismo y la envidia, sino de un mundo que se regirá por la igualdad y el amor.

Y Jesús concluye bruscamente su coloquio con el tentador de esta manera: —¡Retrocede y vete, Satanás!

Entonces el demonio comienza a desaparecer, a reintegrarse a su condición de nube color cobrizo y con olor a cobre. Su voz de derrotado dice entre dientes: "Volveremos a vernos en el tiempo oportuno", "Volveremos a vernos en el tiempo", "Volveremos a vernos", "Volveremos", hasta que se derrite su acento como un trozo de esperma bajo el fuego.

En ese instante descienden de las nubes siete ángeles. Seis de ellos tienen el pelo dorado y los ojos azules, no así el séptimo cuya cabellera es un relámpago de absoluta negrura. Las túnicas, ablusadas en redondeces de bulbos sobre la cintura, son tan largas que en los giros del vuelo les tapan los pies y se prolongan en el aire como volutas (una azul, otra amarilla, otra rosada, otra púrpura, otra oliva, otra sepia, otra armiño) que la brisa enrosca. De las espaldas les brotan alas bicolors que despuntan blanquísimas en las pelusas iniciales y se tornan glaucas en los bordes. Guiraldas de jacintos les ciñen las cabezas y un hálito de nardos les perfuma la estela.

Los dos primeros insuflan cornos y trompas que se curvan en espirales de oro; los dos segundos pulsan un cordaje de cítaras y salterios labrados en palo de rosa; los dos terceros entonan sus flautas en vibraciones de ébano y marfil; el séptimo ángel canta una impoluta monodia bajo el leve acompañamiento de su rabab:

"Ensalzamos al hambriento que rechazó en el desierto la tentación del vino, del pan y de la carne. Alabamos al piadoso que rechazó en el pináculo del templo la tentación de la magia y del hechizo. Bendecimos al humilde que rechazó la cima de la montaña la tentación del mando y del dominio. Salmodiamos para el Hijo del hombre que venció a Satanás y lo sumió en sus tinieblas rechinando despecho".

Los siete ángeles se llevan a Jesús en vuelo victorioso hasta la loma desierta donde ayuna y medita.

Donde sueña.

Tras haber sido bautizado por Juan en un vado del Jordán, y tras haber vencido en el desierto a Satanás y sus tentaciones, Jesús destina el fin de la primavera y el comienzo del verano a sembrar su semilla en tierras de Galilea. Acampa con preferencia bajo los tejados de las aldeas diseminadas en la cuenca del lago de Genezaret. El lago es un horizonte de agua que tiene forma de corazón de hombre y es llamado mar de Galilea porque está habitado por infinidad de peces distintos y lo sacuden furiosas tempestades como a los mares verdaderos de Grecia y la India. Jesús hace largas jornadas a pie, o a lomo de borrico cuando un hortelano caritativo le presta el suyo, y de esta manera viajó una vez desde Nain hasta Jerusalén, siguiendo el curso descendente del Jordán y deteniéndose una semana en Jericó, donde las rosas rojas y las anémonas escarlata salpican los campos con arabescos de sangre, pero retorna siempre a Cafarnaún, y busca el albergue de la casa de piedra donde viven sus discípulos Simón y Andrés, y en ella encuentra a todas horas un aposento presto a recibirlo, con su aguamanil de barro cocido coloreado de azules, su jergón cubierto por una colcha de pieles de cabra, y una ventana abierta de par en par que da Paso al olor musgoso del lago, al alumbramiento de la madrugada y a las moscas del saladero.

Jesús esquiva en sus correrías el encuentro con los muros de Tiberíades. El tetrarca Herodes Antipas edificó esa ciudad hace diez años sobre la gleba de un cementerio (en rendimiento de lisonja al emperador Tiberio) sin parar mientes en la afrenta que infligía a los huesos de los viejos judíos allí enterrados. Jesús elude a Tiberíades para detenerse en Magdala, la de las casas en forma de cubos, como dados lanzados al mundo por la diestra vigorosa del arcángel Miguel; o en Betsaida, la de las barracas blancas como gaviotas de calicanto; o cruza palmo a palmo la llanura de Genezaret, en cuyas sementeras el trigo crece hasta la altura de su sembrador y madura sus oros a lo largo de toda una legua.

A los comienzos, Jesús anda acompañado apenas por sus primeros discípulos, explicando su pensamiento y sanando enfermos, mas su fama se va extendiendo por la comarca como el agua que brincando por encima de los collados baja en riachuelos desde las altas sierras del monte Hermón. La voz de la gente divulga:

—Ha aparecido un profeta en Galilea que hace milagros y no permite que se hable de ellos, él predica el culto a la vida y no el pánico a la muerte, él no se pliega a repetir como un eco los versículos de la Torá ni a glosarlos con engreimiento salomónico, él los interpreta al candil de la misericordia y el amor, él proclama que ha llegado el reino de Dios para los parias del mundo, él hace andar a los paralíticos y devuelve la razón a los dementes, él se llama Jesús de Nazaret.

Los enfermos, los creyentes y los fisgones recorren caminos y matorrales rastreando las huellas del Nazareno. Se adelantan a rodearlo los pescadores y jornaleros de Galilea, pero de seguida llegan caravanas de la fronteriza Decápolis, de Betania de Transjordania y Gadara de Perea, de Arimatea y otros poblados de Judea, de ciudades fenicias como Tiro y Sidón, incluso de los puertos que en la lejana Idumea se asoman al ángulo sur del mar Muerto. De las colinas de Jerusalén bajan a verlo, no sólo los espías enviados por el sumo sacerdote, José Caifás, sino también gente menesterosa y doliente que en este caso no ha acatado las prohibiciones del Sanedrín. De todos los sucuchos de Palestina acuden los infelices. Algunos que no pueden andar son traídos en angarillas por sus parientes, otros renquean sin ayuda por entre olivares y naranjales, un ciego ha venido dando tumbos y suplicando lazarillos desde más allá de Galaad.

La muchedumbre rebosa las sinagogas para escuchar sus palabras, se postra a sus pies y besa los bordes de su manto en demanda de curaciones, le interrumpen su tiempo de comer, su tiempo de dormir, su tiempo de pensar. Con frecuencia busca refugio en la barca del viejo Zebedeo, anclada a pocas varas de la orilla, para librarse del enjambre salmodiante que lo acosa sin tregua.

Entre aquella grey que lo acompaña escogerá un puñado de discípulos, él los llamará apóstoles y serán los emisarios de su mensaje. Una noche sin luna y sin estrellas, Jesús se retira a la montaña llamada de los Cuernos de Hattin, y sumergido en sus tinieblas decide quiénes serán sus apóstoles y qué misión les encomendara. Serán doce en número como las tribus de Israel, mas no engastados en la jactancia de raza que confieren a ese guarismo los escribas, sino exaltados por un valor universal del símbolo, ya que para Jesús el pueblo elegido no son taxativamente la tierra de Israel y sus tribus sino la humanidad sin límites. Sus apóstoles no serán ajustados engranajes de una rosa metálica concentrada en sí misma sino pétalos vivientes de una flor que el viento deshojará sobre los oprimidos. Sus apóstoles serán pobres de escarcela, simples de mente y sencillos de corazón, nunca poseedores de riqueza ni doctores de la Ley. Él les exigirá que, para consagrarse a divulgar su credo de salvación, le den la espalda a todo: a sus oficios, a sus casas, a sus padres, a sus hijos, a sus muertos. El les ordenará que no teman a los que matan el cuerpo" puesto que el alma no la pueden matar. Él le pedirá a cada uno que tome su cruz, sin otro premio que el goce de compartir el sufrimiento de los desdichados.

Más de quinientos hombres se apiñan en el abra de la montaña donde Jesús les ha dado cita. El sol de la quinta hora aviva los amarillos y los verdes de las túnicas, y reverbera como un nido de ascuas sobre los terrones rojos de los barrancos. Jesús los justiprecia a todos con ojos pensativos, y luego pronuncia dos nombres:

—Simón y Andrés.

Puede decirse que Andrés es el primero entre los discípulos de Jesús, el primero el tiempo, ya que estuvo presente en el vado de Betania, cuando Juan el Bautista señaló al Nazareno y dijo: "He aquí el cordero de Dios". Andrés corrió entonces en busca de su hermano Simón para anunciarle que había hallado al Mesías, "ven conmigo a la casa donde se aloja", le dijo, y fueron juntos. Jesús, al no más divisar a Simón, le cambió el nombre por el de Pedro, que significa piedra, adivinando la firmeza de sus convicciones, o presintiendo la dureza roqueña de su terquedad, o vislumbrando una base de basalto para fundar sobre ella su iglesia. Desde aquel encuentro son ellos los amigos más íntimos de Jesús, y andan a su lado cuando las faenas de pesca se lo permiten y lo hospedan en su hogar cuando el Maestro se detiene en Cafarnaún. Andrés es leal a su nombre griego que quiere decir fuerza viril; navega por entre las borrascas azarosas del lago sin alterar la impavidez que heredó de Jonás, su padre; prefiere los silencios pensadores a las palabras vagas; es virgen porque no se ha tropezado en su camino con una mujer definitiva. En cuanto a Simón, que desde ahora y para siempre ha de llamarse Pedro, conoce todas las mañas y habilidades del arte pesquero; lee sin equivocaciones los presagios de las nubes e interpreta con claridad los altibajos de la marea; sabe como ninguno sajar y salar los peces recién pescados y remendar las velas cuando un arañazo de brisa las rasga; y en virtud de sus conocimientos se maravilla más que ninguno al divisar la silueta de Jesús caminando sobre las aguas, al entrever sus manos apaciguando las tempestades, al escuchar su voz anunciando la cercanía de fastuosos cardúmenes la misma mañana en que los más curtidos pescadores no lograron atrapar ni una sardina. Impulsivo e independiente, Pedro será el único entre los apóstoles que se atreverá a disentir de las opiniones del Maestro (lo hará en diversas circunstancias y, la verdad sea dicha, en todas ellas será derrotado por la sabiduría de Jesús). En este trance de nombrar sus apóstoles, Jesús le pide a Andrés que renuncie a sus pájaros y a su huerto siempre frutecido, a Pedro que deje a su esposa y a sus hijos, a ambos que abandonen la barca y las redes que les dan el sustento. El Hijo del hombre sabe que no vacilarán.

Dice Jesús:

—Santiago y Juan.

Santiago y Juan, hijos de Zebedeo y Salomé, son pescadores desde su infancia, lugareños sin letras, exactamente igual que Pedro y

Andrés, aunque menos pobres que ellos, pues Zebedeo es dueño de una hermosa barca y de una red barredera que arrastra todos los peces. Santiago se siente bien avenido a su rudeza de arrecife, no así Juan que tiene diecisiete años y lo desvela la sed de inventar cosas nuevas: su imaginación de adolescente transforma los esbozos móviles de las nubes en los siete ángeles y las siete trompetas del Apocalipsis. Tanto Santiago como Juan son precipitados de naturaleza, no pocas veces Jesús tratará de calmar sus arrebatos, los llamará con sarcasmo "hijos del trueno" cuando pidan al cielo un escarmiento de fuego devastador para las aldeas de Samaría que se negarán a recibirlos, "el Hijo del hombre y sus apóstoles no andan por el mundo castigando almas sino perdonándolas", les dirá Jesús. Los hijos de Zebedeo y Salomé son ambiciosos, mas no ambiciosos de bienes materiales sino de disfrutar la gloria a la diestra del Señor, codiciantes del amor de Cristo. Cuando Juan relate esta historia en sus maravillosos escritos, se presentará a sí mismo como "el discípulo a quien Jesús amaba", olvidando que si por acaso existió un discípulo predilecto de Jesús, éste no pudo ser otro sino Pedro. Lo significativo es que los cuatro primeros apóstoles, Pedro y Andrés, Santiago y Juan, son sencillos pescadores de peces que desde la medianoche hasta el amanecer cultivan la soledad y apacientan la paciencia, mas Jesús les ha prometido convertirlos en pescadores de hombres: en sus nasas caerán las almas rebrillando de alegría.

Dice Jesús:

—Felipe y Bartolomé.

Felipe y Bartolomé no son hermanos entre sí, aunque sí amigos que andan siempre juntos por aldeas y caminos. Felipe es un galileo discreto y humilde, no se preocupa por lo que le excede, estima su propia persona en pequeño valor a pesar de que entiende lenguas extranjeras y sirve de intérprete a los mercaderes de Damasco y Macedonia que pasan por Cafarnaún. Felipe se detuvo una tarde a escuchar al Rabi de quien le habían hablado Simón y Andrés. Jesús percibió en sus ojos un deslumbramiento y le dijo: "Sígueme". Felipe le respondió: "Tengo un amigo cananeo llamado Natanael, su inteligencia es mucho más versada que la mía, recuerda de memoria frases enteras de los Libros Sagrados, en este momento está durmiendo la siesta a la sombra de un árbol, voy a llamarlo". Cuando Felipe volvió con Natanael, Jesús saludó a este último del siguiente modo: "He aquí a un verdadero israelita, creyente en el Señor y enemigo de engaños y fingimientos". Natanael preguntó sobresaltado: "¿Dónde me has conocido?". Y Jesús le respondió: "Antes de que Felipe te fuera a llamar, cuando aún estabas tendido al pie de la higuera, yo te veía, Bar Tolomai". Natanael, sobrecogido por el poder de aquel Rabi que adivinaba los pensamientos y se enteraba de los sucesos que ocurrían a la distancia, dijo: "¡Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel!" Entonces Jesús le dijo: "Por tu sesgo de mirar comprendí al verte que eras de índole recelosa y que no creías en la realidad de mis signos. Ahora, porque te he dicho lo que toda la gente sabe, que te tiendes cada día al pie de la higuera, que tu padre se llama Tolomai, crees en mí. En verdad te digo que no has visto nada y que veras en el futuro cosas maravillosas. Verás el cielo abierto como un portal inmenso y a los mensajeros de Dios subiendo y bajando por una escala luminosa". Desde aquella tarde, Felipe y Natanael siguen a Jesús por dondequiera. Felipe no esconde más sus aptitudes, se encarga de recibir y alojar a los que vienen a visitar a Jesús desde remotas regiones. Natanael, o Bartolomai, o Bartolomé, ya no murmura como antaño que nada bueno puede salir de Nazaret, pregona en cambio por alquerías y villorrios que de Nazaret ha salido el salvador del mundo.

Dice Jesús:

—Mateo.

Mateo era un recaudador de impuestos antes de acudir al llamado del Rabi. Además del arameo materno habla el griego que es el idioma de la filosofía y de los negocios. Se llama Leví, pero Jesús, a quien le complace mudar los nombres para elevar a los humillados, lo ha denominado Mateo, que significa don de Dios. En sus mocedades Leví quiso ser instructor de una escuela, enseñar a los niños el texto de la Ley, el lenguaje de los números, el pasado del pueblo israelita, mas le falló la voluntad a medio trecho de su buen propósito, se decidió a hacer dinero en el comercio de aceite, y concluyó arrendando el cobro de los impuestos en Cafarnaún, es decir, investido con funciones de publicano. Los publicanos son sanguijuelas al servicio del Tetrarca y de Roma, y el pueblo se desquita de sus acosos mencionando la temida profesión como pareja de las más indignas: "publicanos y ladrones" dice, "publicanos y prostitutas" dice, o la rebaja al rango ínfimo de los apartados de Dios: "publicanos e impíos" dice, "publicanos y paganos", dice. Leví se acodaba cabizbajo a su mostrador, desatendía el cruce de las caravanas que bajaban de Siria, desoía la algarada de los barcos que descargaban mercancías, para atisbar el paso cotidiano de Jesús. Leví no se aventuraba a dirigir al Maestro su palabra de publicano abominado, se limitaba a suplicarle con los ojos que lo librara de la repulsa pública. Hasta que un día se apiadó Jesús y le dijo: "Sígueme", y Leví entendió el sentido despojador del emplazamiento, y dejó en desamparo el mesón que había arrendado, y arrojó al lago las listas de los contribuyentes, y se marchó detrás del Nazareno, y al siguiente día lo convidó a comer en su casa, y Jesús acudió a la cena porque era preciso demostrar una vez más que él no hacía distinciones entre los hombres. A la puerta el banquete, los fariseos hicieron a los discípulos de Jesús una pregunta que era una inculpación: "¿Por qué vuestro maestro come con los publicanos y los pecadores?" Y el propio Jesús se levantó de su asiento a responderles: "No necesitan médico los sanos sino los enfermos. Yo no he venido a redimir a los justos sino a los pecadores. El pecado es tan sólo una enfermedad del alma, ¿no lo sabéis?" Desde aquella noche Leví, que ahora se llama Mateo, camina tras la túnica blanca de Jesús, y escribe los hechos y los dichos del Maestro en las tablillas de madera que antes le sirvieron para anotar las deudas de los tributarios, y ni una sola palabra del Hijo del hombre deja de ser copiada por sus manos. Leer su testimonio será como mirar la vida de Jesús reflejada en las aguas de un pozo tan claro como profundo.

Dice Jesús:

—Tomás.

Tomás o Teoma es el marinero de la barba bermeja y cuadrada, así llamado por haber nacido hermano mellizo de otro Tomás. Antes de cumplir veinte años, Tomás se alistó como gaviero en una nave fenicia que cruzaba los mares cargada de lienzos teñidos de púrpura y los vendía en Atenas o en Alejandría. Más tarde atravesó el mar Rojo en otro barco abarrotado de géneros que, capeando temporales y cabeceando calmas, lo llevó hasta Ceilán y la China. Pero volvió finalmente al lago de Galilea y trajinó aquí como tripulante de un velero con mascarón pagano tallado en el tablón del tajamar, hasta que su rebeldía y su esperanza lo condujeron a recibir el agua del Bautista. Tomás pone en tela de juicio las opiniones ajenas, indaga con porfía las razones de aquello que no comprende, no quedan satisfechas sus preguntas sino cuando es Jesús y no otro quien las ha respondido, sabe desde el principio que Jesús es el Mesías pero nunca habla de eso con nadie.

Dice Jesús:

—Santiago y Tadeo.

Santiago y Tadeo son parientes cercanos del Nazareno, hijos de Alfeo y María Cleofas, hermana esta última de María, la madre de Jesús. De la mente de Jesús no se ha borrado la mala acogida que le dieron en Nazaret, cuando intentó volver como el Hijo de Dios tras haberse marchado como el hijo del carpintero. Entró en la sinagoga un sábado, una hora antes de comenzar el servicio, y ya una muchedumbre atraída por la nombradía de sus milagros colmaba la sala. Pasadas las bendiciones y las plegarias, Jesús pidió licencia para leer desde la tribuna un pasaje profético de Isaías: "El Espíritu del Señor me ha ungido para dar la buena nueva a los pobres, para devolver la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos", y pasmó a todos con el esplendor de sus exégesis. Mas cuando añadió que él no había venido a Nazaret para hacer los milagros que había hecho en otros lugares de Palestina, y evocó un viejo proverbio: "nadie es profeta en su patria", la fascinación cambióse en resentimiento y la devoción en clamores de malquerencia, y se lo llevaron a rastras de la sinagoga con intenciones de

despeñarlo desde la cumbre de un cerro, y si no lo hicieron fue porque la majestad del Rabí se impuso a la algarabía. Ni siquiera los hermanos del Nazareno (llamados Santiago, José, Judas y Simón), ni tampoco sus dos hermanas, casadas con laboriosos vecinos, dieron crédito a sus palabras, optaron más bien por sumarse a quienes decían que Jesús andaba fuera de sí, a quienes decían que era conveniente encerrarlo en una casa de locos. Incluso María, la madre de Jesús, ella hablando consigo misma decía: "los profetas que han denunciado las extorsiones de los ricos y las complicidades del Sanedrín, los justos que han encabezado las lamentaciones de los ofendidos, todos han muerto flagelados o degollados o crucificados; prefiero no escuchar la palabra de mi hijo, no quiero verlo azotado por los soldados ni agonizando en una cruz", y acompañó a los demás en su negación. Jesús dijo entonces adolorido: "¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? Cualquiera que acate la voluntad de Dios, este es mi hermano, y mi hermana y mi madre". Hubo, sin embargo, dos discrepantes en la familia: Santiago y Tadeo, hijos de María Cleofas, primos hermanos de Jesús, lejos de plegarse al repudio de sus parientes y paisanos, abandonaron sus sembrados y sus bueyes y se alejaron de Nazaret para seguir los pasos del Maestro. ¿Cómo va a silenciar él sus nombres en este día consagratorio de escoger sus apóstoles?

Dice Jesús:

—Simón.

Simón es uno a quien los otros discípulos llaman Simón el celote, o Simón el Fanático, que viene a ser lo mismo. Simón es un campesino de Corozain, hijo de otro campesino de Corozain que murió en la insurrección de Judas el Galaunita contra la dominación romana. El padre fue quemado vivo por orden de Herodes, y el hijo heredó las ideas por las cuales quemaron al padre. Simón no vino a Jesús cautivado por el halo de sus milagros, menos aún para seguir sus inadmisibles consejos de perdonar a los enemigos. "Este es el Hijo de David y como tal desenvainará la espada, levantará al pueblo de Israel en una guerra que hará pedazos el yugo de los romanos, sumirá a los tetrarcas serviles en el polvo de la muerte", así pensaba Simón el celote. Pero esto fue al comienzo. Más tarde Jesús le inculcó dos principios que enderezaron su camino: "la violencia individual es un gesto que no conduce sino a la muerte infecunda, Simón", "el reino de la liberación que tú ansias es el mismo reino de la misericordia que yo anuncio, Simón". Desde entonces a Simón no le queda de celote sino el apodo que le dan sus compañeros.

(Jesús ha elegido ya once apóstoles, todos galileos de nacimiento y de imagen: cuatro pescadores, dos aldeanos ligados a las faenas de la pesquería, uno que fue recaudador de impuestos, un marinero y tres campesinos. Los ha elegido para que estén junto a él y compartan su misión, para que vayan de emisarios a predicar la buena nueva del reino de Dios, y les ha otorgado el don de hacer milagros y de expulsar a los demonios de los cuerpos enfermos.)

Dice Jesús:

—Judas Iscariote.

EL GORRO de felpa rojo sujeto a la frente por una ancha cinta de seda con hilvanes de plata, la barba blanquísima y sutil como un jirón de cirro, la corva nariz evocadora del perfil de Jacob, los ojos ensimismados en recuerdo de lecturas, la frente cruzada por arrugas de sembradío, Nicodemo ben Gurión es un hebreo irrevocable de la cabeza a los pies. Es él uno de los setenta y un miembros que componen el gran Sanedrín, derecho que le corresponde doblemente, en primer lugar por su condición de vástago de una familia de noble prosapia e incalculable riqueza, y en segundo término por su sabiduría de doctor de la Ley y su fuerza moral que nadie osa poner en duda. Nicodemo es propietario de una mansión espléndida en Jerusalén, no muy distante de los muros del templo, embosquecida por grandes patios interiores y atendida por un enjambre de sirvientes; sin embargo, logra hacerse perdonar del vulgo su heredada opulencia gracias a la caridad que despliega a manos llenas entre los menesterosos, siempre aglomerados a su puerta en requerimiento de socorro. Nicodemo pertenece al partido de los fariseos, lo cual no le ha impedido estudiar el pensamiento de los griegos y admirar su amor a la sabiduría, a pesar del sinsabor que los dioses promiscuos y licenciosos del Olimpo provocan en su corazón austero y monoteísta. Nicodemo ha oído hablar de Jesús, de sus actos sobrenaturales, de sus principios niveladores, de su elocuencia de profeta, y decide ir a verlo, cautivado por los sahumeros de fe en la salvación del hombre que (según le cuentan) emanan de los sermones del Rabí. Nicodemo necesita creer en algo y en alguien que lo desaten de la coyunda de Pirrón, que lo rediman de la ataraxia y el escepticismo. Su emancipador bien puede ser este Jesús de Nazaret de quien tanto se hacen eco los mendigos en los quicios del templo y que tan grande desasosiego causa a sus cofrades del Sanedrín. Viene furtivamente a visitarlo una noche, cruzando callejuelas y barrizales degradantes, y sostiene con él una conversación que se alarga hasta el amanecer y cuyo único testigo es el más joven de los apóstoles de Jesús, un pescador llamado Juan, hijo de otro pescador llamado Zebedeo.

Nicodemo, al exponer sus juicios, desliga sagazmente los hechos del tiempo y del lugar en que sucedieron, y recurre a otras argucias mentales de los sofistas, cuyas ingeniosas negaciones lo deleitan. Jesús no ha tenido conocimiento de la obra de aquellos filósofos pero es tan afilada la agudeza de su penetración en la esencia de los seres humanos, tan lúcida su destreza en el manejo de las frases y los conceptos, que Nicodemo se pregunta si realmente se ha pasado toda la vida cepillando tablas en Galilea o si, por el contrario, ha viajado sin reposo y enriquecido su inteligencia en Benarés, o en Atenas, o en Alejandría.

Nicodemo inicia su diálogo de esta manera:

—Rabí, sabemos que tú eres un maestro venido de la parte de Dios, porque nadie puede realizar esas señales que tú haces, si Dios no está con él.

Jesús le responde:

—En verdad te digo que quien no nace de nuevo no puede disfrutar el reino de Dios.

Nicodemo simula no entender a cuál nacimiento se refiere Jesús, si al del cuerpo, si al del alma, y pregunta:

—¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede alguien entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer?

Jesús le responde:

—En verdad te digo: aquel que no nazca del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del espíritu, espíritu es. El hálito del viento sopla donde quiere, y tú no sabes de dónde viene ni a dónde va; así mismo sucede con el aliento de todo aquel que ha nacido del espíritu.

Esta vez Nicodemo finge asombro y dice:

—¿Cómo puede suceder eso?

Jesús le responde:

—¿Tú eres un maestro de Israel y no lo sabes? En verdad te digo: hablo de lo que sé porque me ha sido dado saberlo, y doy testimonio de lo que han visto mis ojos, y a pesar de eso no aceptáis mi testimonio. Si no creéis cuando os hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hable de las cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino aquel que descendió del cielo, el Hijo del hombre. Y tal como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado en alto el Hijo del hombre para que todos los que crean en él no perezcan sino alcancen la vida eterna.

Nicodemo sabe muy bien que en Palestina no se levanta en alto a los profetas sino cuando se les crucifica. Es un tema terrible que él no desea rozar esta noche. Juan, el hijo de Zebedeo, se ha dormido en el rincón desde donde escuchaba, y ya no podrá escuchar lo que sigue ni relatarlo en sus libros.

Dice Nicodemo:

—Lo indiscutible es que la voluntad de Dios está contigo, tal como esa misma voluntad de Dios era el sopro poderoso que obraba por mano de Moisés y Aarón, de Josué, de Elías y Eliseo, cuando las maravillas de estos guías de Israel asombraron al pueblo.

Jesús le responde:

—En verdad te digo que el Hijo del hombre no hará jamás señales de castigo, ni de retaliación, ni de aniquilamiento. Mi Padre es infinitamente compasivo y los hechos que el Hijo cumple en su nombre son gotas desbordadas de ese manantial de ternura. El Hijo del hombre no hará nunca un gesto para derrumbar muros y aplastar ciudades, ni desatará plagas propagadoras de úlceras y muertes, ni degollará a los falsos profetas, ni despedazará a los niños que se burlan de él, porque el Hijo del hombre no ha venido a quebrantar a los sanos sino a sanar a los enfermos.

Dice Nicodemo:

—Una vez escuché tañer y cantar a un rapsoda de Esmirna. En sus versos clamaba que si una deidad posee entre sus privilegios el poder de castigar a los enemigos de su pueblo, y no lo hace, esta neutralidad la convierte en culpable de cuantos infortunios caigan sobre los suyos.

Jesús le responde:

—Las manifestaciones del Hijo del hombre no son alardes de poderío sino signos de amor. Así como las semillas de venganza hacen nacer zarzales de odio, los granos de amor se convierten en trigales de misericordia.

Dice Nicodemo:

—¿Entonces el auxilio que tus manos ofrecen es un simple signo de amor, y nada más?

Jesús le responde:

—También es un signo de fe. Tan levadura de salvación es la fe como el amor. Cuando un enfermo se acerca a suplicarme que lo sane, y descubro en sus ojos un espejeo de duda, o la curiosidad de quien aguarda una dádiva de hechicería, mis pasos siguen de largo porque sé que no alcanzaré a curarlo. Amparado en la fe puedes decirle a una montaña: "quítate de ahí y tírate al mar", y la montaña lo hará. Desprovisto de fe puedes decirle a una paloma: "pósate en mis manos que están llenas de migajas de pan", y la paloma seguirá su vuelo como si no te hubiera oído. En verdad te digo: la curación del alma lleva consigo la curación del cuerpo.

Dice Nicodemo:

—Has afirmado que sin la presencia del amor y sin la asistencia de la fe no es posible la realización de un milagro, y yo te pregunto sobre una tercera condición: ¿puede estar ausente del milagro la sustancia de Israel, que es el pueblo elegido y la herencia del Señor? Para los antiguos, la acción del milagro era inseparable de la salvaguarda del pueblo predilecto.

Jesús le responde:

—Una noche en Cafarnaún vino a mí un centurión, a pedirme curación para un criado suyo que yacía parálítico, y de tal modo me conmovieron el dolor y la esperanza del capitán, que borré de mi mente sus arreos y su linaje romano, y lo envié de vuelta a su casa, y el criado salió a recibirlo por sus propios pies. Otra vez en Tiro una mujer pagana, siria de Fenicia, me suplicó llorando que echase a un demonio que se había aposentado en el cuerpo de su hija, y era tan evidente la sinceridad de su llanto, y puso tanto empeño en defender su derecho a mi piedad, que regresó a su casa y encontró a su hija libre de todo mal y alegre como un perrito. El pueblo predilecto de mi Padre son los desdichados de todos los países, Nicodemo. Mezquina y soez sería la clemencia del Hijo del hombre si para brindarle su caridad al prójimo le pidiera antes la comprobación de haber sido circuncidado.

Dice Nicodemo:

—¿Crees de cierto que los demonios se adueñan de los seres humanos y construyen su albergue dentro de ellos? Cuando tú le restauras la razón a un loco, o le devuelves la vista a un ciego, o haces caminar a un tullido, ¿consideras realmente que el calor de tus manos y el metal de tu palabra han echado un demonio de su cuerpo? Los escribas de Jerusalén afirman que los demonios sólo reciben órdenes de su jefe Belcebú.

Jesús le responde:

—Habría que preguntarles a los escribas qué busca Belcebú echándose a sí mismo de un territorio que ya ha conquistado. Y en verdad te digo que cuando un enfermo siente que su dolencia es obra ensañada de un demonio que martiriza su carne, eso sucede porque, en el entendimiento del pueblo, el demonio es la figuración de todo mal y de toda desdicha. Satanás hace a los hombres sordos para que no oigan la voz de la justicia, los hace ciegos para que no vean la luz de la verdad, los hace parálíticos para que no anden los caminos de la gracia. ¿No malgastaría mi tiempo, Nicodemo, si lo invirtiera en enfrentarme a una antigua creencia nutrida de abominación a la perversa potencia de Satanás? El Hijo del hombre no ha venido a descubrir la naturaleza recóndita de los sufrimientos, sino a remediarlos en nombre del Padre que está en los cielos.

Dice Nicodemo:

—¿No te colma de júbilo saberte venerado por aquellos a quienes salvan tus curaciones, aclamado como profeta y taumaturgo por una hilera de creyentes que cantan hosannas y se arrodillan a tu paso?

Jesús le responde:

—Los enfermos que he sanado podrían decirte cómo les he suplicado que no entren en las ciudades a dar voces sobre el milagro que los liberó, los testigos de mis acciones de curación podrían decirte cómo les he rogado que no divulguen lo que me han visto hacer, ¡no es culpa mía si unos y otros no quieren darme oídos! Tú mismo, Nicodemo, con toda tu sapiencia de doctor de la Ley, no has venido a mi casa a escuchar las razones que hablo sino atraído por las señales que hago. Mas has de saber que rechazo con dureza a quienes me piden que demuestre ser quien soy por medio de prodigios que legitimen mi persona. Y has de saber que cuando la gente anda en pos de mí en espera de milagros, me escapo a otras provincias a anunciar el reino de Dios, pues para cumplir esa misión estoy en la tierra. Y has de saber, por último, que para mí cada milagro es un trabajo, un desgaste, un sufrimiento. Debo hacer frente a males que son considerados incurables, a deformidades que suscitan el asco de la gente, a la incredulidad de los que se acercan a mí guiados por el deseo de verme fracasar, a los propios enfermos cuya carencia de fe puede llegar a derrotarme, a la risa del demonio que retumba desafiante dentro de mi cabeza. A veces quedo exhausto después del milagro como si hubiese caminado sin parar desde Cafarnaún hasta Gadara, otras me duele el pecho como si me hubiesen herido de lanza en el costado. Porque la fortaleza del Padre no siempre alcanza a liberarme de la debilidad que es inseparable de los huesos humanos.

Dice Nicodemo:

—Si así piensas, ¿por qué haces milagros?

Jesús le responde:

—Ya te he dicho que ellos sirven de alivio a los afligidos, y ayudan a la salvación de los pecadores, y exaltan el nombre de mi Padre, que es más que yo. Por eso los hago. Y ahora te digo que la fe más pura y perdurable es aquella que nace y se mantiene por sí misma, sin revelaciones divinas que la sustenten. Los milagros que he hecho en Corozáin, en Betsaida y en Cafarnaún, no me librarán del menosprecio de esas ciudades a la hora de negarme. Otras naciones, en cambio, creerán en mí sin haberme visto jamás.

Nicodemo se queda en silencio, no tiene más preguntas en la mente. Jesús le dice de pronto:

—Llegarán los tiempos, Nicodemo, en que estos mismos milagros que deslumbran a los hombres de hoy y los convienen en mis seguidores, se vuelvan argumentos esgrimidos con el propósito de arrebatarle ovejas a mi redil. Está escrito que cuando nuestro padre Adán fue arrojado del huerto del Edén, comió hierba del campo y se vistió con pieles de animales. Después transcurrieron los siglos, y el hombre aderezó manjares exquisitos, y se atavió con vestiduras suntuosas, y edificó palacios magnificentes, y aparejó grandes barcos que lo llevaron a las más distantes regiones. ¿Qué cosas increíbles inventará mañana? Calmará las tempestades con sus manos, curará las enfermedades que hoy matan sin remedio alguno, su voz cruzará los espacios como la luz de los relámpagos, alado volará por os aires como los pájaros, ingrátido andaré bajo las aguas como los peces. Para esa época mis milagros logrados por obra de la fe y el espíritu, que tanto maravillan en la era herodiana, lucirán como toscas bondades de un ingenuo profeta, y no faltarán quienes los recuerden para hacer irrisión del reino de la justicia que yo anuncio. Mas en verdad te digo que se estrellarán en su empeño, y que la palabra del Hijo del hombre perdurará por los siglos como la sal del mar.

Se mantiene callado de nuevo Nicodemo y después se despide de Jesús porque comienza a clarear el alba. Uno de los apóstoles, Simón el celote, se ofrece voluntario para acompañarlo a su casa. Como todos los discípulos de Jesús, Simón el celote se deleita hablando de los milagros del Maestro, no de su doctrina que unas veces ellos comprenden a medias y otras se les escapa del todo. Por el camino, Simón el celote le refiere a Nicodemo el episodio de la multiplicación de los panes y los peces. El doctor de la Ley desconocía esta versión que Simón el celote le da:

—Al enterarse de la infame muerte de Juan el Bautista, el Maestro montó en una barca junto con nosotros sus apóstoles, y le ordenó a Andrés hacer rumbo hacia el puerto de Betsaida, y elegir allí un paraje apartado, acorde con nuestro luto y propicio a nuestras oraciones. Pero el gentío de los pueblos vecinos se dio cuenta de nuestra partida, y nos siguió por los arenales llevando consigo a sus enfermos, y llegó antes que nosotros a la playa que Andrés había elegido para tomar tierra. El Maestro tuvo compasión de aquel hormiguero suplicante, y pasó la mañana enseñándoles en parábolas, y la tarde sanando a los enfermos, y así hasta que se anunció la noche, y entonces le dijo a Felipe: "Tú, que conoces estos lugares por haber nacido en ellos, dime dónde podemos comprar pan para dar de comer a todos estos". Felipe le respondió: "Ni doscientos denarios bastarían para que a cada uno le tocara un pedazo. Cinco panes de cebada y dos pescados secos es todo cuanto tenemos nosotros, pero ¿qué es eso para tanta gente?" Y en verdad sumaban más de cinco mil los hombres y mujeres que yacían tumbados en la arena

viendo ponerse el sol. Entonces el Maestro se dirigió a ellos y les mandó dividirse en partidas de a ciento y de a cincuenta, y les pidió que cada uno depositase sus provisiones en un claro de hierba verde que se extendía al pie de la colina más cercana, y nosotros sus apóstoles fuimos los primeros en poner nuestros dos peces y nuestros cinco panes, y lo mismo hicieron los tenderos y los artesanos con sus envoltorios de viandas, y los viñadores con sus odres de vino nuevo, y los comerciantes con sus cestos repletos de víveres, y sólo los miserables (que eran los más) no aportaron nada porque nada tenían. El Maestro alzó los ojos al cielo y bendijo aquel acopio de alimentos, y nosotros comenzamos a repartirlos entre la multitud, y las cinco mil personas comieron y se hartaron, y con las sobras llenamos doce cestos.

Dice Nicodemo:

—Tal como tú la cuentas, Simón, la multiplicación de los panes y los peces no sería propiamente un milagro sino un ingenioso ardid igualitario. No pretendas hacer descender los milagros de Jesús al nivel de la astucia, Simón. El rey Salomón se valió de la astucia para devolverle el hijo vivo a su verdadera madre y no dárselo a la impostora que pretendía arrebatárselo. José se valió de la astucia para interpretar los sueños del Faraón en beneficio del pueblo egipcio. Pero los milagros de Jesús nunca van encaminados hacia fines temporales, pues son testimonios de la acción salvadora de Dios. Los milagros de Jesús no son la salvación misma pero sí un anuncio de la salvación venidera. Piensa más bien, Simón, que la multiplicación de los panes y los peces fue una nueva anunciación premonitória de un maná como aquel que Dios dejó caer sobre los israelitas en el desierto. Piensa que, a través de Jesús, el Padre ha proclamado que saciará el hambre de las más heterogéneas multitudes en el banquete del Reino.

Pero no logra convencer a Simón el celote, que fue labrador en Corozáin antes de ser apóstol.

A MENOS de una legua de Cafarnaún se eleva una colina que los pescadores llaman montaña. Desde su cúspide se divisa el costurón azul del lago y también la mota blanca de un velero que lo cruza. Baja del cielo un sol espejeante pero caen junto con él los hilos de una lluvia intempestiva, sol y lluvia entretejen esta red que se despliega sobre los prados como un plumaje transparente. Están peleando el Diablo y la Diabla, dice Judas Tadeo con simpleza campesina.

Jesús, que desciende desde la cumbre al frente de sus apóstoles, y el gentío que sube desde las planicies a verlo y escucharlo, se encuentran en un rellano del monte. El sol ha vencido a la lluvia, o el Diablo a la Diabla, y ya salpican apenas gotas aisladas, como lágrimas de ángeles. Jesús se detiene en el borde del repecho que sirve de pretil al barranco, allá abajo cabrillean los mil colores de los mantos, jamás se había reunido muchedumbre tan sin número a los pies del Nazareno.

De pronto, con voz clarísima que cincela las palabras y realiza las pausas, Jesús comienza a revelar su evangelio: —Se os ha dicho que los pobres padecen su indigencia en expiación de faltas cometidas por ellos mismos y por sus antepasados, pero yo os digo: bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios. "Se os ha dicho que la riqueza es un premio recibido de lo alto y un don merecido que recompensa al laborioso, pero yo os digo: ¡ay de vosotros los ricos porque ya habéis tenido vuestro consuelo!

Se os ha dicho que el llanto es un desfogue de la cobardía y que la tristeza es el asilo de los que desmayan ante la embestida de la adversidad, pero yo os digo: bienaventurados los que lloran su aflicción porque ellos serán consolados.

"Se os ha dicho que la risa es el secreto del sosiego y el lenguaje de la felicidad, pero yo os digo: ¡ay de los que ahora reís porque vais a lamentaros y a llorar!

"Se os ha dicho que la tierra se conquista a forcejeo de ambición y a filo de espada, pero yo os digo: bienaventurados los mansos y los humillados porque ellos poseerán la tierra.

"Se os ha dicho que el hambre es una consecuencia de la ociosidad y la desidia, pero yo os digo: bienaventurados vosotros los famélicos porque seréis saciados.

"Se os ha dicho que la hartura es la coronación de la abundancia y que los banquetes son la fiesta de la esplendidez, pero yo os digo: ¡ay de vosotros los que ahora estáis saciados porque vais a pasar hambre!

"Se os ha dicho que el cumplimiento de la venganza es una obligación y un honor para todo aquel que ha sido ofendido, pero yo os digo: bienaventurados los que brindan misericordia porque ellos recibirán misericordia, y bienaventurados los de corazón puro porque ellos verán a Dios, y bienaventurados los que trabajan por la paz porque hijos de Dios serán llamados, y bienaventurados los que sufren persecución por la justicia porque de ellos es el reino de Dios.

Perdidos entre la muchedumbre, tan apartados que a veces sólo les llegan sílabas deshilachadas de las palabras de Jesús, el viejo Jacobo le dice a Gamaliel el hortelano:

—El Maestro está proponiendo una revolución infinita y universal. Él denuncia el pasado de la humanidad como una pugna perenne entre los opresores y los oprimidos, y se pone a la cabeza de la turba inagotable de estos últimos, los pobres, los hambrientos, los enfermos, los perseguidos, y les anuncia un reino donde ellos, los últimos, serán los primeros.

Agazapados tras el tronco de un árbol añoso, el escriba Eliezer dice al oído de Akipa el espía:

—Jesús de Nazaret es un falso profeta que está predicando la subversión contra la ley de Moisés. Todo cuanto dice son pedruscos lanzados con la intención de astillar las tablas del Decálogo. Enceguecido por el orgullo pretende convertir esta pequeña colina en un segundo Sinaí, y proclamarse a sí mismo como el auténtico conductor del pueblo de Dios.

Tal como si lo hubiera escuchado a la distancia, dice Jesús:

—No he venido a derogar la Ley y los Profetas. No desaparecerá una sola letra o acento de la Ley antes que desaparezcan el cielo y la tierra, antes que se realice todo. Si vuestra fidelidad no sobrepasa a la de los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de Dios. Pero yo os digo que muchas veces habéis anulado la palabra de Dios por medio de la tradición que ha sido transmitida de padres a hijos, de generación en generación. La voluntad de Dios no se manifiesta en los dogmas legales sino en las señales de los tiempos. ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? Los lazos que el amor crea entre los hombres son más fuertes que el encadenamiento de todas las leyes hechas por la mano del hombre, que pretenden encerrar la voluntad de Dios como un ruiseñor en una jaula. Y os digo que la esencia de las leyes es la libertad para hacer el bien. Se pretende que el Hijo del hombre no cure a los enfermos en sábado, como si el descanso sabático fuese un costal de prohibiciones y no un tiempo para hacer el bien como todos los días. El sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. La Ley fue hecha para salvarnos y liberarnos, no para perdernos y someternos.

Más principales que todos los mandamientos que vedan son aquellos que afirman, como este, ama a Dios por sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. No he venido a derogar la Ley ni a los Profetas, mas os digo que la Ley y los Profetas han durado hasta Juan el Precursor. Desde entonces está anunciada la buena nueva del reino de Dios. Desde entonces ha sido proclamada la construcción de un hombre nuevo y la alborada de una nueva vida.

Y sobre la ira dice:

—Os han enseñado que se ordenó a los antiguos "no matarás". Pero yo os digo que no basta con no matar. Ni siquiera os encolericéis porque la furia es la almendra del crimen. Ni injuriéis a otro ser humano porque la injuria equivale a un anatema de exterminio. Hay padres que nunca han matado pero maldicen y les desean la muerte a sus hijos cuando los riñen. Hay escribas que insultan rudamente a un pobre colega anciano porque no tiene con qué comprar la mesa requerida por el mandamiento. Hay maestros que para reprimir a sus pupilos los amenazan con el fuego eterno. Pero yo os digo que quien merecerá el despeñadero de la gehena es aquel que trate con ira a su prójimo y lo ultraje de palabra y lo llame imbécil o renegado.

Y sobre la venganza dice:

—Os han enseñado que se mandó a los antiguos cobrar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida. Os han enseñado que el vengador de la sangre debe matar al homicida donde lo encuentre, y que con la sangre derramada no hay más reparación que la sanare del que la derramó. Pero yo os digo que jamás respondáis con agravio a quien os agravie. Si alguien te abofetea la mejilla derecha, ofrécele también la otra. Si alguien te llamara a juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto. Si alguien te fuerza a caminar mil pasos, anda con él dos mil. Ante la acometida de un adversario los cobardes optan por huir, en tanto los violentos replican con extremos semejantes a los de su agresor. Pero yo os digo que no hagáis lo uno ni lo otro, porque la cobardía rebaja al alma humana, y la revancha la rebaja igualmente aunque pretenda exaltarla. Resistir al arrebato de la indignación no significa capitular ni desertar sino conducirse como un hombre diferente a aquel que ha venido sojuzgando a sus semejantes por millares de años. Yo he salido a sembrar el amor como vínculo de relación entre los seres y he aquí que la ira y la venganza son las plagas más asoladoras que atentan contra mis sementeras. Si

identidades ser misericordiosos, lo es vuestro Padre celestial, no olvidéis que él hace brillar el sol tanto sobre los malos como sobre los buenos, y hace caer la lluvia tanto sobre los justos como sobre los injustos. Yo he venido a remodelar la arcilla del hombre por medio del amor, y por ello os digo que es forzoso doblegar nuestra naturaleza cada vez que nos aconseje cerrarle al amor las puertas. A la misericordia no se la puede limitar con valladares ni castrar con graduaciones. Quien tenga ojos que vea, quien tenga oídos que oiga, y quien tenga corazón que perdone.

Y sobre la mujer dice:

—Se os ha dicho que la mujer es la que incita al hombre al pecado, que por la mujer comenzó la culpa y que por esa culpa moriremos todos, que no hay veneno como el de la serpiente ni cólera como la de la mujer, que la preñez y el dolor del parto son castigos a la pasada concupiscencia de las que ahora van a ser madres, que la menstruación natural es una impureza que mancha a la mujer durante siete días, que el varón debe ser tasado en quinientos gramos de plata mientras que la hembra sólo vale trescientos, que el marido tiene derecho a invalidar los votos de su esposa, que al hombre casado le está permitido repudiar a su mujer por cualquier motivo o pretexto. Pero yo os digo que el hombre y la mujer son un mismo ser, que al principio del mundo hizo Dios al hombre como varón y hembra, y lo que Dios hizo no puede ser desfigurado para convertir al varón en dueño y a la hembra en pertenencia.

Y sobre la mujer dice más:

—Se os ha enseñado que se mandó a los antiguos "no cometerás adulterio". Pero yo os digo que no basta con no cometer externamente el adulterio. Todo el que mire a una mujer casada excitando su deseo por ella, ya ha cometido adulterio en su interior, sin valerle en su descargo que ella lo rechace. Se permite a los hombres la poligamia, en tanto que son muertas a pedradas las mujeres que disipan su sexo. Pero yo os digo que tan pecadores son los unos como las otras. Se os ha dicho, por último, que las mujeres son en todo inferiores a los hombres y que son inmerecedoras de acompañar como discípulas a un pastor de almas. Pero yo las convido a ellas a que me sigan en la misión de anunciar la llegada del reino de Dios, y os digo que también ellas las que me sigan serán la sal de la tierra y la luz del mundo.

Y sobre la hipocresía dice:

—El Padre celestial no presta atención a quienes practican su piedad a la vista de los demás con el propósito de provocar admiración y ganar reputación de virtuosos. El que reparte su limosna en las calles o en la sinagoga, haciendo ostentación de su caridad, despilfarra sus monedas porque el Padre no está dispuesto a premiar simulaciones, y porque la caridad solamente es válida ante sus ojos cuando tu mano izquierda ignora lo que regala tu mano derecha. Así mismo, el que ora en las sinagogas y en las esquinas, esforzándose por ser visto, malbarata sus oraciones porque el Padre sólo recibe aquellas que son hechas como si estuviéramos en un aposento con los cerrojos corridos. Y así mismo, el que cuando ayuna pone una mirada triste y finge un rostro escuálido, para que la gente advierta sus privaciones, desperdicia su ayuno porque el Padre no recompensa jactancias sino sinceridades. La limosna de los alardosos y la oración de los santurriones y el ayuno de los hipócritas son polen infecundo que se lleva el viento y no llega jamás a los jardines del Señor.

Y sobre el dinero dice:

—Para esta generación adúltera y pecadora, la divinidad predilecta es el dinero. El dinero es un dios falso, más siniestro que Baal y Moloch, ya que su culto esclaviza y aniquila el espíritu con mayor voracidad que todas las idolatrías gentiles. Nadie puede servir a dos señores, pues andando el tiempo aborrecerá al uno y amará al otro. Por ello os digo que no podéis servir a Dios y al dinero. Los que sirven al dinero amontonan tesoros en la tierra, donde hay herrumbres que corroen y ladrones que socavan. Los que sirven al Padre amontonan tesoros en el cielo, porque donde está tu tesoro estará también tu corazón. Es más fácil un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de Dios. Tendrá que volverse el camello hebra de hilo para franquear la mínima abertura, o el rico vender todo cuanto tiene y dárselo a los pobres para adquirir en trueque un pequeño lugar en la comarca del Reino. Mientras existan los pobres sobre la tierra, existirán los ricos, porque la pobreza y la riqueza no son atributos de nuestro nacimiento sino desigualdades creadas por los más fuertes en su propio provecho. En el reino de Dios no habrá ricos ni pobres. El establecimiento del reino de Dios implica el triunfo del amor y la igualdad, y en su seno los que fueron servidos servirán y los que sirvieron serán servidos.

Y sobre el arrepentimiento dice:

—Os han enseñado que se ordenó a los antiguos: "el que cometa un delito debe ofrecer al Señor en penitencia un carnero sin defecto, tasado en veinte gramos de plata", y el delito le sería perdonado por obra y gracia del holocausto. Pero yo os digo: "convertíos porque el reino de Dios ha llegado", y con este aviso os señalo el único camino que conduce a la salvación. Isaías dijo a los regidores de Sodoma que el Padre ya estaba harto de sangre de carneros y novillos, que el humo del incienso se le había vuelto detestable, que había llegado a aborrecer las solemnidades, que su justicia era otra. "Lavaos, purificaos, quitad de ante mis ojos la maldad de vuestros actos, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, proteged al huérfano, amparad a la viuda", esa era la justicia que predicaba el profeta. Porque el arrepentimiento no es una pesadumbre de mente ni una mueca de contrición, sino una práctica y una conducta. Rasgarse las vestiduras, y cubrirse los cabellos de ceniza, y golpearse el pecho con pedruscos, y verter arroyos de lágrimas, no basta para borrar el pecado y purgar los males cometidos. Arrepentirse es convertirse y revolucionarse, y mudar las escamas como las serpientes, y abandonar la oruga como las mariposas. Por añadidura os digo que la penitencia no es castigo ni sufrimiento sino gozo del hijo pródigo que retorna a los brazos del padre, alegría de la oveja perdida que es encontrada por su pastor.

Jesús sigue hablando sin que un solo ojo se aparte de sus gestos ni un solo oído se desvíe de su voz. En las manos de la absorta muchedumbre caen espigas de poesía: "¿Por qué os preocupáis del vestido? Observad los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan, pero ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos". "Fijaos en los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta". "¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?" O estallan en el aire duros flagelos al egoísmo: "¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tus ojos?" O nos ofrece una regla de oro destinada a encauzar nuestra conciencia: "Cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también a ellos". Y el discurso concluye con una parábola admonitoria: "Todo aquel que escuche estas palabras mías y no las ponga en práctica será como el necio que edifica su casa sobre la arena, a merced de la lluvia y la riada y los vientos que la derrumbarán. Mas todo el que venga a mí y escuche mis palabras y las ponga en práctica será semejante al hombre sensato que edifica su casa sobre roca de modo que resista los embates de los cataclismos".

Cuando Jesús bajó del monte lo siguió una muchedumbre maravillada de su doctrina, dice Mateo. Todos caminaban con los ojos ennoblecidos por el llanto y las almas endulzadas por la humildad, dice Pedro. Los niños cantaban y las mujeres rezaban la única oración que el Maestro les había enseñado, dice Juan. Fue el mediodía radiante de su vida pública y él dijo todo lo que tenía que decir, dice Nicodemo. Por el camino de regreso a Naín, el viejo Jacobo platica con Gamaliel el hortelano. En las pestañas de las charcas croan los sapos barrosos y parpadean las alas de las mariposas amarillas. A lo lejos, más allá del vuelo de las garzas, más allá de las viñas en flor de Canáa, se eleva la mole maciza del monte Tabor.

Dice el viejo Jacobo:

—Su palabra es un vino nuevo que revienta los viejos odres, un paño nuevo que remoza las viejas vestiduras, un soplo que convierte la materia del hombre en una sustancia diferente. Sus signos de victoria no son la batalla y el despojo sino el amor y la misericordia. Sus ejércitos no son ángeles exterminadores, ni escuadrones de guerreros, ni concilios de doctores letrados, ni séquitos de príncipes soberanos, sino un tropel de menesterosos, tullidos, llagados, prostitutas arrepentidas, publicanos que dejaron de serlo, niños bulliciosos, y adultos que se comportan como los niños. Su pueblo no es una nación elegida por encima de las otras sino las razas todas que pueblan el mundo. Sus leyes no son preceptos petrificados ni intimidaciones aterradoras sino interpretaciones de la justicia a la luz del perdón. La mujer no es un trasto repudiable sino una esposa a quien el hombre debe amar como se ama a sí mismo. La riqueza no es una merced apetecible sino un fardo al cual es preciso renunciar. La pobreza no es una celda sofocante sino una anchurosa avenida que conduce al reino de Dios. Bajo el martilleo de su doctrina se tambalean los antiguos pilares que sostienen el edificio del judaísmo.

Responde Gamaliel el hortelano:

—Hay un pilar que no se tambalea: el amor a Dios por sobre todas las cosas, que sigue siendo para Jesús la piedra angular de nuestra fe.

Dice entonces el viejo Jacobo:

—Es cierto, pero tampoco su idea del Ser Supremo es igual a la que profesan los fariseos y los saduccos. Para ellos, para los príncipes de los sacerdotes y los ancianos y los escribas, Yahveh es aquel que envió un diluvio que anegara la tierra, y con sus aguas torrenciales extirpara cuanto había sobre la faz del suelo, desde el hombre hasta los ganados, y hasta las sierpes y las aves del cielo. Es aquel que hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, y aniquiló a sus habitantes, y quemó la vegetación de sus campos. Es aquel que desató sobre Egipto las diez plagas atroces, y acabó con los animales y los sembrados, e hizo morir a todo primogénito, desde el primogénito del Faraón hasta el primogénito de la esclava. Es aquel que ordenaba lapidar sin remisión a los labriegos que recogieran leña en día sábado. Es aquel que, cuando se irritaba contra las naciones, las destinaba a la matanza, y las entregaba al exterminio, y sus muertos quedaban abandonados, y los cadáveres exhalaban un hedor fétido, y por los montes corría en arroyos la sangre. Para ellos Yahveh es aquel que inspiró las palabras del salmo: "Que goce el hombre honrado viendo cumplirse la venganza, que bañe sus pies en la sangre de los malvados".

—Y para Jesús, ¿quién es Yahveh? —pregunta atemorizado Gamaliel el hortelano.

Le responde el viejo Jacobo:

—Para Jesús, Yahveh es simplemente el Padre. Un padre de ilimitada bondad que ama por igual a todos sus hijos, aun a los ingratos y a los perversos. Los antiguos creían que Dios era una fuerza remota y sin contornos, ubicada más allá del azul y las estrellas, que desataba su omnipotencia para castigar a los infieles. Jesús ve a Dios como un padre cercano y henchido de ternura que elige la misericordia como medio de demostrar su omnipotencia. Dios como padre amoroso y como presencia inmediata era una representación incomprensible para la mente complicada de los doctores y escribas, pero clara y genuina para el entendimiento de la gente sencilla. Por esto, hijo mío, la prefirió Jesús.

Veinte pasos más allá, detenidos al borde de una alberca, dice el viejo Jacobo:

—Al nombrar al Altísimo, Jesús lo llama Abba, Papá, una expresión infantil y familiar que jamás ha empleado antes que él ninguna religión ni ningún sacerdote. La oración que sale de sus labios cuando reza es esta: "Abba, Papá, Padre nuestro, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, danos cada día nuestro pan y perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Es así, y no de otra manera, como le habla un niño a su padre.

El viejo Jacobo y Gamaliel el hortelano llegan a un extraño caserío donde nadie se asoma a las puertas ni a las ventanas. Una muchacha descalza atraviesa la plaza desierta. Un viento inesperado dobléga las ramas de los sicomoros arranca a las higueras sus brevas maduras. La tarde se a adueñado del cielo con su caballería de ceniza. En una casa triste se enciende la primera lámpara. Tras haber andado la última legua sin hablar, dice el viejo Jacobo:

—Los antiguos invocaban a Yahveh para pedirle a voces que hiciera polvo a sus enemigos. Jesús de Nazaret invoca al Padre para rogarle que los perdone. "Perdónalos, Abba, porque no saben lo que hacen", dice para disculparlos.

ESTE JOSÉ CAIFÁS, Sumo Sacerdote judío, elevado a tan suprema dignidad, no como lógica secuela de haber sido antes jefe del templo sino en virtud de un soborno de doscientos talentos que su suegro Anas fraguó y llevó a cabo (el procurador Valerio Grato, que era el representante de Roma para aquel entonces, recibió la suma del cohecho con la mano izquierda y extendió el nombramiento de Caifás con la derecha: Anas seguirá gobernando a los judíos por intermedio de su yerno, tal como los había gobernado sin testaferrero durante nueve años.) Este José Caifás, autoridad máxima de la comunidad hebraica, a quien obedecen y adulan más de veinte mil hombres que trabajan en el templo o viven a su sombra: sacerdotes, levitas, liturgistas, sacristanes, músicos, cantores, porteros, guardias armados que ahuyentan a los intrusos, cobradores de diezmos, mercaderes con permisos sellados, limosneros hereditarios. Este José Caifás que guarda bajo sus llaves los fondos del templo y dispone de ellos sin rendirle cuentas a nadie, y rige en provecho propio el comercio de los animales destinados a los sacrificios, y percibe un tanto por ciento de los mercachifles que venden palomas y cambian monedas en los atrios sagrados. Este José Caifás, empresario de naves que atraviesan los estrechos y surcan los mares llevando desde Tiro púrpuras y cristales y trayendo a su regreso las bodegas colmadas de esclavos que serán vendidos en los puertos del mar Grande. Este José Caifás cuyo palacio edificado en una colina de Jerusalén abriga una mezcla de jardines babilónicos y columnas helénicas. Este José Caifás, único ser humano a quien le está permitido penetrar en el recinto del Sancta Sanctorum el día de la expiación. Este José Caifás, saduceo intolerante por razones de progenie y de conveniencia. Este José Caifás, ondulatorio y malqueriente, envidioso y autoritario, rezandero y maligno, ha logrado al fin lo que con tanto empeño se proponía: que sea condenado a muerte Jesús de Nazaret, un carpintero de Galilea que anda por ahí predicando el amor y la igualdad entre los hombres.

Mas no fue victoria fácil para los altísimos magistrados del judaísmo oficial conseguir la inmolación de Jesús que ahora se vislumbra tan ineludible y tan inmediata. José Caifás era capaz y suficiente para unificar contra la vida de Jesús a toda la gente influyente de Jerusalén, incluso a los ocupantes romanos, pero ¿de qué argumentos se valdría para desengañar a las bandadas de miserables que cruzaban las aldeas en seguimiento del Nazareno?

Los saduceos, la nobleza sacerdotal, los ancianos del Sanedrín, los usureros, los propietarios de grandes almacenes, todos ellos veían con agrado la muerte de un predicador irreverente que desafiaba a los ricos en sus sermones, y pretendía impedirles el ingreso al reino de Dios, y despreciaba el dinero como estiércol del demonio, y preconizaba un mundo utópico donde no existirían ricos ni pobres y donde los primeros serían los últimos.

Los herodianos, por su parte, con su tetrarca Herodes Antipas a la cabeza, abominaban la presencia de un profeta que les evocaba la espantosa figura de Juan el Bautista.

Ellos lo degollaron pero este otro alucinado rescataba su doctrina y sus anatemas; era como si Juan el Bautista jamás hubiese muerto.

En cuanto a los fariseos, ellos execraban al Rabí que osaba interpretar la Ley a su modo y arbitrio, y desacataba las tradiciones de los antiguos, y ponía en duda los preceptos inmovibles de la Torá, y se valía de subterfugios para quebrantar la obligación del sábado, y le tendía la mano a la mujer adúltera, y prohibía desquitarse ojo por ojo y diente por diente, y bebía vino en las tabernas con los pescadores, y cubría de injurias a quienes practicaban la caridad o rezaban sus oraciones en público, y tildaba de sepulcros blanqueados a quienes se sabían de memoria las Escrituras y no se apartaban de los versículos de los textos.

Saduceos, herodianos y fariseos, todos tenían a la fama creciente de Jesús, a la yesca de su evangelio que pretendía incendiar las pasiones del pueblo.

—Si le dejamos que siga así, la chusma creará en él, y se alzarán en armas, y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo —decían.

—Poncio Pilato le cobrará a la entera sociedad hebraica los delirios de un galileo iletrado y lenguaraz —decían.

Pero el sumo sacerdote José Caifás calmó sus aspavientos y aquietó sus conciencias diciéndoles:

—Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda una nación.

Mas ¿de qué argucias podría valerse este José Caifás para inculcar el menester de la muerte de Jesús en la mente de los desvalidos a quienes él les había sembrado como un cedro la esperanza, de los leprosos a quienes había limpiado de llagas la piel y de pavor el corazón, de los paráliticos a quienes había echado a andar por los caminos y las calles de Palestina, de los ciegos a quienes había devuelto la mañana, de los sedientos a quienes anunciaba el reino del agua, de las mujeres a quienes había prometido liberarlas de iniquidades y repulsas, de los niños a quienes él llamaba y marchaban a su lado piando como gorriones y saltando como cabritos? Y, ¿a cuáles razones podría apelar este José Caifás para hacerse oír de los otros, los irreductibles, los fanáticos, que aclamaban a Jesús como el Hijo de David, como el liberador que arrojaría a las huestes romanas de Jerusalén conquistada, y dominaría la soberbia de la aristocracia, y limpiaría el templo de impiedades, y haría prodigios mesiánicos para erigir entre luces de apocalipsis el trono de la justicia?

Los espías que el Sumo Sacerdote ha enviado a vigilar sus pasos regresan portadores de malas noticias:

—La gente cuenta que tranquiliza a los epilépticos, y hace hablar a los mudos, y arroja a los demonios de los cuerpos posesos.

—La gente cuenta que en Canáa cambió el agua en vino y que a orillas del mar de Tiberiades multiplicó los peces.

—La gente cuenta que no tan sólo cura a los enfermos sino que se ufana de perdonarles sus pecados.

—La gente cuenta que fraterniza con nuestros enemigos más impuros. A una mujer licenciosa de Samaria le pidió agua de su cántaro y le prometió darle a ella en cambio el agua de la vida eterna. En sus alegorías aparecen los odiados samaritanos como ejemplos de compasión y bondad.

—La gente cuenta que habla en parábolas, y que elude las sabias emboscadas que le tienden los sacerdotes y los escribas refiriendo historias de su invención que cautivan la admiración de los aldeanos, aunque de cierto ninguno alcanza a descifrar el sentido de lo que dice.

—La gente cuenta que en la región de Betania resucitó a un muerto que llevaba cuatro días en el sepulcro.

¿Resucitar a un muerto? Debe ser una burda mentira pero José Caifás, sumo sacerdote judío, convoca en seguida al Sanedrín en pleno, a los setenta y un miembros que componen la gran asamblea, para proponerles la ejecución del Nazareno. Asisten los veintitrés requeridos para emitir una sentencia de pena capital, mas entre ellos se hallan algunos que no comparten el encono del judaísmo oficial, tales como Nicodemo ben Gurión que es respetado por su sabiduría, y José de Arimatea que figura entre los notables de la ciudad, y el rabí Simeón de Antipátride que es descendiente del grande y generoso Hillel, y el anciano filántropo Simón ben Aziel, y el maestro de lógica Abba Saúl. Sin embargo, los opulentos comerciantes saduceos que obedecen a la voluntad de José Caifás (y más aún que a la suya a la de su suegro Anás) son mayores en número: las familias de Anás y de Boethos, que se abominan en el pensamiento como rivales irreconciliables, suelen ponerse de acuerdo cuando se trata de preservar sus bienes terrenales.

La reunión del Sanedrín, que no llegará en definitiva a ninguna decisión, se celebra en el salón de la Gran Piedra, así llamado porque fue construido sobre una sola e inmensa laja bruñida. A la diestra del sumo sacerdote José Caifás toman sitio los dignatarios que junto con él presiden la asamblea: Jonatán, jefe del templo y máxima autoridad policial, y Ariel ben Leví, sacerdote ungido para la guerra y capitán absoluto

de los levitas esbirros.

—El forajido llamado Jesús de Nazaret, profeta andrajoso que presume de hablar en nombre de todos los judíos con la siniestra intención de indisponernos con el omnipotente emperador Tiberio, a quien Dios guarde, no merece una sino mil muertes —dice Jonatán, el jefe del templo.

—Si es necesario que sucumba, no un hombre sino poblaciones enteras para proteger la dignidad de Israel, ¡hagámoslas perecer sin miramientos! —dice Ariel ben Leví, sacerdote ungido para la guerra.

Nicodemo ben Gurión se atreve a disentir:

—¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberlo oído antes y sin saber lo que nace?

A lo que responde el sumo sacerdote José Caifás con envenenada alevosía:

—¿También tú, Nicodemo, eres de Galilea?

Nicodemo columbra el peligro y opta por callar. No así el nieto de Hillel y el maestro Abba Saúl, quienes insisten en que la Ley debe ser cumplida. Se origina una discusión que José Caifás no esperaba y que lo obliga a aplazar para las fiestas de Pascua sus propósitos de matar a Jesús.

A JESÚS no lo turba el temor a la muerte sino el convencimiento de que el pueblo no percibe el real significado de sus palabras. Acto seguido de milagro de la multiplicación de los panes y los peces, as cinco mil personas que comieron de ellos se arremolinaron deslumbradas alrededor del Nazareno. Un viñador cananeo, corpulento y de pobladas barbas, fue el primero en gritar: —¡Hosanna al Hijo de David! Otros galileos lo imitaron a grandes voces: —¡Este es el verdadero profeta que iba a venir! Y los celotes ahí presentes dijeron con voz como de trueno:

—¡Conviértete en nuestro guía y derribaremos montes y murallas para rescatar a Jerusalén!

—¡Hazte rey de Judea y usa el ariete de tus portentos para exterminar a los tiranos y a los burladores, para diezmar a los enemigos de tu pueblo!

—¡Que se cumplan en ti las profecías, Siervo de Yahveh! No desmayes hasta implantar en la tierra la justicia; saca del calabozo al preso y de la cárcel a los que viven en tinieblas, Hijo de David, elegido de Dios, rey de Judea! Jesús rechazaba una y otra vez el cetro que le ofrecían: —La gloria no la recibo de los hombres. En verdad os digo que vosotros me buscáis porque habéis comido los panes y os habéis saciado. Mas yo no soy el rey que vosotros soñáis, ni el guerrero que queréis coronar contra su voluntad. Yo no soy sino un pobre carpintero consagrado al cumplimiento de la obra que me encargó mi Padre, la cual no es otra sino la liberación de los oprimidos. Pero es mi Padre el que da el verdadero pan del cielo, es mi Padre el que os ha dado a su Hijo y no tiene más que ofrecer. Yo soy el pan bajado del cielo, el espíritu que da la vida al mundo. Y las palabras que os he dicho son espíritu y son vida.

No, no era aquel el Mesías que ellos anhelaban, sino otro que esgrimiera sus relámpagos como los esgrimió David contra los jebuseos y los filisteos y los moabitas y los arameos; otro que se valiera de su poderío para levantar, en este mismo tiempo y sobre esta misma tierra, un reino tan palpable como las piedras labradas del templo de Salomón.

Anochece sobre las aguas grises. El cielo se mancha de un rojo sombrío que anuncia la tormenta. Un chismorreo de luciérnagas titila entre las nubes del poniente. Jesús manda a sus discípulos que se monten en una barca y tomen el rumbo de Cafarnaún, "y luego lo vimos que se acercaba a la barca nuestra caminando sobre la mar encrespada", dice Juan Zebedeo. Pero también dice Juan Zebedeo que desde entonces mucha gente que lo seguía dejó de hacerlo, muchos discípulos se volvieron atrás y ya no andan con él, han olvidado los milagros de curación y de consuelo, quieren hazañas de retaliación y de guerra. Jesús comienza a comprender la inevitabilidad de su muerte.

Nunca les ha dicho a sus apóstoles que él es el Mesías, ni que sus espaldas serán cruzadas a latigazos, ni que los sayones escupirán su rostro. Pero unos siete días después de aquellos sucesos, en llegando a Cesarea de Filipo, reúne a los doce a la vera de un campo de higos y les hace esta pregunta:

—¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

Contesta Andrés:

—Unos dicen que tú eres Juan el Bautista que ha resucitado de entre los muertos.

Contesta Mateo:

—Otros dicen que tú eres el profeta Elías que ha vuelto a la tierra en su carro de fuego, Elías que ha regresado a rescatar la fe por medio de la oración y los milagros. Contesta Bartolomé:

—Otros dicen que tú eres Jeremías empecinado en forjar una nueva alianza universal al rescoldo de la ternura y la caridad. Entonces pregunta Jesús: —Y vosotros, ¿quién creéis que soy? Pedro se adelanta al grupo y dice: —Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, vivo. Lejos de desmentirlo Jesús dice: —Bienaventurado eres, Simón Pedro, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre sino mi Padre que está en los cielos.

Y desde ese instante comienza a hablar de su muerte como de un futuro cercano e ineludible. Él irá a Jerusalén, sufrirá mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas que componen el Sanedrín, y será matado por ellos, y resucitará al tercer día, eso dice. En ese caso su muerte entrañará la proclamación del reino de Dios como fruto y glorificación del sacrificio. "Como un cordero al degüello seré llevado, y como la oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco yo abriré la boca", anunció la profecía.

Pedro se niega a acatar el rigor de aquel vaticinio. Se mesa las barbas diciendo:

—¡Lejos de ti tanta amargura, Señor! De ningún modo te sucederá eso. Entonces Jesús lo lleva aparte y lo reprende con dureza: —Escándalo eres para mí, Simón Pedro, porque tus pensamientos no corresponden a Dios sino a los hombres, o más bien corresponden al propio Satanás.

Sí, a Satanás. Pedro, convertido en tentador, lo incita a rehuir los sufrimientos del martirio y la crueldad del holocausto. Pero no es que Jesús desee su propia muerte sino que no está dispuesto a negociar su vida a cambio de la renuncia a la misión que el Padre le ha confiado. Cuando los huesos dejan de ser huesos y entre su blancor rígido hay un temblor de gérmenes, es que despunta el signo creador de la muerte. Si el grano de trigo cae en la tierra y muere, la gestación de su muerte da mucho fruto. El que ama con exceso su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo injusto, la guardará para una vida eterna.

—Si alguno me sirve que me siga —dice Jesús.

—Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte —dice Simón Pedro.

—Vayamos todos a morir con él —dice Tomás el marino.

Pero Jesús sabe que ninguno de los doce ha descifrado la clave espiritual de su llamado.

IRÁN A JERUSALÉN para la fiesta de Pascua. Está escrito que todos los judíos deben comparecer ante el templo de Dios en esa fecha, salvo los idiotas, los tullidos, los ciegos, los niños pequeños, los leprosos, los andróginos y las mujeres. La Pascua es la mas grandiosa entre todas las fiestas porque a través de ella se rinde honor al hecho fundamental del pueblo israelita, cumplido hace mil doscientos años: la liberación de la esclavitud que por más de cuatro siglos sufrieron en tierra extranjera los descendientes de Abraham. "Aquel día Yahveh salvó a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas de la mar". Jerusalén se vuelca de sus casas al promediar el mes de Nisán,

para celebrar a la luz de cantos de salmos, zumbido de oraciones y opíparos banquetes. Millares de peregrinos llegan de todos los rincones de Palestina y de todas las regiones conocidas del universo, abrumando los hospedajes de la Ciudad santa, y duermen hasta cuatro en un mismo lecho, y muchos levantan sus tiendas en los eriales de las afueras, y no pocos se acuestan por las noches a contar las estrellas a campo raso.

Irán a Jerusalén para las fiestas de Pascua, y Jesús hará conocer su mensaje en aquella ciudad, que es el corazón palpitante de Israel porque fue levantada en el sitio donde Abraham ofreció su sacrificio, y porque en ella edificó David sus murallas y tomó sus concubinas. Jesús suele dolerse de las colinas de Sión en sus imprecaciones:

—Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¿Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no habéis querido?

Le repugna el hedor de sangre y vísceras rotas que impregna las calles en los días de las fiestas. Centenares de toros y corderos y cabras son degollados en los sacrificios, las piedras se entintan en sangre de palomas, por todas partes se escucha el balido de las ovejas en agonía. En las esquinas se envanecen los hipócritas haciendo gala de sus oraciones y de sus limosnas. En los patios del templo los doctores vuelcan baldes de retórica y enredan a los incautos en la maraña de su casuística. El engreimiento de los hijos de Sión se trasluce en su desprecio sin disimulo hacia los peregrinos de poca monta, hacia los jornaleros toscos que suben de las alquerías de Judea, hacia los galileos de cuyo acento cantarino y sus errores de lenguaje se mofan a cada instante.

Jesús irá a Jerusalén y hará conocer su mensaje y revelará su identidad. El Nazareno ya no es aquel que suplicaba a quienes curaba con sus milagros: "no contéis a nadie lo que me habéis visto hacer"; ni aquel que ordenaba a sus discípulos: "no me aclamáis como el Hijo de Dios"; ni aquel "cuya hora no había llegado todavía"; sino uno que está resuelto a proclamar su condición de Mesías y a convertir en realidad la anunciación redentora de los profetas.

Al principio de su vida pública su palabra cayó sin cesar en tierra buena, y la acogieron los pobres como semilla, y dio frutos tan abundantes que no se pueden enumerar.

Pero más tarde la fe de la gente comenzó a empequeñecer, no hacía los milagros de triunfo político que ellos le pedían, y a medida que disminuía la fe disminuyeron los milagros, que no eran a fin de cuentas sino maravillas derivadas de la fe. Irá a Jerusalén como Hijo de Dios, y se enfrentará a los adversarios que maquinan su aniquilamiento, y desenmascarará la codicia de los sacerdotes, y desbaratará las triquiñuelas librescas de los fariseos, y desafiará la espada degolladora de los herodianos. Él no es otro sino el Mesías, el Elegido, el Redentor, y la inmensa muchedumbre que se aglomera en Jerusalén lo reconocerá y lo seguirá. Y si los hombres y las mujeres se niegan a seguirlo, él se verá forzado a caminar solo hacia su muerte, para salvarlos. El que tenga oídos que oiga.

Toman el rumbo de la Ciudad santa, y llegan a Jericó, y cruzan las rosaledas y los naranjales, y Jesús cura a un mendigo ciego que pedía limosna junto al camino. El mendigo había gritado enardecido por una fe desgarradora: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!"

Desde lo alto de un desfiladero escarpado se pueden avizorar los pasos de la pequeña caravana. Al frente de ella cruza la túnica blanca del Nazareno, serena y límpida como la lona de un velero. A un trecho de su espalda van los doce apóstoles, mudos de incompreensión y encorvados de presentimientos. Cierra la marcha el ciego de Jericó, ya curado pero dando tumbos y tanteando el aire con sus manos torpes, porque todavía no se ha acostumbrado a caminar bajo la luz.

Dice el apóstol Mateo:

—Cuando nos aproximamos a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los Olivos, entonces envié a dos discípulos, diciéndoles: "Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y en seguida encontraréis una borrica atada y un pollino con ella; desatadlos y traedlos. Y si alguien os dice algo le responderéis que el Señor los necesita y que al instante los devolverá". Todo lo cual sucedió para que se cumpliera el oráculo de Zacarías. Fueron, pues, los discípulos como Jesús les había encargado, y trajeron la borrica y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos, y Jesús se sentó encima. La gente, muy numerosa, extendió sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían como alfombras. La multitud que iba delante y detrás de él gritaba: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" Y cuando entramos a Jerusalén, toda la ciudad se conmovió y decía: "¿Quién es este?" Y la muchedumbre respondía: "Este es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea".

Dice el apóstol Juan:

—Tras de haber entrado a Jerusalén, Jesús encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados en sus puestos. Haciendo de cuerdas un látigo, los arrojó a todos fuera del templo, con sus ovejas y sus bueyes; desparramó las monedas de los cambistas y les volcó las mesas, y dijo a los que vendían palomas: "Quitad de aquí todo eso; no hagáis de la casa de mi padre una casa de mercado". Y los discípulos nos acordamos de que está escrito en los Salmos: "El celo por tu casa me devorará". Los judíos intervinieron entonces diciéndole: "¿Qué señal nos muestras para hablar así?" Jesús le respondió: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré". Los judíos le replicaron: "Cuarenta y seis años se han empleado para edificar este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?" No comprendieron que Jesús hablaba del templo de su cuerpo.

Los siervos espías y los levitas esbirros corren entonces a las casas de Anás y Caifás, y les cuentan al suegro y al yerno todo cuanto pretenden haber visto y oído:

—Jesús entró triunfalmente a Jerusalén, entre arcos de palmas y gritos de "Hosanna al Hijo de David". Jesús irrumpió en el templo y descargó latigazos sobre las espaldas de los honrados mercaderes. Jesús dijo a la gente como dictamen que el tributo debería repartirse entre el César y Dios. Jesús amenazó con destruir el templo y reconstruirlo en tres días.

El sumo sacerdote José Caifás entiende que ya dispone de causas suficientes para ordenar el prendimiento del Nazareno. El predicador galileo ha tratado de seducir al pueblo con falaces proposiciones, ha aceptado gustoso que lo proclamen Hijo de David, ha impedido por medio de la violencia el libre comercio de animales y el libre cambio de monedas extranjeras, ha dicho frases ambiguas sobre el invulnerable tributo a Roma, pretende derribar las columnas del templo. Se le puede acusar de blasfemo, de hechicero, de amotinador.

—¡Traedlo preso! —ordena a la guardia armada del Sanedrín.

Jesús celebra esta noche la cena pascual, que él convierte en cena de despedida porque anuncia que será este el último vaso de vino que beberá sobre la tierra, y dice que uno de sus doce apóstoles aquí presentes lo traicionará para entregarlo a sus enemigos. Ya lo ha traicionado y el Maestro lo sabe. Concluida la cena cantan el Hallel y salen hacia el monte de los Olivos. Por vez primera siente Jesús pavor y angustia. Morirá al día siguiente entre horribles tormentos: desfigurada la boca y destrozadas las sienas a pedradas si son los judíos quienes lo lapidan, o tronchadas las venas del cuello por un mandoble si son los esbirros de Herodes los encargados de ejecutar la sentencia, o clavadas sus manos y sus pies sobre un madero si son los centuriones romanos sus matadores. O quemado vivo sobre un haz de leña, o colgado de un árbol y estrangulado por la cuerda que lo mantiene en vilo, o atravesado el pecho por una lanza, o desollado como un buey en el matadero, o sacados los ojos de sus cuencas. Y en todos los casos, flageladas sus espaldas y abofeteado su rostro por una cuadrilla de verdugos antes de que la muerte lo libere. Arrodiado en el huerto, el sudor cae de su frente como gotas de sangre cuando dice:

—Abba, Padre, todo es posible para ti. Aparta de mí este cáliz amargo, si es posible. Pero que no sea lo que yo quiero, Abba, sino lo que quieras tú.

El tropel que acude al prendimiento de Jesús desfila por entre los árboles del monte de los Olivos con sigilo y cadencia de espectros. Siervos del Sanedrín y guardias del templo, ancianos rencorosos que vienen a regodearse con los hechos, soldados romanos que custodian la ciudad por la noche, beodos que exageraron el vino de la cena pascual, escribas a quienes las diatribas de Jesús escuecen como verdugones, se aglomeran para cumplir o ver cumplir las órdenes de José Caifás. Es el último día de luna llena, pero el cielo está nublado y la luna es apenas un disco verde y temeroso que destila sobre los olivares una luz opaca que es casi sombra. Los sayones del sumo sacerdote José Caifás vienen armados de espadas cortas y grandes garrotes, otros traen en alto las antorchas que iluminan los pasos del cortejo. Bajaron desde el altozano del palacio del Sumo Sacerdote, atravesaron la ciudad por sus calles centrales salpicadas de excrementos de animales y cortezas de frutas, pasaron por frente a los pórticos del templo, un viejo puente los condujo más allá de las aguas invisibles del Cedrón, siempre con el apóstol Judas Iscariote como guía, hasta encontrar al Maestro en su refugio de Getsemaní.

Marcos, un jovencuelo que suele caminar detrás de los apóstoles, cuenta lo que ha visto esta noche diciendo:

—Todavía estaba hablando Jesús, cuando de pronto se presenta Judas, uno de los doce, acompañado de un grupo con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes, de los escribas y de los ancianos. El que le iba a entregar le había dado esta contraseña: "Aquel a quien yo le dé un beso, ese es, prendedle y llevadle con cautela". En el instante de llegar se acerca a él y le dice: "Rabí", y le dio un beso. Ellos le echaron mano y le prendieron. Uno de los presentes, sacando la espada, hirió a un siervo del Sumo Sacerdote, y le cortó la oreja. Tomando la palabra, Jesús les dijo: "Con espadas y garrotes habéis salido a prenderme, como si yo fuese un bandido. Todos los días estaba en medio de vosotros enseñando en el templo y no me detuvisteis, para que de este modo se cumplieran las Escrituras". En ese momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Yo intenté seguir al Maestro, cubierto sólo de un lienzo, pero me detuvieron, y trataron de apoderarse de mí, y les dejé la sábana en la mano, y escapé desnudo.

LOS GUARDIAS armados atan las manos del prisionero con una cuerda, y desandan su travesía anterior para conducirlo a la casa de Anás, el venerable suegro de José Caifás, cuyas canas, cuya sapiencia, cuya riqueza y cuyas complacencias para con los romanos (ha entronizado un busto de Augusto en el vestíbulo de su hogar) obligan a definirlo como el personaje más egregio de la Ciudad santa. Los habitantes de Jerusalén, y también los peregrinos que la visitan, se acobardan como cervatillos si son llevados a la presencia de Anas. El anciano pontífice los accorrala con su perniciosa diplomacia y sus tortuosas insinuaciones.

—¿Quiénes son tus discípulos? —pregunta Anás al galileo preso que le traen.

Jesús lo contempla un instante sin responderle, ¿se imagina esta vieja raposa que él es capaz de delatar a sus apóstoles?, y luego desvía los ojos hacia la lámpara de cobre que cuelga del techo.

—He oído decir que has inventado una nueva religión. ¿En qué consiste tu doctrina? —pregunta Anás.

Esta vez Jesús le contesta diciendo:

—He hablado abiertamente ante todo el mundo, he enseñado siempre en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada en oculto. ¿Por qué me preguntas a mí el significado de mi doctrina? Preguntas a los que me han oído, lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho.

Al capitán de la guardia le parece insolente la respuesta del prisionero. Lleno de cólera le da un bofetón y ordena a sus inferiores que lo conduzcan a empellones hasta la casa de José Caifás, que es vecina a la de su suegro.

Allí se encuentra el Sumo Sacerdote disponiendo la celebración de una asamblea apremiante del Sanedrín. La Ley lo autoriza a realizar procesos de excepción, "según las exigencias de la hora", así reza el texto. Ninguna exigencia de la hora es más determinante para José Caifás que la de matar al Nazareno. Por entre las sombras de la noche corren sus emisarios a citar a los sanedritas, aunque su aviso no le llega a Nicodemo ben Gurión, ni a José de Arimatea, ni a ningún otro capaz de alzar la voz en defensa del acusado, no podía llegarles porque nunca les fue enviado.

Van entrando al palacio de Caifás los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, todos de severas túnicas enlutadas y estolas blanquinegras sobre los hombros, como si se tratase de un consejo solemne para decidir el destino de Israel. Ya están aquí los más encumbrados dignatarios de la casa de Anás, y los de la casa de Boethos, y los de la familia Phiabi, y los de la familia Kamith. En la sala principal va a cumplirse la ceremonia del juicio. El Sumo Sacerdote y sus secretarios ocupan el estrado que destaca al centro del recinto, y a su alrededor forman una media luna las sillas rígidas de los sanedritas. Queda un espacio vacío en mitad del hemiciclo que pronto se llena cuando lo ocupan Jesús con las manos atadas y los guardias que lo custodian.

Los testigos, reclinados y adiestrados por José Caifás, presentan sus denuncias.

El primero dice:

—Le aconsejé al pueblo que no pagara el tributo a Roma.

El segundo le replica:

—No. Más bien menospreció el tributo del espíritu que se le debe a Dios.

El tercero dice:

—Arrojé a los mercaderes del templo a la hora quinta.

El cuarto le replica:

—No. Azotó a los cambistas y a los vendedores de palomas al atardecer.

El quinto dice:

—Amenazó con destruir el santuario de Dios y prometió reconstruirlo a los tres días.

El sexto le replica:

—No. Anunció que los demonios demolerían el templo y que él lo levantaría de nuevo por medio de un prodigio de magia.

El séptimo dice:

—Se proclamó a sí mismo como el Hijo de David.

El octavo le replica:

—No. Lo que hizo fue renegar de David y de su linaje.

La Ley establece (y el Sanedrín entero no puede ignorarlo) que si un testigo disiente de los otros, así sea sólo uno, no es posible condenar a un acusado, a menos que de sí propio confiese su delito.

Entonces el sumo sacerdote José Caifás se yergue en su tinglado, impone silencio a los testigos inservibles y se dirige a Jesús diciéndole:

—Yo te conjuro, por Dios vivo, que me digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Era una pregunta que Jesús esperaba desde la noche antes y que nadie le había hecho. Le responde con bien meditadas palabras:

—Sí, lo soy, tú lo has dicho. Y os declaro que a partir de ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder, como lo cantó David,

y lo veréis venir sobre las nubes del cielo, como lo predijo Daniel.

Era su propia condenación. El sumo sacerdote José Caifás desciende enfurecido del estrado, rasga su túnica de seda y su manto de púrpura, y grita con los brazos en alto: —¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír de sus labios la blasfemia. ¿Qué os parece?

Los sanedritas responden a coro: —¡Es reo de muerte!

Y se ponen a escupirlo y a abofetearlo, y otros le cubren la cara con un velo y lo golpean diciéndole: —Si eres el Cristo, ¡adivínanos quién te ha pegado!

—¡TÚ, JOSÉ QAYAFÁ, Sumo Sacerdote de Israel, la más noble y suprema autoridad del templo, ungido con el óleo de la unción, investido de los ornamentos sagrados y poseedor de la santidad eterna, único ser humano con licencia de penetrar en la intimidad silenciosa del Sancta Sanctórum, máximo administrador de los bienes y la vida del pueblo, dueño de las mejores riquezas de Palestina y parte del Líbano, casado con una hija de Anás todopoderoso, tú, José Qayafa, eres simplemente un asesino! ¡Castígallo, Señor, porque él sí sabe lo que hace! —rezonga en lengua aramea un mendigo en el atrio del templo.

UNO QUISIERA (pero no puede) abstenerse de mencionar a Judas Iscariote, el traidor más execrado en la historia de la humanidad, pero al mismo tiempo el más ineficaz y el más infeliz entre todos los traidores que en el mundo han sido. Le pagaron treinta monedas de plata para que revelara la identidad del Nazareno a los guardias que iban a prenderle, pero el propio Jesús se encaró voluntariamente a los esbirros y les dijo: "Yo soy el Nazareno a quien buscáis". O quizá las treinta monedas le fueron dadas para que testimoniara ante el Sanedrín que Jesús se presentaba a sus discípulos como el Mesías, pero también esta vez Jesús se adelantó al cumplimiento de la felonía, y declaró en voz inteligible ante Caifás y los ancianos y los escribas: "Yo soy el Hijo de Dios". Más tarde, arrepentido de su acción o avergonzado de sí mismo, Judas quiso devolver a los sanedritas el precio de la sangre, pero éstos no lo aceptaron, y tuvo que arrojar el dinero en el piso del santuario. Y por último, se ahorcó de un árbol. Y para remate de su desdicha, tú lo odias, yo lo odio, todos lo odiamos.

De nada le hubiera valido a Judas su intención de traicionar al Maestro, de no ser que Caifás se enfrentaba a un momento de premioso apuro. El Sumo Sacerdote no había obtenido que el Sanedrín en pleno aprobara su fórmula de "matar a un hombre para salvar una nación", tan apropiada y tan patriótica. De Roma llegaban noticias inquietantes: el emperador Tiberio había destituido y ajusticiado a su lugarteniente Lucio Sejano, y Lucio Sejano había sido el protector de Poncio Pilato, y Poncio Pilato era el procurador romano de Judea, y los procuradores romanos eran quienes encumbraban o degradaban a los sumos sacerdotes del templo, y los acontecimientos de Roma repercutían como tañidos de campanas en sus provincias remotas, ¿qué va a ser del procurador Poncio Pilato?, ¿qué va a ser del sumo sacerdote José Caifás? La estrategia más sensata había sido la de prevenir y evitar disturbios, la de preservar la paz a toda costa, era eso lo que más importaba a los romanos, Augusto los había civilizado. Mas el hervidero de las fiestas de Pascua solía exaltar los sentimientos nacionalistas de los judíos, el objeto primordial de aquellas romerías era conmemorar el quebrantamiento del yugo egipcio, se cantaban salmos subversivos, se bebían jarras de vino sedicioso. Los seguidores póstumos de Judas el Galaunita, siempre acechantes, aprovechaban el clima convulso para incitar a la revuelta y perpetrar atentados. Un jefe celote llamado Jesús Barrabás había apuñalado a un soldado romano en medio de un motín. Poncio Pilato lo mantenía prisionero en la torre Antonia, esperando la hora de crucificarlo. Y ahora subía a Jerusalén este desharrapado profeta galileo, y se hacía aclamar por una muchedumbre de fanáticos, y cubría de insultos a los escribas, y creaba conflictos de violencia en los patios del templo. Había que matarlo sin pérdida de tiempo: ¡que Israel le haga sufrir hoy mismo la desgracia que pretende acarreamos!

En ese instante tocó la puerta del aposento de José Caifás el mayordomo de palacio y dijo:

—En los jardines está un hombre que dice llamarse Judas Iscariote, y presume de ser uno de los doce que acompañan a Jesús de Nazaret, y quiere hablar contigo.

El Sumo Sacerdote ordenó que lo dejaran entrar. Judas Iscariote era un hombre alto y de anchos hombros, afilados ojos negros y oscuros cabellos encrespados, perfilada la nariz y en punta la barba, vestía una túnica verde sobre la cual se cruzaba el manto amarillo, nada en su figura repugnaba, por el contrario, tenía una apariencia apuesta y viril como de príncipe pagano.

—¿Qué deseas? —dijo Caifás.

—Si me pagáis bien, os lo entregaré —respondió Judas.— Os llevaré al sitio donde pasa las noches solo, sin turbas que lo rodeen y estorben su prendimiento.

—Conocemos de sobra sus paraderos y sus guaridas —dijo Caifás displicente—. Una vez fue a ocultarse en la ciudad de Efraín, cerca del desierto. Al presente acostumbra refugiarse en Betania, a media legua de Jerusalén, o pernoctar a campo raso, en el huerto de los Olivos. Nuestros espías lo siguen por todas partes.

—Escúchame, Sumo Sacerdote —dijo Judas sin inmutarse—. Estoy dispuesto a testimoniar ante ti y ante el Sanedrín reunido que Jesús de Nazaret nos ha revelado a sus discípulos sus pretensiones de ser el Hijo de Dios, el Cristo. Nos lo dijo una tarde en los términos de Cesarea de Filipo, y sólo yo puedo denunciarlo porque entre los que estaban presentes soy el único inclinado a renegar de él.

Cambió entonces el rostro de Caifás. Era justamente eso lo que sus manipulaciones requerían: bastaba para condenar a Jesús comprobar que blasfemaba haciéndose pasar por el Mesías.

—Te daré treinta siclos de plata si lo haces —dijo Caifás.

—En treinta siclos de plata evalúa el Segundo Libro la vida de un esclavo —dijo Judas.

Caifás entendió la frase como una aceptación del trato y le alargó a Judas una bolsa con las treinta monedas.

AQUEL MEDIODÍA ya bastante lejano en que Jesús, para concluir la ceremonia de elegir sus apóstoles, dijo el nombre de Judas Iscariote, un centenar de rostros extrañados se volvió a mirar al último escogido. Judas no era galileo como los primeros once, ni era como ellos de ruda naturaleza, ni hijo como ellos de padres humildes. Narraba una historia de su vida que casi ninguno de los discípulos acogía como cierta, lo tenían por amigo de fantasear para darse ínfulas de trotamundos.

Por las noches, a la luz de las estrellas o guarecidos de la lluvia bajo los tinglados de las trojas, Judas les contaba:

—Nací en Keriot, una aldea cercana a Hebrón, en el sur de Judea. Mi padre, Simón Iscariote, era dueño de campos de olivo y silos de cebada y trigo. Desde mi nacimiento cifré grandes esperanzas en mi porvenir, me puso el nombre de Judas, que significa alabado sea, y me preparó con esmero para administrar nuestra fortuna y acrecentar nuestras heredades. Pero yo no vine al mundo para contar dinero, aunque todos cuantos se me acercan se imaginan que es ese mi destino. El día menos pensado me escapé de la casa paterna y me alejé como nube de verano. Primero cruce el mar Muerto en una barca de contrabandistas idumeos, bajé a través de Moab y Edom hasta el golfo de Arabia, por caminos interminables llegué a Menfis de Egipto, las aguas del Nilo me llevaron luego al mar de los fenicios, navegué vendiendo collares y ajorcas a lo largo de las islas de Grecia, coseché higos almibarados en Chipre, conduje camellos enjaezados en Bizancio, talé cedros gigantes en el monte Líbano, y como quien regresa de un sueño me encontré de nuevo en Palestina. En el puerto de Tiro, donde había recalado después de tantos tumbos, alguien me dijo que un rabí galileo hacía milagros junto al mar de Tiberíades y anunciaba el advenimiento del reino de Dios. Y he venido a escucharlo con devoción, a seguir sus pasos, a servirle de discípulo.

Quien menos creía en la veracidad de su relato era Juan, hijo de Zebedeo; desde el primer vistazo Juan le tomó ojeriza, por corazonada de pescador. Pero, ante el asombro de todos, Jesús designó a Judas Iscariote en el duodécimo puesto de sus apóstoles, y le confió el manejo de los escasos calcos de bronce que formaban el peculio de la pobretona y errante comunidad.

SE HA DESDIBUJADO como las imágenes de un sueño aquella primavera de Galilea en que Jesús hacía milagros y designaba sus apóstoles. Ahora es otro tiempo. Jesús ha sido juzgado y considerado reo de muerte por el Sanedrín, los apóstoles Pedro y Juan, que lograron colarse hasta el patio del palacio de Caifás, aunque cuidándose ambos de declararse seguidores del Nazareno, traen la noticia a la casa donde han buscado escondite los otros nueve. Es la misma casa del aguador amigo de Jesús donde celebraron la cena de la noche anterior. Hasta aquí corrieron sin ponerse de acuerdo, cerrando los ojos por un instante ante los riesgos, porque sus palabras de la cena, "tomad y comed este pan, que este es mi cuerpo", "tomad y bebed este vino, que esta es mi sangre", es el único resplandor que les queda del Maestro.

Jesús está a punto de morir entre tormentos, a manos de los judíos o de los romanos, y la misma espantosa adversidad se abatirá sobre sus discípulos, así piensan ellos y tiemblan al pensarlo. Pero, al encontrarse de nuevo juntos, no es la muerte tan temida el tema de su plática, sino la traición de Judas cuyas razones no alcanzan a comprender, y cada uno intenta explicarlas de un modo distinto, y ninguno logra convencer a otro.

—Fue la avaricia —dice Mateo.

La avaricia es una serpiente que se enrosca en el alma de los hombres y les seca la savia del amor y el zumo de la ternura. Cuando Mateo fue publicano vio palidecer a muchos ricos a la hora de pagar los impuestos, los vio sufrir como parturientas en el momento de desprenderse de sus dracmas. A este Judas, que era el tesorero del grupo, lo sorprendió Mateo más de una vez acariciando las monedas de la bolsa como los lujuriosos acarician la carne de una mujer desnuda. Los príncipes de los sacerdotes le ofrecieron treinta siclos de plata por la entrega del Hijo del hombre, y ya Judas no tuvo oídos ni ojos para tasar la magnitud de la infamia, entrevió el trazo de los relieves y escuchó de antemano el tintineo del metal, Mateo no lo duda. La avaricia es un cuervo que desgarrar las vísceras más nobles, un cepo que nos impide vivir la vida, un aluvión que nos empuja a morir la muerte.

—Fue la ambición —dice Santiago el Mayor.

La ambición es un nublado que oscurece a los hombres el camino de la rectitud, un légamo que enturbia el agua clara de la amistad, un filtro que emponzoña la entereza del alma. Cree Santiago el Mayor que Judas no andaba con ellos por amor a Jesús sino por las ansias de compartir el reino que Jesús prometía. En Galilea, cuando las multitudes cantaban himnos triunfales al paso del Maestro y escuchaban absortas sus parábolas, Judas Iscariote dio por conquistado ese reino, semejante a las cortes terrenales, que su codicia había concebido. Vio a Jesús sentado en un trono de oro, con una corona de rubíes ciñéndole la frente y un cetro de plata entre las manos. Vio a los apóstoles en torno suyo, impartiendo justicia y recibiendo el acatamiento de las naciones. Pero cuando el gentío comenzó a abandonarlos, porque Jesús no parecía el Hijo de David sino un vástago de Job, también Judas perdió su fe en el Maestro, y maldijo su misericordiosa ineptitud, y concluyó por traicionarlo para vengar la frustración de su propia grandeza apenas vislumbrada.

—Fue la ira —dice Simón el celote.

La ira es un lobo que rasga a dentelladas la serenidad de los hombres, un ventarrón que los despeña por los desfiladeros de la sangre. Simón el celote escuchó más de una vez a Judas hablando dormido, soñando en voz alta con espadas, cuchillos, lanzas y jabalinas. Judas era un pecho soliviantado que se consumía bajo la impaciencia de combatir por la liberación de Israel, bajo la ansiedad de lograrla hoy mismo, antes de que saliera el sol de mañana. En sus manos no estaba ganar ese combate, pero sí en las manos del Hijo de Dios, pues el Padre le había otorgado al Hijo el don de hacer prodigios, y no existía prodigio más glorioso que exterminar a los enemigos de nuestro pueblo, tal como lo hicieron Moisés, Sansón, David y Elías. La ira corrompió el corazón de Judas y lo llevó a denunciar al Maestro, a entregarlo a sus verdugos, para forzarlo a destruir por medio de un milagro la cruz donde lo crucificarían, para obligarlo a desatar la guerra y a concluirla con la más implacable de las victorias.

—Fue la cobardía —dice Pedro.

La cobardía es una ciénaga viscosa que sepulta en su fango la dignidad de los hombres. Jesús anunció cuatro veces que sería flagelado y ultimado por sus enemigos, y entonces el terror a los suplicios se apoderó de sus discípulos, y el miedo a la muerte los acosaba por las noches como un fantasma que sacudiera las aldabas de un viejo castillo gritando: a ti también te desgarrarán las espaldas a latigazos, a ti te machacarán los huesos, tú morirás con los labios sumidos en el estiércol de los camellos, todos moriréis apretando su llanto contra el polvo. El propio Pedro que ahora está hablando y es el más valiente de todos, el propio Pedro que anoche tuvo fuerzas para herir con su espada a uno de los guardias que fueron a prender a Jesús, y que siguió detrás de Jesús prisionero hasta el patio del palacio de Caifás, el propio Pedro se sintió luego disminuido por el pánico y negó tres veces haber conocido al Maestro. Pedro sabe que negar no es una vileza como traicionar, y sabe que algún día proclamará a los cuatro vientos la verdad que no pudo decir aquella noche. Judas Iscariote, en cambio, traicionó a Jesús, porque su cobardía no halló un vallado que la atajara, ni sus manos temblorosas hallaron una rama de higuera de que asirse.

—Estaba escrito —dice Bartolomé.

Bartolomé aprendió a leer en los Libros Sagrados, como verdadero israelita sabe que las enseñanzas de las Escrituras y las profecías de los Profetas serán acatadas por los hombres y consumadas por la historia. Era inevitable que se cumpliera la revelación divina según la cual el Espíritu Santo, por boca de David, dijo: "Hasta mi amigo íntimo en quien yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar"; y esta otra: "Si todavía un enemigo me ultrajara, yo podría soportarlo, pero no tú, mi amigo íntimo, con quien iba en dulce compañía a la casa de Dios". Jesús recitó en dos ocasiones estas estrofas, indicando de esa manera que uno de los apóstoles estaba dispuesto a traicionarlo. No es que él escogiera adrede a uno de ellos, al Iscariote, para que por su intervención se cumpliera el vaticinio de los Salmos, ¡nunca!, porque suponer tal cosa sería poner en duda la misericordia del Hijo de Dios. Sin embargo, a Jesús lo desvelaba una confusa certidumbre, pues el Padre le había anunciado que uno de sus discípulos lo vendería a sus perseguidores, pero aún no le había señalado el nombre del traidor. Más tarde, al comprender que la perfidia saldría de las manos de Judas, lejos de demostrarle abominación se esforzó por librarlo de su estigma, le hablaba con dulzura y lo sentaba a su lado en la mesa de la cena, y tan sólo cuando comprendió que no había remedio para su crimen, le dijo: "Vete y haz pronto lo que tienes que hacer". Y Judas corrió entonces a entregarlo a los guardias de Caifás, porque estaba escrito, dice Bartolomé.

—Fue Satanás —dice Juan.

Judas y Satanás son el mismo espíritu maldito encarnado en dos cuerpos diferentes, eso dice Juan. El Maestro se lo hizo saber a los apóstoles en una ocasión, a la puerta de la sinagoga de Cafarnaúm. Un crepúsculo de vidrio y fuego ensangrentaba los cristales del lago, los doce se agrupaban alrededor del Maestro, Pedro exaltaba la lealtad de todos y la fe de todos en sus palabras de vida eterna y Jesús respondió: "Uno de vosotros es el diablo". Jesús había percibido que Judas Iscariote era el diablo desde el momento en que lo vio acercarse por vez primera al corro de los discípulos. No habían vuelto a encontrarse frente a frente desde el forcejeo de las tentaciones, cuando Satanás acabó por declararse vencido y dijo antes de huir: "Volveremos a vernos en el tiempo oportuno". Ahora volvía con una cuarta tentación entre las manos, pero el Maligno no era ya una nube abstracta, ni un sacerdote imponente, ni un rey portentoso, sino un simple aldeano de Judea con un manto amarillo terciado sobre la túnica verde. Jesús lo reconoció desde la lejanía, al cruzar la silueta de Judas unos sembrados para acercarse a ellos, y acogió con deferencia a aquel desconocido, y le dio sitio entre sus apóstoles, y le entregó los fondos de la comunidad para que los administrara, y ninguno de los otros once se dio cuenta de la encarnizada y muda batalla que había comenzado a librarse entre el Hijo de Dios y el enemigo de Dios. Juan dice que el trance decisivo de aquel duelo ya ha llegado, que mañana mismo tendrá su desenlace. Satanás, es decir Judas, ha entregado a Jesús a sus verdugos que se preparan a azotarlo y a crucificarlo. La cuarta tentación de Satanás consistirá en proponerle a Jesús que se libere, por medio de un último milagro, de tantos dolores y de tanta muerte. Será una prueba más dura que las tres anteriores, porque es menos difícil renunciar a unos panes, a un poder y a una gloria que aún no se tienen, que resignarse a un sufrimiento presente que nos está desgarrando la carne y a una muerte que ya nos está deteniendo el corazón.

Los once que habían sido amigos y compañeros de Judas hablaron hasta el amanecer sin llegar a convencerse ni a entenderse. Tan sólo dos seres en este mundo poseían el secreto del enigma: el traicionado Jesús de Nazaret, que estaba prisionero en poder de Caifás y a quien

jamás volverían a ver con vida; y el traidor Judas Iscariote, que en esta turbia madrugada corría enloquecido más allá de las murallas de Jerusalén, buscando un árbol para colgarse de sus ramas o un precipicio para estrellarse en sus abismos y que se derramaran sus entrañas.

Caifás había hecho triunfar su empeño de desatar la furia del Sanedrín en contra del Nazareno. La gran asamblea lo había declarado reo de muerte, no sólo en represalia de su blasfemia sino también en castigo de su irreverencia. Sobre este último delito el Deuteronomio era terminante: "Si alguno procede insolentemente, no escuchando ni al sacerdote que se encuentra allí al servicio de Yahveh, ni al juez, ese hombre morirá". Jesús enarboló un silencio desafiador ante las acusaciones de los testigos, y ante las preguntas del juez, y ante las insidias de los sacerdotes, y la única vez que habló fue para proclamarse a sí mismo como el Cristo.

Sin embargo, Israel no era una nación libre sino una provincia romana (una colonia romana, para decir la verdad). El judaísmo oficial había sido privado del derecho a ejecutar penas de muerte desde hacía más de veinte años, desde cuando el etnarca Arquelao fue acusado de tiranía por sus súbditos y depuesto por disposición del emperador Augusto. Jesús de Nazaret debía morir, pero para matarlo era necesaria la aquiescencia legal del procurador romano.

Al establecerse la luz del día se pusieron en marcha los sacerdotes judíos hacia el pretorio, con Anás y Caifás a la cabeza de la procesión en busca de Poncio Pilato para solicitarle su imprescindible beneplácito, mis aún, para pedirle que impartiera a sus soldados la orden de crucifixión.

Poncio Pilato era un intelectual presuntuoso y cínico que ni en sus propios dioses creía lo suficiente (había aprendido de un filósofo griego que la felicidad reside en la indiferencia). Para él nada significaban aquellos clamores sombríos que los sanedritas repetían con las barbas trémulas y los ojos en blanco: ¡Jesús de Nazaret ha blasfemado! Jesús de Nazaret ha irrespetado a los sacerdotes de Yahveh! ¡Según la letra del Deuteronomio, Jesús de Nazaret debe morir! Anás y Caifás adivinaban los sentimientos del procurador y por ello se presentaron ante él, no alegando razones religiosas que en modo alguno lo conmovieran, sino lanzando contra Jesús acusaciones políticas de escandalosa gravedad:

—Ha intentado seducir y soliviantar al pueblo para empujarlo a una sublevación contra el imperio romano.

—Ha exhortado a la gente pidiéndole que se exima de pagar a Roma el tributo debido.

—Se hace llamar rey de los judíos en contra de nuestra voluntad, pues los judíos no tenemos otro rey sino Tiberio César.

Y como Pilato examinaba a Jesús con incrédula curiosidad, pensando quizás que aquel profeta de tan humillado aspecto no era capaz de cometer los crímenes que sus denunciantes le atribuían, Anás se permitió decir unas palabras que contenían una oscura amenaza:

—En verdad os decimos que esta demanda es para nosotros un asunto de vida o muerte. Estamos decididos a llevar nuestra querrela hasta tu superior jerárquico Vitelio, legado romano de Siria, y hasta el propio emperador Tiberio, si fuera preciso. A ambos les contaremos lo sucedido en Jerusalén, si acaso sucede: que un revoltoso llamado Jesús de Nazaret conspira contra Roma y que el procurador romano de Judea vacila en ajusticiarlo.

Poncio Pilato, procurador romano de Judea, jamás ha sentido la más mínima gota de amistad hacia la nación que Tiberio le dio a gobernar. Le repugnan por igual los saduceos y los fariseos, los esenios y los celotes, los discípulos de Hillel y los descendientes de Herodes el Grande, la nobleza sacerdotal y la nobleza laica, los naturales de Galilea y los de Perea, los presuntuosos hijos de Sión y los bastardos pobladores de Samaria, abomina sin distingos de todas las regiones y de todas las sectas de Palestina. Poncio Pilato, équite romano, hijo de un jefe de legión que ganó condecoraciones en las guerras de Agripa contra los cántabros, casado con una noble dama de la familia Claudia, encumbrado a este cargo que hoy disfruta no por méritos propios sino merced a los galardones de su padre y a la alcurnia de su esposa, Poncio Pilato nacido a las orillas de las aguas rubias del Tíber, cultiva un engreído desprecio por esta gente israelita a la que tiene como raza de avaros y mentirosos, no hace diferencias entre el malvado y el justo, ni entre el honesto y el infame, ni entre el opulento y el indigente.

El odio que Poncio Pilato les profesa a ellos (correspondido a manos llenas por el odio que ellos le profesan a él) los condujo en el pasado a tres enfrentamientos, que no todos se resolvieron a favor del magistrado romano. Uno sucedió cuando Pilato pretendió que sus soldados tremolaran por las calles de Jerusalén ciertos estandartes decorados con la imagen del César; otro pasó cuando Pilato intentó instalar en el palacio herodiano veinte escudos dorados destinados a exaltar el nombre del Emperador; en ambos casos el judaísmo oficial prodigó su testarudez, sus artimañas y sus intrigas, para impedir la consumación de aquellas intolerables profanaciones; obtuvieron para su causa el favor de Vitelio, el legado de Siria, que nunca vio a Pilato con buenos ojos; acudieron en comitiva hasta Roma y se arrodillaron suplicantes frente al trono de Tiberio; Pilato fue conminado a arriar los estandartes y a trasladar las tablas votivas a Tiberiades. Un tercer litigio, en cambio, lo venció Pilato. Fue cuando el judaísmo se opuso a que empleara parte de los sagrados fondos del templo en la edificación de un acueducto que Jerusalén necesitaba a ojos vistas; en esta ocasión Pilato no les dio tiempo para tejer sus embrollos; infiltró soldados disfrazados de judíos en las filas de los alborotadores que daban gritos y alzaban puños amenazantes; de repente cayó sobre sus gritos y sus puños un viento impetuoso de garrotazos; murieron unos cuantos con la cabeza rota; y el procurador romano construyó el acueducto. A más de constituir un triunfo político, esta trifulca del acueducto sirvió para reverdecer el ingenio teatral de Poncio Pilato (la comedia y el drama son para él gemas tan preciadas como la procuraduría de Judea, las condecoraciones de su padre y el amor de Claudia Prócula). El propio Pilato escogió las túnicas que llevarían puestas los soldados, y las barbas postizas que envejecerían sus rostros, y los capuchos morados que cubrirían sus cabezas, y las cintas blancas que ceñirían sus frentes; el propio Pilato les ensayó un sesgo vacilante de caminar para que nadie los tomara por romanos; el propio Pilato lo adiestró en disimular los garrotos mortíferos cual si fueran cayados de pastores.

En los años de su juventud, Poncio Pilato no soñó con llegar a ser militar aguerrido como lo había sido su padre, ni tampoco ambicionó desempeñar prefecturas del César como le ha tocado a él con el tiempo. En aquella época quería tan sólo y con toda el alma, representar un papel en los escenarios de Roma, anunciarse como mensajero de lóbregas noticias, vengarse como Orestes, padecer como Jerjes, guardar un secreto como Prometeo. No logró encajar en los elencos de las tragedias griegas porque carecía del hervor en la sangre que se requiere para simular con propiedad las pasiones y el llanto, pero su voz y su gallardía le permitieron actuar en las obras escritas por los poetas latinos.

Interpretando un personaje de Terencio lo conoció Claudia Prócula, una joven patricia de dieciséis años, con la cabeza rebosante de églogas y leyendas, adoptada como hijastra por Tiberio Cesar, alumna preferida del viejo Séneca. Claudia Prócula se enamoró del actor Poncio Pilato a través de los apuestos mancebos que él encarnaba. Se hacía llevar por sus esclavas al anfiteatro para oírlo decir: "Te hago juramento por todos los dioses de jamás desamparar a Glicera, aunque esa razón me lleve a romper con todo el mundo, porque ninguna otra cosa que la muerte me ha de apartar de ella". Claudia Prócula era leve como un aroma, blanca como un jazmín, nieta de Augusto, protegida de Tiberio, demasiados atributos se enfrentaban a la vocación artística de Poncio Pilato, Poncio Pilato abandonó los proscenios y se casó con Claudia Prócula, Tiberio lo nombró procurador de Judea y le otorgó el raro privilegio de llevarse a su esposa a vivir con él, "ninguna otra cosa que la muerte lo apartaría de ella".

AL AMANECER de la víspera de Pascua vienen al encuentro del procurador los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas que forman el Sanedrín. Traen atado a un profeta galileo de blancas vestiduras y negra cabellera. Lo han condenado a muerte según sus leyes y pretenden que Pilato transforme en muerte romana la sentencia judía. A Pilato le importa muy poco que muera o que no muera, si muere será

apenas a menos sobre la tierra. Le importa un poco más que estas hienas santurronas del Sanedrín quieran obligarlo a verter una sangre que no es de su incumbencia. Pero lo cautivan estos sucesos evocadores de las antiguas tragedias esquilianas: estalla el odio en demanda de frutos amargos y decisiones terribles, un coro siniestro alza los puños al cielo pidiendo el sacrificio de un hombre, un revuelo de oráculos y maldiciones ensordece las conciencias.

—¿Qué acusación traéis contra este prisionero? —pregunta Poncio Pilato a Anás y a Caifás.

—Si no fuera un malhechor no te lo traeríamos —responden ellos.

—Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley —dice Pilato.

—Es que a nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie —dicen ellos.

Entonces Pilato se dirige a Jesús preguntándole:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús le responde:

—Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para impedir que yo cayera en poder de mis enemigos.

—Pero ¿eres o no eres el rey de los judíos? —dice Pilato.

—Tú dices que yo soy un rey, no sé si por tu cuenta o si otros te lo han dicho de mí. Y yo te respondo que mi misión en el mundo es dar testimonio de la verdad. Todo lo que pertenece a la verdad resuena en mi voz —dice Jesús.

—Y ¿qué es la verdad? —dice Pilato.

Es esta la única pregunta dictada por el buen juicio que ha hecho el procurador romano al acusado. Jesús de Nazaret iba a darle una respuesta infinitamente sabia, ¿quién lo duda?, pero Pilato no aguarda la definición cristiana de la verdad que la humanidad nunca llegará a conocer, da la espalda al prisionero y escala solemnemente las gradas del pretorio (Agamenón subiendo las escaleras del palacio), en tanto el coro azuzado por Caifás vocea injurias y arroja salivazos al Nazareno.

Aspira Poncio Pilato a que las escenas finales de este proceso superen en patetismo a las tragedias de Livio Andrónico y Cneo Nevio que los romanos aplauden en el teatro Pompeyo. El procurador ha hecho traer hasta el pretorio a Jesús Barrabás, el jefe celote que se hallaba encadenado en una bóveda de la torre. Jesús Barrabás predicaba la muerte del enemigo como única arma eficiente, había acuchillado mortalmente a un soldado romano en el fragor de un motín, tendido en su jergón esperaba con los ojos cerrados el cumplimiento de la sentencia de crucifixión que sobre él había caído. Jesús Barrabás es un gigante de barbas rojas y desgrefiadas, viene tiznado por las inmundicias del calabozo, luce aún más mugriento al lado de la túnica blanca del Nazareno que jamás se mancha. El gentío se apiña sobre las losas del gran patio interior de la torre Antonia, en tanto Pilato presencia y guía el curso de los acontecimientos sentado en su silla curul. De pronto se levanta y dice a la muchedumbre: —Es una antigua costumbre, que me place acatar, la liberación de un condenado a muerte durante la celebración de la fiesta de Pascua. A vosotros, pueblo de Jerusalén, os pertenece el derecho de escoger el nombre del criminal que ha de ser perdonado. Estoy dispuesto a concederos la libertad de un preso. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

Los hombres se estremecen en marejada, instigados los unos por los sumos sacerdotes que ansían la muerte de Jesús, y los otros por los cabecillas celotes que persiguen la liberación de Barrabás. Todos gritan a voz en cuello: —¡Que sea liberado Barrabás! Poncio Pilato gime (Edipo lamentándose de su impotencia para salvar la ciudad) y dice compungido: —Y ¿qué voy a hacer con el que llamáis rey de los judíos? — ¡Que sea crucificado! —grita la multitud. —Pero ¿qué mal ha hecho? —dice Pilato, a sabiendas que ni uno solo de aquellos que le escuchan moverá los labios para defender la vida de Jesús. —¡Que sea crucificado el Nazareno! —gritan unos. —¡Soltad a Barrabás! —gritan otros. La tragedia se avecina a su desventurado desenlace. La voz de Poncio Pilato (ya resignado a acatar la cruel fatalidad dictada por el ímpetu de Zeus) se quiebra sobre el borrascoso mar de cabezas, diciendo:

—Yo no hallo en Jesús de Nazaret ningún crimen. Yo no quiero manchar mi conciencia con su muerte.

Y ordena al prefecto del pretorio que le sean traídos un ánfora, una jofaina y un lienzo, para escenificar ante la multitud una ceremonia que no es romana sino judía y muy antigua (los sacerdotes hijos de Leví, y los ancianos de la ciudad, lavaban sus manos sobre una becerra degollada para que Yahveh no imputase la sangre inocente al pueblo de Israel). El propio prefecto del pretorio le trae el ánfora, la jofaina y el lienzo, y vierte pausadamente el agua sobre las manos del procurador. Poncio Pilato dice a los jerarcas del Sanedrín:

—Inocente soy de la sangre de este justo. ¡Allá vosotros!

El coro de ancianos y sacerdotes, dirigidos por Anás y Caifás, se divide en dos hileras que se deslizan parejamente hacia la silla curul de Pilato. El coro dice con voces gangosas:

—No sufras por la sangre que va a derramarse ni entones tristes lamentos, ¡oh poderoso procurador Poncio Pilato!, pues nosotros asumiremos la preocupación de esta muerte. Aquel que es justo no debe perecer ajusticiado, es cierto, mas sí merecen ese castigo los rebeldes ensoberbecidos y los impertinentes contra el cielo. El que blasfema presentándose ante el pueblo como el Hijo de Dios, debe morir; el que sin temor a la justicia se hace pasar por rey de los judíos, debe morir sin que nadie lo llore. No atormentes tu egregio corazón con remordimientos, ¡oh magnánimo procurador Poncio Pilato!, porque la muerte del galileo blasfemo no arrojará su sombra sobre tu conciencia. Nosotros, los legítimos representantes de Israel, reclamamos la muerte del Nazareno como una hazaña cuya gloria nos corresponde. ¡Que la sangre de Jesús de Nazaret gotee sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos!

El drama del pretorio ha concluido. Poncio Pilato se yergue en el estrado y se cruza de brazos como si esperase as aclamaciones y los aplausos del gentío.

Un testigo de esta terrible historia fue a contarle todo lo que había visto a Nicodemo ben Gurión. El sabio amigo de Jesús escuchó con atención el relato y después se encerró en el aposento de sus libros, hablando solo y diciendo:

—Si a algún historiador futuro se le antojase consignar en sus escritos el proceso de un humilde carpintero de Galilea que declaró ser el Hijo de Dios, ese improbable historiador de acontecimientos aparentemente triviales dirá que el procurador romano Poncio Pilato hizo todo cuanto estaba a su alcance para salvar al prisionero de una muerte que pedían en clamor los hombres de Jerusalén. El gran farsante Poncio Pilato quería salvarlo, pero entre sus obligaciones de magistrado estaba la de poner en libertad al acusado si él lo juzgaba inocente, y no lo hizo. El gran histrión Poncio Pilato quería salvarlo, pero desdeñó encogiéndose de hombros la súplica de su esposa Claudia Prócula, a quien tanto amaba y a quien debía los honores de su cargo, cuando ella le pidió que tratara con piedad al Nazareno. El gran simulador Poncio Pilato quería salvarlo pero lo entregó a los sayones para que lo azotaran atado a una columna, y le escupieran el rostro, y lo coronaran de espinas, y lo exhibieran en befa ante la multitud como un guiñapo sangrante. El gran falsario Poncio Pilato quería salvarlo, pero mandó a sus soldados que lo llevaran a empellones hasta la colina del Gólgota, cargando sobre sus espaldas desgarradas por el látigo el pesado leño en que iban a clavarlo. El gran malvado Poncio Pilato quería salvarlo, pero ordenó finalmente su crucifixión, que es el más cruel e infamante entre todos los tormentos inventados por el hombre. Todo esto lo hizo el compasivo procurador romano Poncio Pilato con las manos pulcramente lavadas.

POR mandato del procurador romano Poncio Pilato, los prisioneros Jesús de Nazaret y Jesús Barrabás son conducidos al mismo calabozo de la torre Antonia entre cuyas tinieblas Jesús Barrabás ha permanecido encadenado y solo varias semanas. Los dos rebeldes atraviesan por el medio de una multitud que ya no da voces porque sus deseos van a cumplirse totalmente: Jesús Barrabás recobrará su libertad y Jesús de Nazaret será crucificado. Jesús de Nazaret, que ha sido condenado a muerte, camina con los ojos llenos de serenidad y ausencia; Jesús Barrabás, que va a ser puesto en libertad esta tarde, marcha sin ocultar su odio por los carceleros que lo liberan y su desprecio por el mandatario que lo absuelve.

Jesús Barrabás no es un salteador de caminos, como asentó la sentencia condenatoria de Pilato, sino un cabecilla de los guerrilleros celotes. El fallo que contra él emitió el procurador era justificado, por cuanto el derecho romano castiga "con la crucifixión, la muerte por las fieras del circo o la deportación a una isla" (en esta lejana provincia de Judea los representantes del César no se andan con fieras de circo, ni con deportaciones aliviadoras, sino aplican la crucifixión a secas) a quienes cometen crímenes de lesa majestad, que es el que se le achaca a Barrabás por haber dado muerte a un soldado del Emperador. Jesús Barrabás es un jefe celote, un nacionalista que agita al pueblo en contra de la dominación romana, y todos los de su especie son calificados de bandidos y ladrones por la tablilla que le fijan al madero donde los crucifican.

Es una historia vieja y dolorosa la lucha del pueblo judío, en particular de sus turbas más empobrecidas, contra los opresores edomitas y contra los conquistadores romanos. Ha transcurrido casi un siglo de guerras intestinas y levantamientos desesperados que anegaron en sangre la tierra Palestina. Millares de judíos fueron degollados por Herodes y sus hijos, millares de judíos fueron crucificados por los militares romanos, millares de judíos fueron vendidos como esclavos. Los sitios de las ciudades y las batallas a campo abierto concluían siempre con el exterminio de los prisioneros judíos. La última de estas insurrecciones fue la del fariseo Sadoc (los fariseos habían sido al comienzo los voceros de las masas israelitas opuestas a los tiranos herodianos y a la aristocracia saducea) en Jerusalén, y Judas el Galaunita en Galilea. Este movimiento fue aniquilado como los anteriores, pero de sus cenizas nació el partido de los celotes, que no acata la resignación ("escóndete un instante, pueblo mío, mientras pasa la cólera") del fariseísmo oficial, sino que intenta transformar la doctrina farisaica en un afán libertario de apresurar la redención y alcanzar el fin. La divisa esencial de los celotes es "Sólo Yahveh es rey y sólo a él serviremos", y empuñando esa bandera aspiran a arrojar de Israel a los ocupantes paganos y establecer una teocracia. Rechazan con fiereza los censos del César, los impuestos del César, el endiosamiento del César, porque ellos no acogen en sus corazones a otro señor y Dios sino a Yahveh. Tras haber sido destrozados militarmente por los ejércitos del César, organizan ahora operaciones de destrucción, o se valen de los tumultos para apuñalar a los soldados romanos, o apalean duramente a quienes colaboran con los invasores. Los procuradores y los prefectos matan a los celotes como alimañas, pero ellos reaparecen donde menos se piensa para seguir combatiendo. No integran una familia política unificada sino actúan como grupos aislados, aunque arduos todos por una misma llama de independencia e igualdad. A la implacable violencia de los sojuzgadores oponen la violencia fanática de los sojuzgados. Jesús Barrabás es uno de sus caudillos más activos.

Barrabás es un apodo que quiere decir hijo del padre (Bar Abba), o según otros hijo del maestro (Bar Rabban); no son interpretaciones incompatibles porque el magisterio adquiere con frecuencia en Israel cualidades de paternidad. Jesús Barrabás avanza hacia su calabozo en compañía de Jesús de Nazaret.

Cruzan juntos la reja de la entrada y cada uno va a tenderse en el jergón que le ha sido destinado. Sus lechos serán estos dos fardos grisosos, rellenos de esparto y hediondos a excrementos y mugre.

El primero en hablar es Jesús Barrabás, diciendo:

—Me complace mi liberación, Rabí, pero jamás imaginé que la lograría a cambio de la sangre de un justo.

Dice Jesús de Nazaret:

—En verdad te digo que no es tuya la culpa de lo que hicieron José Caifás y Poncio Pilato. Los sumos sacerdotes maquinaron mi muerte porque mis prédicas de amor y misericordia sacudían sus pilares de avaricia y odio. El procurador romano deseaba nuestras muertes, la tuya y la mía, porque temía que tus acciones y mis palabras atizaran motines contra el dominio imperial que él representa. Los pilatos y los caifases, los lobos y los zorros, son bestias de una misma peltre.

Dice Jesús Barrabás:

—Escúchame, Rabí: los que gritaban "¡Soltad a Barrabás!" no eran los mismos que gritaban "¡Crucificad al Nazareno!" Mis partidarios han subido a las fiestas de Pascua gritando "¡Soltad a Barrabás!" por todas las aldeas y caminos de Judea. Los que gritaban "¡Crucificad al Nazareno!" no eran mis amigos sino tus enemigos. Pero Pilato había ideado una perversa disyuntiva por la cual la libertad del uno entrañaba la muerte del otro.

Dice Jesús de Nazaret:

—El espíritu de mis discípulos es animoso pero su carne es débil. Mientras tus seguidores arriesgaban sus vidas para reclamar tu liberación, mis apóstoles huían aterrados desde el punto mismo de mi prendimiento, y tampoco acudió al pretorio la multitud que me había vitoreado a mi entrada en Jerusalén. Al exigir tu liberación y mi muerte, el gentío que contestó a las preguntas de Pilato se pronunció a favor de la redención por la violencia y en contra de la redención por el amor. Mas en verdad te digo que están equivocados.

Dice Jesús Barrabás:

—No están equivocados, Rabí. El pueblo seguía tus pasos, y te veía como el camino de quebrantar a sus opresores, en tanto le pareciste un nuevo David que usaría sus prodigios para alcanzar la salvación de Israel. Pero te abandonaron cuando te oyeron predicar la conformidad y la mansedumbre. Yo mismo quise ser discípulo tuyo, mas cuando te oí decir en una montaña de Galilea que a la bofetada del adversario era preciso poner la otra mejilla, me aparté de tu rebaño.

Dice Jesús de Nazaret:

—Porque no me entendiste, Jesús Barrabás. Lo que ha extraviado siempre a la nación de Israel es su incurable sed de venganza, su empecinamiento en cobrar el agravio y la sangre con más agravios y más sangre. Contra esa tradición rencorosa hablaba yo cuando dije que se ofreciera la otra mejilla al agresor, mas no me refería a las mejillas de la cara, y menos aún a las mejillas del alma, sino a las mejillas imaginarias donde los soberbios sitúan el pundonor. Jamás he aconsejado a los pobres la cobardía, ni la pasividad, ni la sumisión. En verdad te digo que no he venido a traer paz a la tierra sino espada, y que he venido a traer fuego, ¡y cómo quiero que ese fuego estuviese ya encendido! Pero mi espada es la espada de la verdad y mi fuego es el fuego de la vida, no el hierro y la hoguera convertidos en armas de retaliación. Exalto el amor como crisol para la transformación del hombre y como basamento de piedra para la construcción de un mundo diferente. Por amor he defendido a los perseguidos, por amor he desafiado a los déspotas, por amor al bien he combatido al mal, porque no se puede amar a los pobres sin pelear a favor de su causa. Mañana será crucificado y mi muerte se convertirá en un huracán de amor que derribará las murallas de los violentos que me crucifican.

Dice Jesús Barrabás:

—¿Es cierto que tú, al decir que se le diera al César lo que era del César, te declaraste en conformidad con el pago de los impuestos a Roma? ¿Sabes que cuando se paga el impuesto se está reconociendo al emperador pagano como un poder situado por encima del poder de Dios? ¿Sabes que por negarse a pagar el impuesto han muerto varias generaciones de israelitas y estamos prestos a morir muchos israelitas más? ¿Sabes que la resistencia a pagar el impuesto ha sido la antorcha alumbradora de nuestras más grandes rebeliones?

Dice Jesús de Nazaret:

—¿Cómo podría loar yo los impuestos que hacen más pobres a los pobres, que arrebatan el pan a los hijos de los pobres? Pero no convierto en mandato religioso la negativa a pagar los impuestos. Cuando a la puerta del templo me preguntaron los espías de los sumos sacerdotes si los impuestos debían ser pagados, quisieron preguntarme con ello si yo era un sedicioso que predicaba la resistencia a las leyes del César, con el fin de prenderme y juzgarme como insurrecto político si respondía negativamente. El Hijo del hombre no cayó en la trampa y les respondió que el amor a Dios no tiene relación con el pago de los impuestos. Lo que yo propongo es algo mucho más grandioso y renovador. Lo que yo propongo es el cambio de este mundo injusto por otro donde nada se le dará al César y todo se le dará a Dios.

Dice Jesús Barrabás:

—Hacia la conquista de ese reino del Dios de Israel hemos andado juntos sin preocuparnos, Rabí. Con huesos de nuestros abuelos levantaron los impíos sus suntuosos palacios, con sangre de nuestros abuelos regaron sus inmensos viñedos, centinelas extranjeros custodian las murallas de la Ciudad santa, Israel es una perra amarrada a la picota de los invasores. Mas está escrito: "Llegará el día en que Jacob echará raíces, Israel echará brotes y sus flores y sus frutos cubrirán la tierra". Y está escrito: "Con el Señor triunfará y se glorificará la estirpe de Israel".

Dice Jesús de Nazaret:

—Y yo te digo, Jesús Barrabás, que el reino del Señor no es un tesoro escondido en el campo en espera de que manos privilegiadas lo encuentren, ni un huerto cerrado para disfrute exclusivo de nosotros los israelitas, sino un horizonte abierto a todos los hombres del mundo, en primer término a los pobres que ahora son los últimos. Mi Padre no es tan sólo el Dios de los judíos, sino el único Dios de los pueblos conocidos y por conocer. Las cadenas que maniatan al hombre no serán rotas por una nación que se pretenda predestinada sino por el Padre celestial que abrirá las puertas del reino a todo aquel que las toque con amor al prójimo y con sed de justicia. El reino de Dios es como una pequeña semilla que cuando se siembra es la más pequeña de todas, pero cuando brota más tarde de la tierra se convierte en la más alta de las plantas y echa ramas tan frondosas que los pájaros pueden anidar a su sombra; no sólo los gorriones, las golondrinas, los cuervos y las torcaces de Palestina, sino los pájaros de todos los climas, de todos los plumajes y de todos los cantos.

Dice Jesús Barrabás:

—Hablas como si nada hubiera sucedido en el día de hoy, Rabí. Como si no supieras que mañana te azotarán y te crucificarán los soldados romanos por instigación de los sacerdotes judíos. Hablas como si no hubieras visto huir a todos tus discípulos, como si no hubieras escuchado a la multitud pidiendo que se te diese muerte. ¿No te has preguntado qué quedará de tus prédicas acerca del reino de Dios después que tú agonices sobre la cruz? ¿No temes que tu doctrina sea sepultada para siempre junto con tus restos y que tu sacrificio haya ocurrido en vano?

Dice Jesús de Nazaret:

—Es que tú todavía no sabes que el Mesías, el Hijo de Dios, soy yo, el que habla contigo, Jesús Barrabás. Yo he venido al mundo como luz, para que ninguno que crea en mí se quede a oscuras. El Hijo del hombre fue traicionado por uno de sus apóstoles, y entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas del Sanedrín; éstos me condenaron a muerte y me pusieron en manos de los paganos; los paganos se burlarán de mí y me azotarán y me matarán; pero a los tres días resucitaré. El mundo no me verá más, pero los que me aman y siguen mis mandamientos de justicia, sí me verán. Entonces yo le pediré a mi Padre que les dé otro abogado que esté con ellos para siempre: el espíritu de la verdad. Me voy para volver, Jesús Barrabás.

Dice Jesús Barrabás:

—Por mi parte te digo que saldré de esta prisión para proseguir, sin retroceder ante nadie, la lucha por la libertad y la igualdad. Conmigo codo a codo irá un raudal subrepticio de rebeldes que están decididos a padecer los más horribles sufrimientos, incluso el de ver a su padre y a sus hermanos descuartizados en la tortura, antes que aceptar otro señor que no sea Dios. Nosotros, o nuestros hijos, o si no nuestros nietos, liberaremos a Jerusalén del yugo que hoy le dobla la cerviz.

Dice Jesús de Nazaret:

—Profetizo, Jesús Barrabás, que nadie habrá batallado en el mundo con tanta heroicidad como la que los celotes derrocharéis al enfrentaros a un enemigo mil veces más poderoso que vosotros. Cuando la hora sea llegada, el pueblo entero os seguirá como un río de ovejas convertido en torrente de bravos leones, y haréis pedazos a la guarnición romana de Jerusalén, y aplastaréis a las centurias aguerridas que enviará contra vosotros el legado de Siria, y se unirán a vuestra rebelión los judíos pobres de toda Palestina. El soberano imperio de los césares (cuyas legiones han conquistado las más remotas ciudades y los más escarpados territorios) se verá forzado a lanzar contra vosotros todo su desmesurado poderío para lograr vuestra rendición o vuestro exterminio. Pero aunque caerán sobre vuestras cabezas y sobre vuestras familias los más espantosos flagelos, vosotros no os rendiréis. Cada celote harapiento habrá de hacerle frente a diez soldados romanos montados en briosos caballos y armados de lanzas y corazas, pero no os rendiréis. El hambre y la peste os acosarán como lobas enfurecidas, los perros se comerán a vuestros hermanos muertos, el fuego quemará los techos de vuestras casas y las cunas de vuestros hijos, os arrodillaréis a besar la herida del padre agonizante, pero no os rendiréis. Vuestras mujeres sufrirán aún más que vosotros, "dichosas las estériles y dichosos los vientres que no llegaron a engendrar y los pechos que no llegaron a amamantar, porque mucho más lastimero es tener hijos para verlos extinguirse en el martirio", eso dirán las madres, pero tampoco ellas se rendirán. El invencible ejército de Roma tendrá que matar hasta el último de vosotros, y tendrá que arrasar la ciudad y el templo, y sus banderas triunfantes sólo podrán ondear en una arboleda de ahorcados y crucificados. En verdad te digo estas palabras de profecía, Jesús Barrabás, sabiendo que mis anuncios de desgracias no te amilanarán y que marcharás impávido hacia tu muerte, como siempre has marchado.

El diálogo concluye cuando entran al calabozo los cuatro esbirros que vienen a poner en libertad a Jesús Barrabás. Jesús de Nazaret sabe con certeza que el jefe celote no llegará con vida a su casa. Poncio Pilato no cumplirá de ningún modo su promesa de soltar a un peligroso enemigo que ha dado muerte a un soldado romano y sueña con dar muerte a muchos más. Cuando un prisionero ha sido condenado a la última pena por un crimen de lesa majestad, y tal es el caso de Barrabás, nadie podrá anular la sentencia, ni el propio juez o gobernador que la dictó, pues únicamente Tiberio César tiene la facultad de hacerlo. "Poncio Pilato es cruel por naturaleza, su duro corazón carece por completo de remordimientos, se solaza en la opresión y en la humillación de sus gobernados, le complace emitir condenas de muerte sin previo juicio", escriben en sus pergaminos los herodianos que tanto lo conocen. No, Jesús Barrabás no llegará con vida a su casa. Su casa es un tugurio sin lámpara y sin mesa, situado en las cercanías de la Puerta de la Basura, con una sola ventana estrecha que da al valle de Hinnón, justamente al barranco donde la gente arroja los escombros y los desperdicios. Jesús Barrabás vive allí, en compañía de una anciana medio ciega que le hornea el pan y le sirve la sopa. La anciana lo espera desde hace muchos días, sentada en el quicio de la puerta, pero Jesús Barrabás no llega,

no llegará nunca. En una calle solitaria que sigue su curso arrimada a la muralla sur de la ciudad, los cuatro esbirros desnudarán las facas y las hundirán en el pecho y la espalda del gigante celote. Su enorme cadáver quedará tendido en tierra tres días y tres noches sin que los hombres, ni las mujeres, ni los niños, sólo las moscas, se atrevan a acercársele. Nada más se sabrá en Jerusalén de Jesús Barrabás, ni siquiera se sabrá quién le dio sepultura a sus despojos.

Jesús de Nazaret se alza de su jergón, se acerca a Jesús Barrabás que ya camina hacia la reja de la salida, lo besa en la mejilla y le dice:

—En verdad te digo, mañana serás conmigo en el paraíso.

LOS verdugos desnudan a Jesús para crucificarlo. Su cuerpo no es aquella torre blanca y erguida que se adentró en las aguas del Jordán a recibir el bautismo de manos de Juan. Su cuerpo es ahora un árbol ceniciento cruzado de verdugones y rasguños. Sus espaldas son gleba hendida por los surcos que dejaron los latigazos. Sus hombros son una profunda llaga abierta por el filo y el peso del madero. En sus rodillas magulladas por las piedras del camino se agrupan coágulos de sangre y polvo. Las púas de la corona de espinas han desgarrado como uñas sus sienas y su frente. Su mirada es un cristal opaco y desolado insensible a las llamas del sol.

En las últimas horas ha padecido dolores más atroces que en toda su vida anterior. Por voluntad de Pilato fue atado a una columna de mármol y flagelado por sayones que se turnaban en la ronda del castigo; sus azotadores eran hombres de barba rala y baja estatura que esgrimían el látigo con todas sus fuerzas y se azuzaban a sí mismos con gritos bestiales; empuñaban bastones de cueros extremos nacían cinco lenguas de cuero que terminaban a su vez en escorpiones de metal macizo y punzante; Pilato ordenó darle treinta y nueve latigazos al prisionero (el número era otra tradición judía como la de lavarse las manos) pero los sayones no se preocuparon de contarlos; la flagelación concluyó entre injurias y salvazos cuando ya los azotes pasaban de sesenta; los sayones se esforzaban en hacer coro al escarnio inhumano del procurador; "¡Salve, rey de los judíos!", le gritaban al suplicado y lo escupían y le daban bofetadas; cubrieron su cuerpo lacerado con un manto de púrpura que no era tal manto sino retazos de una vieja clámide romana; tejieron una corona de espinas y se la encajaron en la frente y tal parecía como si las espinas fueran un sarmiento brotado de sus cabellos; el propio Pilato lo exhibió una vez más ante la multitud vociferante (ya flagelado, ya sangrante, ya disfrazado de rey de pantomima) para oír de nuevo aquel clamor "¡Crucificalo!" que tranquilizaba su conciencia; el propio Pilato había pintado una tablilla donde se leía "Jesús Nazareno Rey de los Judíos" que serviría de título a su cruz; los príncipes de los sacerdotes y los escribas impugnaron vanamente el letrado alegando que los judíos no reconocían más rey que Tiberio y jurando que ellos se habrían dejado cortar una mano a cambio de que Jesús nunca hubiera nacido judío; el centurión que dirigía el ceremonial de la ejecución y los cuatro soldados a su mando hicieron salir al prisionero de la torre Antonia llevando a cuestas el madero que serviría de travesaño a su cruz; el centurión a caballo encabezaba la marcha engreído por el sol que destellaba sobre las escamas doradas de su coraza; el cortejo enrumbó hacia la Puerta de Efraín por las estrechas calles colmadas de gente que había venido de peregrinación para las fiestas; a las altas ventanas de las casas se asomaban ojos atónitos y frentes espantadizas; un enano vestido de rojo acompañaba el desfile redoblando un tambor ensordecedor sin que nadie se lo hubiese ordenado ni pedido; también iban perros siniestros habituados a saltar sobre las cruces para arrancar jirones de carne muerta a los ajusticiados; Jesús caía de rodillas de trecho en trecho y los sayones le asestaban latigazos para obligarlo a incorporarse; el centurión temeroso de que aquel hombre extenuado muriese antes de tiempo echó mano de un campesino que volvía de sus labores y le ordenó que lo ayudase a cargar el leño; era grande la algarabía pero entre aquellos gritos ninguno se alzaba en favor del Nazareno; apenas una discípula de Jesús llamada María Magdalena y otras mujeres que la seguían de lejos, lloraban y se golpeaban el pecho en señal de aflicción; una de ellas se acercó a enjugar con un lienzo el rostro maculado del cautivo; él creyó entrever los rasgos de Mana, la que siempre se había esmerado en servirle; Marta limpió cuidadosamente la faz sangrante y guardó en su corpiño aquel lienzo que había estampado en sus hilos el dolor del Cristo; cumpliendo la profecía de Isaías, el siervo del Señor enmudecía y no abría la boca como el cordero conducido al matadero; era la hora sexta y el sol refulgía en el centro del cielo cuando llegó el cortejo a la colina donde iban a crucificar a Jesús.

Los verdugos han desnudado el cuerpo malherido del condenado a muerte. Lo tienden de espaldas sobre el madero que él vino cargando desde el pretorio. Le abren los brazos como las alas de un albatros y se aprestan a clavar sus manos sobre el leño. El leño es un trozo de pino mal desbastado que aún conserva rugosidades de cortezas y garfios de astillas. Los verdugos que empuñan los martillos golpean con destreza de herreros sobre las cabezas de los clavos. Los clavos se abren paso por entre la piel y las fibras, destrozan los nervios y los pequeños huesos de las manos. Un reguero de sangre mana de las venas rotas. Los dedos se crispan como raíces, los pulgares dislocados se retuercen como algas.

Ya clavadas las manos, izan con sogas el leño que lleva adherido a su materia el cuerpo de Jesús, e integran la cruz con el madero vertical que se alzaba solitario en espera de su ramazón. Los verdugos clavan los pies colgantes, tal como habían clavado las manos, desgarrando músculos, rompiendo nervios, quebrantando huesos, abriendo cauces a la sangre. Los sacerdotes de Caifás contemplan la escena estremecidos de patriótica satisfacción: están matando a un hombre para salvar a un pueblo. "Tú, que destruyes el templo y lo levantas en tres días; ¡sálvate a ti mismo bajando de la cruz!", dicen. "¿No pretendías ser el Hijo de Dios?; si en verdad Dios te quiere que te salve ahora", dicen. Los soldados de Pilato estallan en risotadas y se disponen a jugarse a los dados las vestiduras del que va a morir. Exangüe y moribundo, Jesús continúa musitando perdones.

Vecinas a la suya se yerguen dos cruces de las que penden dos hombres condenados a muerte como él. Jesús no alcanza a verlos, aunque oye sus imprecaciones y sus roncós lamentos. Son dos celotes, secuaces de Barrabás, que iban a ser crucificados junto con su cabecilla antes de que Pilato dispusiera los hechos de otra manera. En las tablillas que señalan las causas de su condena dice escuetamente "bandidos", calificativo que aplican los romanos a todo aquel que interviene en motines contra la autoridad del César. Igual palabra se leería en la tablilla de Jesús, de no ser que el ingenio perverso de Pilato decidió cambiarla por la frase del escarnio. Uno de los condenados se llama Dimas y es muy conocido en los barrios indigentes de Jerusalén. El nombre del otro no se sabe porque se negó a decirlo en los interrogatorios del pretorio y tampoco lo declaró bajo las tenazas del suplicio. Ambos se quejan a voces, pero sus gritos no son plañidos lastimeros sino alaridos de indómita maldición.

Jesús de Nazaret no grita. Soporta mudo y sudoroso la sed aterradora de los crucificados que le quema las entrañas como un lingote de forja. Ve las nubes, oye los rumores, siente su sufrimiento, pero los clavos lo someten a una inmovilidad de mineral; las manos no pueden espantar las moscas que se apilan voraces sobre sus llagas; cuando los pies intentan empuñarse sobre una tierra que les es lejana, sólo producen nuevos desgarramientos y más agudos dolores. Allí abajo gritan los viandantes, ladran los perros, los soldados se juegan su túnica a los dados, llora y besa sus pies María Magdalena, vuelve a redoblar el tambor que toca sin motivos un enano siniestro. A su mente infinitamente desdichada y a sus labios infinitamente reseca, acuden estrofas de salmos y oraciones que José, su padre, le enseñó en Nazaret: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... Dios mío, clamo de día y no me respondes, clamo de noche y no me das remedio... Ven a mi ayuda que nadie tengo que me socorra... Me cerca una turba de malvados y han taladrado mis manos y mis pies... Apresúrate a venir en mi auxilio... Libra mi alma de la espada y mi carne de la saña de los mastines".

La muerte se va acercando muy despacio, destilada por el agotamiento y la asfixia. Uno de los soldados exprime una esponja empapada en vinagre sobre sus labios sedientos. El aire no vuelve ya a sus pulmones desvalidos; la cabeza le duele más que todas las heridas; de pronto el corazón le duele aún más que la cabeza; comienza a balbucear otros versos de David: "En tus manos encomiendo mi espíritu... Tú, Señor, el Dios verdadero, me rescatarás". A la mitad del salmo, el corazón le estalla, inclina la cabeza, y muere.

EL ÚNICO de los discípulos que no huyó después del prendimiento de Jesús fue María Magdalena, la mujer que ahora llora y besa sus pies recostada al madero de la cruz.

María había nacido en Magdala, un poblado de pescadores arrimado a las orillas del lago de Galilea, hija de un padre adinerado que era propietario de trigales, olivares, viñedos y trenes de pesquería. La familia se mudó luego a Tiberíades, la ciudad levantada por el tetrarca Herodes Antipas para ensalzar el nombre del emperador Tiberio. Herodes Antipas trasladó de Séforis a Tiberíades la capital de Galilea, construyó en la nueva metrópoli un espléndido palacio real, y grandes baños termales, y un estadio donde habrían de celebrarse los juegos olímpicos, y la dotó de un consejo o parlamento de seiscientos miembros, y de una escuela de estudios rabínicos, y abrió otras escuelas donde se aprenderían el latín y el griego. Herodes Antipas se esforzaba en atraer a los más distinguidos visitantes. Los judíos notables que desde todas partes acudían a Jerusalén con motivo de las fiestas, solían bajar a conocer el flamante puerto de Galilea, a presenciar los torneos de atletismo, a bañarse en las termas, a dar realce a los banquetes que se ofrecían en el palacio del Tetrarca. Venían extranjeros desde Siria, desde Chipre, desde Capadocia, desde Tracia, desde Arabia, desde Egipto, y todos volvían a sus hogares cargados de presentes y de vivos recuerdos. Pero eran los romanos y los atenienses los que disfrutaban de mayor ascendiente en la ciudad de Herodes Antipas, Roma era la cuna de la guerra y Atenas era la cuna de la filosofía. Para regir las escuelas de Tiberíades se traían de Grecia preceptores de música, de danza, de gimnasia, de ciencias, de escultura, de historia. La sabiduría libera al hombre de las tinieblas y la superstición, el placer y la felicidad son el fin último de nuestro ser, de la superficie de las cosas emanan átomos que penetran en nuestro conocimiento y nos revelan la imagen del mundo, la verdad reside en aquello que aprecian nuestros sentidos (incluso cuando soñamos), ideas como estas les inculcaban los mentores helenistas a los jóvenes galileos que acudían a sus aulas.

María Magdalena dio libertad ilimitada a sus sentidos y convirtiéndose pronto en la cortesana más festejada de Tiberíades. Su belleza embriagaba como la sangre de las uvas, un amarillo de ámbar ardía en su cabellera, un sol de aguas azules fluía de sus ojos, un aroma de espliego y azahares anunciaba sus pasos, tenía miel y leche debajo de la lengua y un temblor de gacelas en los pechos, era un pozo e agua viva su jardín cerrado. Príncipes y artistas adoraban sus pies siempre desnudos para el torbellino del baile, su boca siempre entreabierta para la brasa del beso.

María Magdalena creyó a cielo abierto que el placer y la felicidad eran una misma experiencia, una indivisible sensación, hasta el momento en que siete demonios se metieron en su cuerpo y se atrincheraron en sus pecados. El primero en colarse fue el demonio de la vanagloria, ella era la mujer más hermosa de Galilea, se lo decían los hombres que la miraban, se lo repetían los espejos de su casa y las aguas del lago, lo proclamaban las miradas envidiosas de las matronas de la Corte. El segundo fue el demonio de la sensualidad, el diablo suelto de la lujuria, cuyo lenguaje era el quejido de los hombres que la poseían y las súplicas rastreras de los que no llegaron a poseerla nunca. El tercer demonio la convidaba a saborear en fuentes de plata los manjares más delicados y a paladear en copas de oro los licores más aromosos. El cuarto demonio la adormecía como bajo el letargo de un beleño, la incitaba a quedarse entre almohadones de pluma y sábanas de seda mientras que el sol avanzaba hasta más allá de la mitad del cielo. El quinto era el demonio de la mentira que la llevaba a decirle a un amante que lo amaba sin amarlo, a susurrarle que lo deseaba aunque en verdad le repugnase, a prometerle que se fugaría con él adonde no se fugaría jamás. El sexto demonio era el amargo espíritu de la frustración, el encanto de su desnudez no llegaría a servirle nunca para torcer la vida de un hombre ni la historia de un país, en sus sueños desfilaban las sombras inigualables de Dalila, de Judit, de Ester, de Friné, de Cleopatra, de Julia.

El último en entrar a su corazón fue el demonio de la melancolía que encontró las puertas abiertas de par en par. Aquella joven que bailaba delirante en los festines, y alzaba su copa llena de un vino espeso, y amanecía acurrucada en el pecho de un extranjero, no era ella sino otra que se había evadido de su existencia real, ¿qué eran su gracia y su belleza sino una máscara semejante a la que cubría los rostros de los actores en las tragedias de los poetas griegos? El demonio de la melancolía era un viento de páramo que le recorría los huesos, una desgracia imaginaria que la obligaba a sentarse a llorar en los rincones, una venda que le impedía distinguir en el fondo de sí misma las facciones de su propio ser.

Fue en este trance cuando su amiga Juana, que era la mujer de un alto dignatario de la corte de Herodes Antipas llamado Cousa, vino a consolarla de su tristeza, y le habló de Jesús, el rabí galileo en quien Juana creía y a quien ayudaba con sus bienes. Juana le repitió las parábolas y las sentencias que el Maestro decía, y le refirió un hecho que la enmudeció de asombro. Dijo Juana: —Estando una vez Jesús en Jerusalén, sentado en un pretil a la puerta del templo, vinieron los escribas y los fariseos trayendo con ellos a una mujer a viva fuerza. Había sido encontrada al amanecer en el lecho donde yacía con un hombre que no era su esposo, y los escribas y los fariseos la arrastraron a la calle para lapidarla. Los escribas y los fariseos le dijeron a Jesús: “Esta mujer escapó de su casa y se revolcaba con un extraño, gemía de concupiscencia y de goce carnal debajo de un soldado romano a quien nunca había visto antes, debemos lapidarla, ¿Tú qué dices?” Hasta que Jesús se levantó de su asiento, se encaró a ellos, y les dijo: “Aquel de vosotros que se sienta sin pecado, que arroje la primera piedra”. Los denunciantes se miraron entre sí, cada uno conocía de sobra los pecados de cada otro, los más ancianos fueron los primeros en marcharse, y finalmente se fueron todos y dejaron solo a Jesús con la mujer adúltera. Jesús le dijo entonces a ella: “¿Qué se hicieron, mujer? ¿Has visto cómo ninguno se ha atrevido a condenarte?” “Ninguno señor”, respondió la mujer entre lágrimas. A lo cual añadió Jesús: “Ni yo tampoco te condeno. Vete y no peques más”.

Juana, la mujer de Cousa, le contó también milagros de curación que Jesús había hecho: limpió de lagas a un leproso, hizo andar a un paralítico, liberó a un poseso de sus demonios, devolvió la vida a una niña muerta, pero nada conmovió tanto a María Magdalena como la historia del perdón a la mujer adúltera, porque encerraba un enfrentamiento a la endurecida Ley de los antiguos y al poder de los sumos sacerdotes, y porque un perdón igual era lo que su alma necesitaba para rescatar su alegría.

María Magdalena decidió ir a ver a Jesús. El Maestro, que jamás pisaba las piedras sacrílegas de Tiberíades, se hallaba en aquel entonces en Magdala. La cortesana María Magdalena hizo el viaje al lugar donde ella había nacido, donde todos la conocían y ninguno quería saber de ella. Allí indagó que Jesús había sido invitado a cenar por un fariseo llamado Simón. María Magdalena entró a la casa de Simón y supo enseguida cuál de los convidados era Jesús sin que nadie se lo dijese. Se dirigió resueltamente a él, y se arrojó a sus pies, y comenzó a bañarlos con lágrimas de fe, y a besarlos, y a ungirlos con el bálsamo que había traído en un pomo de alabastro. Simón, el dueño de la casa, se escandalizó y advirtió a Jesús que aquella mujer era una pecadora conocida en la ciudad. Pero Jesús tomó la palabra y le contestó: “Cuando yo entré a tu casa no me ofreciste agua para lavar mis pies, esta mujer en cambio los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con su cabellera y los ha ungido con perfumes. Tú no me diste en la mejilla el beso de bienvenida, en cambio ella no ha cesado de besarme los pies. Te digo que si ella demuestra tanta esperanza y tanto agradecimiento es porque ha venido a que le sean perdonados sus pecados que son muchos, y sabe que se le perdonarán”. Y a María Magdalena le dijo: “Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho. Tu fe te ha salvado, vete en paz”. Y en ese mismo instante, echados por la mano firme y misericordiosa de Jesús, los siete demonios huyeron despavoridos del cuerpo de la cortesana.

Y así fue como María Magdalena nació de nuevo por obra del arrepentimiento que es una revolución de la conciencia, por obra de la fe que hace crecer alas en el alma, por obra del amor que transforma el hollín en harina de estrellas. María Magdalena, liberada de los siete demonios se

unió a los apóstoles que seguían tras la estela de Jesús, ella la pecadora había dejado de ser pecadora para volverse enamorada de Dios, tal como Mateo dejó de ser publicano para volverse servidor de los desheredados. María Magdalena se sentaba a los pies de Jesús para escuchar meditativamente su evangelio, y comprendía aquellas cosas que los apóstoles nunca comprendieron. María Magdalena cruzaba las aldeas en pos del Nazareno, encadenada a él por el amor del alma, que ninguna relación tiene con el amor del cuerpo, ya que nuestro amor del alma ansia ser compartido con toda la gente que nos rodea, en tanto que la intimidad de los cuerpos es una pasión que no tolera división con nadie.

La muerte de Jesús clavado en una cruz era una adversidad inapelable, María Magdalena lo sabía con aterrada certidumbre. Él no usará jamás su poder de Hijo de Dios para aniquilar a los enemigos que se aprestan a matarlo, eso sería renegar de sus propios principios según los cuales tan sólo el amor puede renovarnos y salvarnos. Él preferirá curar las heridas del mundo con sus propias heridas, sobrellevar en sus hombros los sufrimientos y las flaquezas de todos los hombres. Sus tormentos y su muerte no apagarán la llama de la justicia sino la avivarán como un incendio de redención.

Los apóstoles no tuvieron oídos para oírlo. Pedro se atrevió a desmentir al Maestro cuando éste les anunció la vecindad y la crudeza de su muerte, "de ningún modo te sucederá eso", dijo Pedro, y Jesús se vio obligado a reprenderlo con severidad. Y asimismo, cuantas veces volvió a mencionar ante los apóstoles su destino de siervo doliente, ellos no alcanzaron a penetrar la sustancia de sus palabras, y temieron preguntarle sobre ellas.

Seis días antes de la Pascua quiso Jesús visitar la aldea de Betania, donde había hecho grandes milagros y donde vivían sus mejores amigos. Se hallaba cenando a la mesa de Simón el Leproso, así llamado porque padeció esa enfermedad y Jesús lo había curado, cuando entró a la sala María Magdalena, llevando consigo un riquísimo vaso de alabastro lleno de un ungüento de nardos de mucho valor. María Magdalena venía a ungiro como en la noche de su primer encuentro, temiendo que este otro fuese el último. Cuando rompió el vaso de alabastro y derramó el ungüento sobre la cabeza del Maestro, los apóstoles se enojaron ante tanto derroche, Judas que era el tesorero del grupo y aún no había traicionado a Jesús, se hizo portavoz de la reclamación de todos, los trescientos denarios que costaron aquel vaso y aquel ungüento pudieron habérselos dado a los pobres, eso arguyeron. Pero Jesús salió en defensa de la mujer diciendo:

—Dejadla, no la molestéis. Siempre tendréis pobres para ejercer la caridad, pero a mí no siempre me tendréis. Lo que ha hecho ella al derramar el ungüento sobre mis cabellos es anticiparse a mi sepultura, cuya tierra ya ha sido removida para recibirme.

Los apóstoles no tenían oídos para esos anuncios de muerte violenta e inmediata que el Maestro les daba, tan sólo María Magdalena sentía que el sacrificio del cordero de Dios estaba a punto de cumplirse. Por ello, cuando llegó la desventura del prendimiento de Jesús, la hora terrible de los azotes y la crucifixión, los once apóstoles corrieron a esconderse en sus refugios, en tanto que María Magdalena no se apartaba de su lado. Ellos huyeron desbandados por el estupor de que tales cosas inesperadas sucedieran. Jesús no era el Hijo de David, no era el Mesías batallador que haría añicos a quienes pretendieran exterminarlo, sino un indefenso carpintero de Nazaret que moriría clavado en una cruz, como habían muerto todos los rebeldes de Galilea. Por eso, más que por miedo de correr la misma suerte, huyeron los apóstoles. En cambio, María Magdalena no huyó porque ella había comprendido el mensaje salvífico de aquella muerte que su alma desgarrada no podía impedir.

María Magdalena no se ha movido de su sitio al pie de la cruz. Uno de los soldados de Pilato alancea al crucificado en un costado y de la herida sólo fluyen las últimas gotas de sangre y el agua de la muerte. Dos servidores del muy rico y generoso José de Arimatea descienden el cadáver y se lo llevan a enterrar en un huerto cercano. María Magdalena y las cuatro mujeres que la acompañan los siguen hasta el sepulcro y se marchan luego a sus casas, a preparar perfumes y aromas para ungiro.

María Magdalena subirá de nuevo al Gólgota, guiada por la sed de volver a ver al amado de su alma. Él ha resucitado y ella lo sabe. La historia de Jesús no puede concluir en tanta derrota, tanta desolación y tanta tragedia estéril. Es necesario que él se imponga a la muerte, que él venza a la muerte como ningún hombre la ha vencido jamás, de lo contrario será una fábula inútil su vida maravillosa, y la semilla de su doctrina irá a consumirse sin fecundar, entre peñascos y olvido. Él ha anunciado la presencia del reino de Dios, y el reino de Dios nacerá de su muerte como nacen de la noche las lámparas insólitas del alba. Con su resurrección, Jesús de Nazaret vencerá al odio, a la intolerancia, a la crueldad, a los más encarnizados enemigos del amor y la misericordia. Junto con él resucitarán todos aquellos a quienes él amó y defendió: los humillados, los ofendidos, los pobres cuya liberación jamás será cumplida si él no logra hacer añicos las murallas que tapian su muerte.

María Magdalena encuentra desquiciadas las piedras de la tumba y no halla en el recinto del sepulcro el cuerpo de Jesús. La discípula se sienta perpleja sobre la hierba del jardín que se extiende alrededor de la roca donde fue enterrado el Maestro. De pronto oye unos pasos, y una voz que ella supone ser la del jardinero le dice: "¿Por qué lloras mujer? ¿A quién buscas?" Ella le responde: "Han tomado el cuerpo de mi Señor y no sé dónde lo han puesto; si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo correré a buscarlo". Pero no es el jardinero el que habla sino el propio Jesús; nunca vio nadie sobre la tierra algo más blanco que la blancura de su ropaje; en sus ojos fulgura la luz intemporal de quien se ha asomado por un instante a la eternidad; a causa de esa mirada ella no lo había reconocido. Entonces la voz de Jesús dice: "¡María!", y ella responde: "¡Maestro!", y quiere echarse a sus pies para besarlos. Pero Jesús la detiene y le dice: "No me toques porque aún no he subido al Padre. Anda a decir a mis hermanos que me has visto".

En la noche corre a dar aviso a los apóstoles, tal como Jesús se lo ha ordenado. Tan sólo María Magdalena sabe dónde se esconden. Se esconden en las afueras de Jerusalén, en una casa con las puertas atrancadas, abatidos por una pena sin esperanza. Ella les da la buena nueva, les cuenta el prodigio que ha visto, pero ninguno de los once la cree. Tomás, el marinero de la barba bermeja y cuadrada, dice: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto mis dedos en los huecos que esos clavos dejaron, si no palpo la herida del costado, no creeré". Bartolomé, el que se sabe de memoria el Eclesiastés, dice que las mentiras y la fantasía de las mujeres les han extraviado siempre el camino a los hombres. María Magdalena repite entre sollozos las palabras que Jesús le ha dicho en el jardín, pero ellos se obstinan en no creerle. Finalmente logra persuadir a Pedro, tan sólo a Pedro, a quien Jesús le ha encomendado la continuidad de su obra y le ha dado las llaves de las épocas futuras.

Pedro, consciente ya de la fuerza universal que brotará del pecho de Jesús resurrecto y glorificado, acompaña a la mujer hasta el Gólgota. El más preeminente de los apóstoles de Cristo y la más rendida de sus discípulas, suben juntos a ver el sepulcro vacío y las mortajas abandonadas. Por el camino en ascenso, María Magdalena le va diciendo a Pedro:

—Ha resucitado para que así se cumplan las profecías de las Escrituras y adquiera validez su propio compromiso. Ha resucitado y ya nadie podrá volver a darle muerte. Aunque nuevos saduceos intentarán convertir su evangelio, que es la espada de los pobres, en escudo amparador de los privilegios de los ricos, no lograrán matarlo. Aunque nuevos herodianos pretenderán valerse de su nombre para hacer más lacerante el yugo que doblega la nuca de los prisioneros, no lograrán matarlo. Aunque nuevos fariseos se esforzarán en trocar sus enseñanzas en mordazas de fanatismo, y en acallar el pensamiento libre de los hombres, no lograrán matarlo. Aunque izando su insignia como bandera se desatarán guerras inicuas, y se harán llamear hogueras de tortura, y se humillará a las mujeres, y se esclavizarán razas y naciones, no lograrán matarlo. El ha resucitado y vivirá por siempre en la música del agua, en los colores de las rosas, en la risa del niño, en la savia profunda de la humanidad, en la paz de los pueblos, en la rebelión de los oprimidos, sí, en la rebelión de los oprimidos, en el amor sin lágrimas.